TERRY FELBER

PRÓLOGO *por* DAVE RAMSEY

# *La* LEYENDA *del* MONJE *y el* MERCADER

DOCE CLAVES *para* VIVIR EXITOSAMENTE

INCLUYE UNA GUÍA PERSONAL
Y PARA GRUPOS PEQUEÑOS



TERRY FELBER

PRÓLOGO *por* DAVE RAMSEY

# *La* LEYENDA *del* MONJE *y el* MERCADER

DOCE CLAVES *para* VIVIR EXITOSAMENTE

INCLUYE UNA GUÍA PERSONAL
Y PARA GRUPOS PEQUEÑOS



TERRY FELBER

PRÓLOGO POR DAVE RAMSEY

# *La* LEYENDA *del* MONJE *y el* MERCADER

DOCE CLAVES *para* VIVIR EXITOSAMENTE

GRUPO NELSON
Una división de Thomas Nelson Publishers
*Desde 1798*

NASHVILLE MÉXICO DF. RÍO DE JANEIRO

© 2014 por Grupo Nelson®
Publicado en Nashville, Tennessee, Estados Unidos de América. Grupo Nelson, Inc. es una subsidiaria que pertenece completamente a Thomas Nelson, Inc. Grupo Nelson es una marca registrada de Thomas Nelson, Inc. www.gruponelson.com

Título en inglés: *The Legend of the Monk and the Merchant*
© 2005, 2011, 2012 por Terry Felber
Prólogo © 2011 por Lampo Licensing, LLC
Publicado por Thomas Nelson

Para más información, llamar a 866-267-6116 (EE.UU.) o visitar en línea
www.thelegendofthemonkandthemerchant.com.

Todos los derechos reservados. Ninguna porción de este libro podrá ser reproducida, almacenada en algún sistema de recuperación, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio —mecánicos, fotocopias, grabación u otro— excepto por citas breves en revistas impresas, sin la autorización previa por escrito de la editorial.

A menos que se indique lo contrario, todos los textos bíblicos han sido tomados de la Santa Biblia, Versión Reina-Valera 1960 © 1960 por Sociedades Bíblicas en América Latina, © renovado 1988 por Sociedades Bíblicas Unidas. Usados con permiso. Reina-Valera 1960® es una marca registrada de la American Bible Society y puede ser usada solamente bajo licencia.

Citas bíblicas marcadas «NVI» son de La Santa Biblia Nueva Versión Internacional® NVI® © 1999 por Biblica, Inc.® Usadas con permiso. Todos los derechos reservados mundialmente.

Citas bíblicas marcadas «NTV» son de la Santa Biblia, Nueva Traducción Viviente, © Tyndale House Foundation, 2010. Usadas con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

Editora en Jefe: *Graciela Lelli*
Traducción: *Eugenio Orellana*
Adaptación del diseño al español: *www.produccioneditorial.com*

ISBN: 978-1-60255-973-8
ISBN: 978-1-60255-974-5 (eBook)

14 15 16 17 18 RRD 9 8 7 6 5 4 3 2 1

# DEDICATORIA

A Linda, mi esposa y mejor amiga y a mis adorados hijos Lia, Kristi y David que siguen junto a mí en nuestra misión familiar: amar a Dios, amar a la gente; servir a Dios, servir a la gente.

# CONTENIDO

*Reconocimientos*
*Prólogo por Dave Ramsey*

CAPÍTULO UNO: LOS ESCALONES DE LA CATEDRAL
CAPÍTULO DOS: EL MERCADER DE VENECIA
CAPÍTULO TRES: HISTORIA DE DOS HOMBRES
CAPÍTULO CUATRO: EL PRIMER ENCUENTRO
CAPÍTULO CINCO: EL SEGUNDO ENCUENTRO
CAPÍTULO SEIS: EL TERCER ENCUENTRO
CAPÍTULO SIETE: EL CUARTO ENCUENTRO
CAPÍTULO OCHO: EL QUINTO ENCUENTRO
CAPÍTULO NUEVE: EL SEXTO ENCUENTRO

*Nota al lector*
*Referencias bíblicas*

GUÍA DE ESTUDIO

SESIÓN UNO: LA DIVISIÓN ERRÓNEA ENTRE EL MONJE Y EL MERCADER, ENTRE EL CLERO Y EL LAICADO
SESIÓN DOS: LLAMADOS A OPERAR PRIMERAMENTE FUERA DEL LUGAR DE REUNIÓN
SESIÓN TRES: EL DINERO: ¿BUENO O MALO?

SESIÓN CUATRO: TRES CONCEPTOS EQUIVOCADOS QUE SON FATALES PARA EL AVANCE DEL REINO DE DIOS

SESIÓN CINCO: VOCACIONES Y VALORES

SESIÓN SEIS: FRUGALIDAD, DILIGENCIA E INNOVACIONES DIVINAS

SESIÓN SIETE: HOMBRES HARAGANES Y DINERO FLOJO

SESIÓN OCHO: ADVERSIDAD Y PROGRESO

SESIÓN NUEVE: AUDACIA EN LOS NEGOCIOS: CÓMO VENCER EL MIEDO Y LA INTIMIDACIÓN

SESIÓN DIEZ: PRESUPUESTO, PRÉSTAMOS Y FINANCIAMIENTOS

SESIÓN ONCE: TUTORÍA Y ASOCIACIÓN

SESIÓN DOCE: UNA VIDA QUE DA ES UNA VIDA QUE VALE LA PENA VIVIR

*Notas*

*Acerca del autor*

# RECONOCIMIENTOS

Quiero agradecer a mi buen amigo John Bolin, que colaboró conmigo en la redacción e investigación de este libro, y a Steve Hickey, que ayudó con la guía de estudio. Ambos continúan siendo una bendición en mi vida.

# PRÓLOGO

He notado que entre los cristianos estadounidenses de hoy día hay una tendencia a ir de un extremo a otro cuando se trata del éxito que los creyentes pueden alcanzar en el mundo de los negocios. El primer error es creer que la riqueza es mala, y que si yo trabajo duro y, como resultado alcanzo una riqueza personal, algo malo tiene que haber en todo eso. No importa cómo haya logrado esa riqueza ni importa lo que decida hacer con ella; lo que importa es que la riqueza o el éxito financiero en los negocios o en el hogar son moralmente malos.

El segundo error es creer que la riqueza es, de alguna manera, un indicador de la bendición o el favor de Dios; que Dios quiere que sus hijos sean unos ricos asquerosos y que si usted no es rico, es porque tiene una fe muy débil. Yo creo firmemente que ambos puntos de vista no solo son incorrectos sino que distorsionan la opinión del cristiano respecto de los negocios.

El problema con estas perspectivas es que ninguna es bíblica. Ambos puntos de vista plantean supuestos sobre la riqueza que no se encuentran en ninguna parte de la Escritura. De hecho, yo creo que el concepto está ligado a una creencia *pagana* según la cual las posesiones materiales son inherentemente malas. Pero yo nunca he leído eso en la Biblia; al contrario, siempre he encontrado que la Escritura está más preocupada de nuestros corazones y nuestros hechos y creencias en torno a las riquezas que tenerlas. Desde un punto de vista bíblico, las riquezas y el éxito en los negocios son amorales; es decir, son *sin moral*. Las «cosas» no son más que recursos que podemos usar como queramos. Así, yo puedo usar mal mis riquezas o puedo ser generoso y desprendido con ellas. No es cuestión de dinero; es cómo decido hacer uso de él.

Como propietario de un negocio —y propietario de un negocio *exitoso* — tratar este asunto se transforma en un gran problema para mí. Siempre he

creído, más o menos como lo hace Bob Briner en su libro *Roaring Lambs* [Corderos rugientes] que los cristianos tenemos una responsabilidad en el mundo de los negocios; que deberíamos tomar decididamente para Cristo posesión de segmentos del mercado en lugar de dejarlos en manos del otro lado. No podemos pretender que el territorio de Dios sea la iglesia y el de Satanás el mundo de los negocios. Estamos vivos, activos y nos movemos en ambos. Yo creo que Dios puso en nuestras vidas un llamado a redimir el mundo de los negocios para su Gloria. Esa ha sido mi meta durante toda mi carrera.

En cierta ocasión, cuando realmente estaba trabajando a través de lo que creía sobre esto, un miembro de mi equipo me dio un libro titulado *La leyenda del monje y el mercader*. Dios siempre tiene una forma de darnos exactamente lo que necesitamos cuando lo necesitamos. Me enamoré de este pequeño librito. Pintaba un cuadro increíblemente exacto de lo que yo estaba tratando de hacer, enmarcando perfectamente el debate en una manera tal que no pude sino identificarme con él.

Terry Felber, su autor, me ayudó a poner todo el asunto de iglesia/negocios bajo una nueva luz. Por fin podría decir que el monje es santo *¡y que igualmente lo es el mercader!* Lo que este hace *es un ministerio*. Todo lo que nosotros como creyente hacemos podemos y debemos hacerlo desde un paradigma de ministerio. No hemos sido llamados a separar nuestra vida espiritual de nuestra vida laboral ni a separar nuestra asistencia a los cultos de adoración los domingos con las sesiones de trabajo del lunes por la mañana. Dios está en ambos y tiene sus bendiciones también para ambos.

Creo tan firmemente en esta idea que de inmediato ordené una caja de este libro y pedí a todo mi equipo de trabajo que lo leyera. Desde entonces, a cada persona que contratamos le exigimos que lo lea dentro de los primeros noventa días con la compañía. Y no solo porque crea que se trata de una «buena lectura» sino porque este libro realmente define lo que somos y cómo vemos nuestra función en el mercado. Si contratamos a alguien para el departamento de envíos, no solo trabajará en poner libros en cajas; estará enviando mensajes de esperanza y de aliento a alguien que necesita que se le tienda la mano. Si contratamos a alguien para el departamento de atención al cliente, no se limitará a contestar el teléfono y

a leer un manuscrito sino que estará tocando vidas y dando una palabra de paz a alguien que se encuentra en medio de una tormenta. Todos en el edificio saben que están trabajando bajo un llamado muy alto, *porque nuestro trabajo es santo*. Nadie pone esto en duda.

Cuando nosotros, como pueblo de Dios vemos algo como impío, lo estamos empezando a ver con cierto nivel de desdén. Me temo que hoy día los negocios tienen tal reputación; sin embargo, es tiempo de cambiar la forma en que nuestra gente, *dentro y fuera* de la iglesia ve los negocios. Mi deseo es que usted, al leer este libro, comience a experimentar un cambio de paradigma, que llegue a ver cada cosa que hace en el mercado como un acto de santidad que cambiará para siempre la forma en que ejecuta sus negocios.

Mi equipo y yo amamos este libro y oramos para que usted lo disfrute tanto o más de como hemos aprendido a hacerlo nosotros.

–Dave Ramsey

# CAPÍTULO UNO

# LOS ESCALONES DE LA CATEDRAL



Antonio se esforzaba por controlar el caballo mientras cruzaban la esquina para dirigirse hacia el oeste, a Roma. Mirando sobre su hombro, vio a Julio, su nieto, dormido sobre un montón de paja en el pequeño compartimiento trasero de la carreta. Aunque eran el mejor caballo y la mejor carreta que su dinero pudo adquirir, llevaban ya más de dos días viajando y era evidente que Julio comenzaba a sufrir los efectos del largo viaje; en realidad, ambos comenzaban a sentirlos. Pero a Antonio no le importaba. Él sabía que las próximas horas cambiarían a su nieto por siempre.

Antonio tenía casi cincuenta y cinco años pero parecía no sobrepasar los cuarenta y cinco. Medía 1,77 metros, usaba su cabello gris largo y una barba de forma triangular muy bien arreglada que lucía impecable bajo su barbilla. Los días que había pasado en el mar y bajo el sol broncearon su cara y hacían destacar sus ojos azul claro. Era obvio que se trataba de un hombre adinerado. Su carreta elegantemente tallada parecía estar fuera de lugar en aquella zona rural. Su capa, hecha de lana fina y forrada con seda roja, había sido importada de China. De su cuello colgaba una cruz de oro y el sombrero lucía adornos propios de un hombre distinguido. Para protegerse de la brisa mañanera, se había cubierto el rostro con la capa mientras respiraba profundo el aroma de las flores primaverales que llenaban el aire. Sonrió al pensar en Julio que seguía dormido detrás de él.

Un bache imprevisto, sin duda provocado por las constantes lluvias de primavera, sacudió la carreta y Julio, asustado, se puso violentamente de rodillas. Un segundo bache lo envió de cara sobre la paja.

—Ya estamos por llegar —le gritó Antonio, tratando de hacerse oír pese al traqueteo en la parte de atrás de la carreta.

Un momento después, sintió una mano en su espalda. Era Julio que hacía piruetas tratando de colocarse al lado de su abuelo.

—¿Cuánto nos falta? —preguntó mientras intentaba mantener el balance y su abuelo jalaba de las riendas para evitar atropellar a una campesina que pasaba en ese momento con una carga de leña aparentemente más pesada de lo que podía llevar.

—A la vuelta de la esquina y ya habremos llegado.

La mujer del atado de leña se deslizó rápidamente al otro lado del camino dejándole a la carreta el camino libre.

Mientras avanzaban, vieron aparecer a ambos lados edificaciones pequeñas y mejores caminos. Para Julio, aquello no era sino señales de la vida urbana. Pronto, aquellas escasas estructuras fueron reemplazadas por edificios más grandes y ruinas antiguas. La gloria de Roma aparecía lentamente ante los ojos de Julio quien miraba concentradamente a ambos lados de la calle buscando la gran catedral.

—Abuelo, ¿cómo sabré cuál es?

—No te preocupes. Lo sabrás.

Las primeras señales fueron las enormes columnas que rodeaban una gran plaza. Boquiabierto, Julio no ocultaba su emoción. Antonio se volvió a mirarlo y sonrió. Las columnas parecían tener a lo menos unos quince metros y lucían arcadas sobre ellas. La piedra blanca brillaba al resplandor del sol al amanecer. Al acercarse, Julio pudo apreciar los detalles decorativos de aquellas inmensas estructuras.

—Bienvenido a la Basílica de San Pedro —dijo Antonio, mientras sujetaba firmemente las riendas.

Julio se inclinó hacia delante ante el brusco frenar del caballo pero no dijo nada. Sus ojos estaban fijos en las arcadas frente de él. Al acercarse Antonio a las columnas y arcos rodeando la gran plaza, dos guardias del Vaticano lo reconocieron Aunque estaban impidiendo el paso a todos los que quisieran entrar a la plaza, con un gesto casi imperceptible indicaron a Antonio que podía pasar al área principal que conducía hacia la catedral lo que hizo sin demora llevando con él a su nieto. Julio no quitaba la vista de la cúpula grande que formaba el centro de la Basílica de San Pedro. Nunca había visto algo igual. Su corazón comenzó a latir rápidamente. *¿Cómo pudo construirse todo esto?* pensó.

Ese día, eran los únicos visitantes permitidos dentro de la iglesia. Mientras caminaban a través de la entrada principal hacia el edificio central, Julio no dejaba de mirar hacia arriba. En un momento tiró de la manga a Antonio al tiempo que le señalaba unos andamios de más de treinta metros de alto que subían hacia una gran bóveda en el centro del pasillo principal. Recostado sobre una tabla rústica se encontraba un hombre que parecía mirar fijamente a un punto hacia adelante. Permanecía completamente inmóvil por lo que Julio pensó que estaba dormido.

—¿Qué hace ese hombre allá arriba? —le preguntó a su abuelo.

—Ese es el maestro —susurró Antonio.

—¿Cómo se llama?

—Miguel Ángel.

Tan pronto pronunciara el nombre, el hombre en el andamio miró hacia abajo y saludó con la mano a los dos visitantes. Sorprendido, Julio le devolvió el saludo.

Con sus dieciocho años, Julio era más alto que su abuelo. Cual flechas dirigiéndose a uno y a otro lado, sus ojos azul oscuro escudriñaban la inmensa catedral. Casi no podía apreciar todo lo hermoso de ese lugar. Siguieron caminando y mirando. Julio detuvo la mirada en varias estatuas bellamente esculpidas que reconoció como héroes bíblicos. La basílica estaba bajo un silencio inquietante mientras ellos caminaban por el sitio. El sonido de las sandalias al golpear contra la losa parecía hacer eco por todas partes. Julio recordaba cuánto se había resistido cuando su madre quiso que se pusiera la capa larga para este viaje. Ahora se sentía adecuado con su abrigo gris. Parecía un monje de cualquier monasterio cercano.

Su abuelo caminaba más rápido delante de él por lo que aligeró sus pasos para alcanzarlo. Se acercaban al frontis de la iglesia. Directamente frente a ellos estaba el altar mayor, rodeado por grandes columnas doradas que ascendían en espiral. Todo el frente de la catedral parecía estar cubierto de oro. Los colores de los mosaicos y de las vidrieras rebotaban en el piso de mármol y se reflejaban en prismas a través del inmenso salón. Julio se sumergió en la belleza de la catedral, y por un momento, se sintió perdido en el tiempo.

De repente, le pareció escuchar ruido de gente a la distancia. Un monje joven se había acercado a Antonio, y al hablarle señalaba hacia un pasillo a la izquierda. Antonio le dijo a su nieto que como todavía estaban pintando la iglesia principal y no estaba abierta al público, que temporalmente utilizaban otra capilla para la misa de la mañana. A la gente se le permitía ingresar a la capilla a través de una entrada en el lado oriente del edificio. El joven monje los guió hacia otro salón, aun más grande que cualquiera otra iglesia antes visitada por Julio, y les señaló un banco de piedra que quedaba al fondo del salón repleto ya de gente. Mientras los sacerdotes pasaban, lentamente, meciendo sus incensarios durante la adoración, Julio no podía quitar su mirada de la espiral de humo que subía hacia Dios y

hacia las bóvedas cavernosas sobre ellos. Su abuelo le había contado tanto acerca de la catedral, pero ahora la veía con sus propios ojos. Era más magnífica de lo que había imaginado. Este viaje a Roma había estado envuelto en un velo de misterio desde el principio, y ahora Julio se preguntaba qué más descubriría.

Hacía casi una hora que la misa había terminado y ninguno de los dos había dicho ni una palabra por un buen tiempo. Simplemente se sentaron al fondo de la capilla admirando las paredes adornadas, los arcos infinitos y las hermosas vidrieras. *¿Cómo pudo haberse hecho todo esto?* pensó nuevamente. *¿Cómo hubiera podido alguien pagar para construir tan impresionante catedral?* Era demasiado increíble para aceptarlo. Entonces, en silencio y casi al mismo tiempo, se pararon y comenzaron a caminar de regreso a la gran entrada principal y hacia el resplandor del sol del Vaticano.

Su abuelo le había dicho antes que tenía una historia especial que contarle y un gran secreto que revelar. Y aunque Julio había insistido y rogado, se le había dicho que solo lo escucharía después de haber adorado en la basílica de San Pedro. Antonio se detuvo frente a la catedral, aun a la sombra de los inmensos arcos y pilares de la entrada. Julio casi brincó hacia su abuelo que ahora estaba sentado en un escalón de mármol, y se acomodó sobre una piedra justamente a unos pocos pies de distancia.

—Abuelo, ¿ya es hora?

—Sí, es hora.

# CAPÍTULO DOS

# EL MERCADER DE VENECIA



Hacía rato que había amanecido y el sol ya estaba alto, proyectando sus rayos sobre la cúpula de la basílica de San Pedro. Una brisa leve que salía de algún lugar más allá de la plaza hacía la mañana más idílica de lo que Antonio recordaba. Había esperado varios años la oportunidad de traspasar al joven Julio los principios que habían hecho de él alguien tan exitoso. A sus dieciocho años, Julio se parecía más y más a Valentino, su padre.

Había nacido en Venecia, donde lo criaron junto a sus cuatro hermanas. Siendo el mayor de los cinco, ahora se esperaba que se uniera al negocio de su padre, un bien conocido mercader de embarcaciones. Con habilidad innata para los números, a los catorce años lo pusieron bajo tutela especial. Unos veinte años antes, su padre había tomado la misma decisión con él, por eso se alegró cuando le sugirieron que ahora le tocaba a Julio.

—Cuéntame la historia, abuelo. Estoy listo —dijo Julio en un tono muy tranquilo, tratando de disimular su emoción.

—Supongo que el mejor lugar para comenzar es en el monasterio.

—¿El monasterio?

—Sí. Fui criado en un pequeño monasterio en las afueras de Venecia. Aún puedo oír las voces de los monjes mientras cantaban en sus oraciones muy temprano en las mañanas. Recuerdo a Felipo, mi padre, alzándome por sobre su cabeza mientras me daba vueltas en círculo. Siempre decía que era para llevarme más cerca a Dios.

Antonio sonreía.

Julio no se había movido de su lugar en los escalones de la catedral, y sus ojos estaban fijos en su abuelo. Era como si estuviese grabando en su corazón cada palabra que oía.

—Yo creía que te habían adoptado.

—Sí. Me adoptaron, es cierto. Y consideré a Felipo, que fue quien me adoptó, como mi padre. Después de todo, él fue el único padre que conocí. En realidad, la idea de la adopción nunca pasó por mi mente. Desde antes de tener memoria, viví en el monasterio. Yo era muy pequeño cuando tus bisabuelos murieron, y en lo que a mí respecta, el monasterio era mi hogar.

—¿Y qué les ocurrió a tu padre y a tu madre?

Julio había dudado en preguntar eso pero su ansiedad por conocer toda la historia lo impulsó a hacerlo.

Antonio respiró profundo y comenzó a hablar.

—La historia me la han contado varias veces. Por generaciones, nuestra familia había vivido a la orilla del mar, laborando como pescadores y marineros. Mis padres llevaban solamente tres años de casados. Yo tenía pocos meses de nacido cuando a mi padre le pidieron que llevara un cargamento de pescado deshidratado a Creta. Como padre novato, no estaba dispuesto a dejar solos a su hijo y a su esposa, así que nos embarcó y salimos los tres rumbo a mar abierto. Esa misma noche, una de las peores tormentas de que se tenga memoria cayó sobre nuestra pequeña embarcación azotándola en círculos y rasgando la vela en dos. Varios días después, un monje del monasterio encontró nuestra barca mientras pescaba. Yo estaba en el fondo, envuelto en paños y casi sin vida.

—¿Y qué fue de tu padre y de tu madre?

—Nunca los encontraron.

Con boca y ojos bien abiertos, Julio había venido escuchando la historia. Nunca le había contado acerca de sus bisabuelos. Los misterios que rodeaban a Antonio comenzaban a aclararse y Julio se encontró aferrándose a cada palabra.

—¿Y luego qué pasó?

—No mucho después del accidente, Felipo me adoptó, y pronto me convertí en el miembro más joven de la orden —dijo Antonio, con orgullo.

—¿Fue aburrido crecer en el monasterio, abuelo?

Encima de la basílica, los rayos del sol irrumpían con fuerza a través de las finas capas de nubes. Antonio se secó una gota de sudor que le corría hacia la esquina de uno de sus ojos. Cambió de posición en la escalinata y entonces se acordó de los jardines cerca de la plaza.

—Ven, camina conmigo, —le dijo, mientras se paraba y bajaba los escalones hacia las rosas que él sabía quedaban justamente al pasar las columnas del este—. El haber crecido en el monasterio no fue nada de aburrido. Más bien fue muy divertido y había mucho trabajo que hacer.

—¿Mucho trabajo? —replicó Julio, al tiempo que sacudía una pequeña piedra de su sandalia y pasaba su mano sobre las grandes columnas de mármol cerca de la entrada a los jardines.

—Sí, mucho trabajo. Tan pronto aprendí a caminar, me asignaron tareas sencillas que tenía que cumplir por todo el monasterio. Primero hacía cosas como llevarles agua a los hombres que trabajaban en las mesas, copiando las Escrituras. Luego, me encontré en las viñas, recogiendo uvas y ayudando con la cosecha.

—¿Cómo aguantabas?

—¿Aguantar? No me tomó mucho tiempo descubrir que me gustaba trabajar… y pensar. Pronto me encontré trabajando hombro a hombro con Felipo, desarrollando ideas para aumentar la influencia del monasterio. A los dieciséis, ya estaba explorando nuevas formas en que los monjes podían producir sus productos con más ganancias.

Ahora era Antonio el que casi se ponía a brincar. Era obvio que el solo hablar de sus innovaciones le daba fuerzas.

Y prosiguió:

—Rápidamente Felipo se dio cuenta que yo era un apasionado de los negocios y, a la misma vez, un apasionado de Dios. Era la costumbre de la orden que los muchachos —al cumplir los dieciocho años— tomaran la decisión de seguir una vida consagrada como monjes, o entrar al mundo de los negocios y convertirse en mercaderes. La hora llegó en que yo tuve que elegir mi vocación.

—¿Vocación? ¿Qué significa eso? —preguntó Julio.

—Es lo que uno hace.

—¿Quieres decir tu trabajo?

—Bueno, sí, pero es mucho más que eso. Tu vocación es tu llamado. Es el propósito por el cual naciste. Y cuando haces eso, realmente no es *trabajar*.

—Es como papá y los barcos. Siempre está en los muelles aun cuando no necesita estar ahí.

—Precisamente. Cuando una persona descubre su vocación, el trabajo que realiza lo hace con gusto y con alegría.

—Entonces, ¿qué sucedió luego?

—Bueno, Felipo sabía que era el tiempo para yo escoger mi vocación, pero no estaba muy claro si serviría mejor en el ministerio o en el mundo de los negocios. Felipo se había preocupado de sentarse conmigo en la cena.

Durante ese tiempo, me preguntó sobre mis intenciones respecto a la orden. Recuerdo que sin pensarlo dos veces le respondí que quería ser monje igual que él. Aunque algo dentro de Felipo debió de haber saltado de alegría al pensar que yo me uniría a la orden, él sabía que únicamente podría tomar esa decisión después de experimentar ambos mundos por completo.

—¿Ambos mundos?

—Sí. El ministerial y el laboral.

—¿Qué pasó, entonces?

—Felipo me ordenó pasar varios meses con un amigo rico en Venecia, que vivía aproximadamente a una hora del monasterio. Pensó que sería una buena oportunidad para experimentar con el mundo de los negocios. De modo que ese fin de semana empacamos y viajamos hasta Venecia, y comencé mi aprendizaje con Alessio.

—¿Alessio? ¿Así se llamaba el comerciante?

—Así es. Alessio era un comerciante rico y amigo íntimo de Felipo. Fui a trabajar con él por varios meses. Era un hombre de gran tamaño que tenía un gran corazón grande y un negocio bastante grande también. Recuerdo la primera vez que lo vi. Tendría que haber pesado más de 100 kilos. Era completamente calvo, aunque su elegante barba le llegaba hasta el pecho. Parecía reír cada par de minutos. Y cuando reía, te hacía querer reír junto con él. Era dueño de una flota de barcos. Y yo fui asignado como ayudante en la administración de sus naves.

«Venecia había visto un fuerte crecimiento después de descubrirse la cura para la peste bubónica. La industria marítima estaba creciendo y era lo que mantenía viva la economía. Otros mercaderes, incluyendo talabarteros, herreros, y mamposteros prosperaban gracias a la gran afluencia continúa de gente a la Ciudad del León, como también se la conocía a Venecia. También la ciudad se había vuelto famosa por el vidrio que producía. Tanto crecimiento había tenido esa industria que el magistrado, el Duque, había ordenado que todos los hornos y sopladores de vidrio se mudaran a Murano, una isla cerca de la costa de Venecia».

—Que es donde tú vives ¿verdad?

—Sí. Allí vivo.

—¿Por qué el Duque mudó a todos los sopladores de vidrio que se fueran a vivir allá?

—Al principio lo hizo para proteger a Venecia del riesgo de los incendios que de vez en cuando provocaban las fábricas de vidrio soplado. Pero después, los enviaron allá para guardar el secreto de su oficio. Está de más decirlo, pero la industria marítima se esforzó arduamente para estar a la par del crecimiento de la economía, y el negocio de Alessio estaba justo en el corazón de ella. Desde que comencé con Alessio nunca tuve un día ocioso.

—Déjame adivinar —sonrió Julio—. Lo admirabas, ¿verdad?

—Captas bien. Después de unos meses de manejar a los empleados, contar productos y crear nuevas ideas, me di cuenta que había descubierto mi vocación pero al mismo tiempo me sentí desilusionado cuando vi que esa experiencia llegaba a su fin. Antes de regresar al monasterio, Alessio insistió en que cenáramos juntos un guiso de pollo para hablar sobre mi futuro.

«Esa noche mis valijas estaban listas, cerca de la chimenea. Alessio se había encargado de conseguir una carreta para que me llevara de regreso al monasterio. Pero yo pensaba en la manera de decirle que quería quedarme un poco más de tiempo con él».

Antonio y Julio llegaron a un pastizal próximo a un rosal. Se encontraban sumergidos en la historia, cuando una mujer anciana y débil que pedía limosna captó su atención. Julio observó a Antonio levantarse y dirigirse hacia donde estaba la anciana, meter la mano en su bolsillo, sacar una moneda y extendérsela. La mujer se fue con una sonrisa.

—¿Tienes hambre? —le preguntó Antonio.

—No, aún no. Quiero escuchar el resto de la historia. ¿Qué le dijiste a Alessio?

—Bueno, sabía que la decisión que iba a tomar cambiaría mi vida para siempre, y quería estar seguro de que era la correcta. Mientras estaba sentado mirando la chimenea, sentía el sudor formarse en mi frente. No era por el calor de las llamas, sino por la presión de la decisión que me esperaba en los próximos momentos.

—Estabas eligiendo tu vocación, ¿verdad? —dijo Julio, casi hablando al mismo tiempo que Antonio.

—Exacto. Sería una decisión que cambiaría mi vida para siempre y quería que fuese la correcta. Recuerdo haberme fijado en la chimenea y

sentir el chispeante sonido de la leña mientras se quemaba. Luego recuerdo oír la risa. La risa de Alessio era algo incomparable. Irrumpió en la sala y casi descargó cada kilo de su peso sobre mí. Echó sus cortos brazos alrededor de mí y me abrazó como solía hacer.

—¿Se lo dijiste? ¿Le dijiste que querías ser mercader?

—Bueno, sí, pero no de inmediato, y no con esas palabras exactamente. Al sentarnos a cenar, recuerdo haberle preguntado cómo había conocido a Felipo, mi padre. Recuerdo que apartó su silla de la mesa y respiró profundo. «Conocí a tu padre cuando yo tenía nueve años», me dijo.

# CAPİTULO TRES

# HISTORIA DE DOS HOMBRES



De repente, Julio se dio cuenta que su estómago le empezaba a enviar mensajes relacionados con el apetito.

—Creo que estoy listo para almorzar —dijo, sonriéndole a su abuelo.

—Vamos por aquí —sugirió Antonio—. Conozco a alguien que puede ayudarnos a encontrar almuerzo.

Los dos hombres, casi separados por dos generaciones, caminaron bajo las sombras de la basílica por una calle llena de gente. De alguna forma Julio sabía que este encuentro, y la historia que gradualmente se iba desmadejando, terminaría por causarle un gran impacto.

Mientras caminaban, Julio, se dio cuenta que su abuelo cojeaba. Se preguntó si algo le habría sucedido en el camino a la basílica. Pero nada fuera de lo ordinario se le vino a la mente.

Antonio interrumpió sus pensamientos.

—Eran monaguillos.

—¿Te refieres al monje y al mercader? ¿Eran monaguillos en la iglesia?

—Exacto. Así fue como se conocieron. Alessio me dijo que él y Felipo se habían criado juntos en Venecia.

Sonriendo a través de su barba blanca, Antonio continuó:

—De niños, hacían todo juntos. Fueron a la misma escuela y sirvieron en la misma iglesia. Eran los mejores amigos.

—Y entonces, ¿qué pasó con el monje y el mercader?

—Bueno, en ese tiempo aún no eran el monje y el mercader. Eran nada más que Felipo y Alessio. Pero eso pronto cambiaría. Como verás, al pasar los años, ellos sabían que pronto tendrían que…

—¿Elegir sus vocaciones? —interpuso Julio.

—Correcto. Alessio era mercader por naturaleza. Trabajó con su padre en los muelles y rápidamente ascendió de rango. Antes de poco tiempo ya estaba supervisando a doce hombres en el varadero. Era todo un experto. Cuando llegó el tiempo para que eligiera su vocación, demás está decir que decidió unirse a su padre como mercader.

—¿Y qué pasó con Felipo?

—Bueno, mi padre —como siempre le he llamado— sabía desde temprana edad que quería servir a Dios en un monasterio. De hecho, Alessio me contó que cuando Felipo era un niño, un día caminando por un

jardín había oído la voz de Dios llamándole. Durante mi niñez, Felipo me contó muchas veces esa misma historia. Alessio dijo que desde ese día, mi padre había decidido darle su vida a Dios como monje. Iba a la iglesia cada vez que se abrían las puertas. Muchas veces se sentaba junto a los sacerdotes insistiendo con sus preguntas, pidiéndoles que le leyeran las Escrituras. Y tan pronto pudo, se comprometió a la orden y se mudó al monasterio. Él me encontró en el barco no mucho después.

El olor de la cocina romana los rodeaba. Mientras Antonio y Julio caminaban por aquella calle adoquinada, un hombre con una carreta repleta de frutas trataba de venderle tomates a un sacerdote joven. La sombra de la basílica había quedado atrás. Pero las cúpulas, columnas y pórticos aún descollaban sobre todo lo demás, y servían como recordatorio de que Dios era la prioridad en ese lugar. La basílica, de una manera u otra, ofrecía seguridad y calma. Hasta el vendedor de frutas parecía laborar en un tono reverente mientras pregonaba sus productos.

Era ya el mediodía y de repente Antonio se detuvo en el centro de la calle, ahora muy animada.

Aunque no entendía por qué, Julio hizo lo mismo y se paró cerca de su abuelo. Entonces comenzó. Primero fue simplemente algunos sonidos leves a la distancia. Luego crecieron en intensidad y ritmo. Julio no pudo más que sonreír.

—Las campanas. ¿Está esa música saliendo de la basílica? —preguntó él.

—Sí. Todos los días, dos veces al día, las campanas tañen en alabanza a Dios. Cada año, se añaden unas cuantas más —dijo Antonio, pausando en cada otra palabra para escuchar el sonar.

A Julio le pareció reconocer un himno que había escuchado en alguna parte. No tenía importancia. Este era uno de los momentos más importantes de su vida. Lo recordaría para siempre. La basílica erguiéndose majestuosa. Las calles llenas de maravillas y de adoración. La gente trabajando activamente y honrando a Dios al mismo tiempo. Y su abuelo justo a su lado. Sus pensamientos fueron interrumpidos abruptamente cuando se dio cuenta que su abuelo había echado a andar nuevamente y ya iba varios pasos adelante. Así es que apuró sus pasos hasta alcanzarlo y luego mantuvo su ritmo.

—¿Se mantuvieron amigos después de que tu padre se mudara al monasterio? —le preguntó, intentando reanudar la conversación.

—Claro que sí. Por lo menos al principio. Como podrás ver, Alessio comenzó rápidamente a transformarse en un hombre exitoso, más de lo que había sido su padre. Su negocio creció llegando a ser uno de los imperios comerciales más grandes de la región. Mientras tanto, mi padre, que también era un líder por naturaleza, fue seleccionado para ser el abad, el monje superior del monasterio. Como abad, Felipo también tenía la responsabilidad de coordinar misas en la catedral de Venecia. En los primeros años, Alessio iba a la iglesia dos veces por semana para ver a su amigo y adorar a Dios. Pero al crecer su negocio, sus visitas se limitaron a solo una vez por semana.

—¿Le importó eso a tu padre?

—Sí. Mi padre era tan apasionado por Dios que no podía imaginarse que alguien no quisiera pasar todos los días en la iglesia. La iglesia para él era el lugar dónde se sentía revivir. Y eso es lo que ocurre cuando uno descubre su vocación verdadera. Por eso, mi padre comenzó a sentirse molesto por el hecho de que Alessio solo iba a la iglesia una vez a la semana. Alessio me comentó que Felipo comenzó a hacer comentarios acerca del servicio a Dios y la importancia de la misa, con la esperanza de que Alessio se sintiera culpable y sus visitas a la iglesia fueran más frecuentes. Alessio sintió como si Felipo estuviera presionándolo; por eso, llegó un momento en que los dos hombres comenzaron a distanciarse.

Mientras caminaban, Julio se preguntaba si eso mismo ocurriría entre él y su amigo, Ricardo. No podía imaginarse nada que pudiera separarlos. Sintió pena que estos dos buenos amigos se hubiesen distanciado.

—¿Qué ocurrió luego?

—Por un buen tiempo no ocurrió nada. Los dos hombres se entregaron a sus respectivas vocaciones y cada uno destacó en la suya. Se construyó una nueva iglesia para acomodar a la gente que amaba a Dios y que quería escuchar a Felipo enseñar las Escrituras. Al mismo tiempo, el imperio de Alessio se había convertido en el más grande del Mediterráneo. Había más de 100 barcos con el nombre de su familia navegando y entregando carga. Alessio continuó asistiendo a misa semanalmente, y Felipo continuó

deseando secretamente que estuviese ahí más a menudo. Pero cada vez se hablaban menos y menos hasta que un día…

Un hombre rechoncho y de por lo menos dos barriles de ancho, casi chocó con Julio, quien lo alcanzó a esquivar. El hombre, entonces, extendiendo sus brazos agarró a Antonio por la cintura, lo levantó en el aire, le dio varias vueltas y lo depositó suavemente en el suelo. Entre asustado e incrédulo, Julio no sabía cómo reaccionar. ¿Acudiría en ayuda de su abuelo? Un estallido de risa lo hizo desistir. Vio cómo los dos hombres se abrazaban y se reían a carcajadas en media calle. Julio sintió vergüenza al darse cuenta que el resto de los vendedores ambulantes los miraban en silencio.

—Benito —dijo Antonio, orgullosamente, dirigiéndose al recién llegado —, este es mi nieto, Julio.

Y luego, dirigiéndose a Julio:

—Benito ha sido parte de nuestra familia por casi treinta y cinco años. Nos conocimos en una expedición de pesca cerca de la costa de Murano. Era el cocinero más fino en la isla. Rápido nos hicimos amigos, y su familia me recibía frecuentemente en su casa. Más tarde, él abrió su propio café.

Benito miró a Antonio con una mirada de agradecimiento y luego, dirigiéndose a Julio, dijo:

—Sí, sí. Lo que no te ha dicho Antonio es que él me enseñó los secretos para convertirme en un empresario sabio. De hecho, le debo a él mucho de lo que soy hoy día.

Julio le extendió la mano a Benito, preparándose para un posible agarre, alzado y varias vueltas. Para su alivio, Benito se limitó a darle la mano muy gentilmente y señaló hacia un dosel pequeño con tres mesas vacías.

—Vengan y disfruten de un almuerzo en mi nuevo restaurante. Lo abrí hace un mes. Con este son nueve —dijo, orgullosamente.

Los tres hombres se dirigieron a una de las mesas y tomaron asiento. Benito le gritó algo a otro hombre tan grueso como él que estaba trinchando una jugosa pierna de cordero. Julio ya sentía cómo se le hacía agua la boca. En lo que le parecieron segundos, una buena porción de la pierna fue puesta ante Julio y Antonio. Luego de una corta oración, Benito se disculpó.

—Por favor disfruten su comida. Debo irme a atender mis otros restaurantes. Ha sido un placer verlos a ambos.

Y con eso, se paró y se fue rumbo a la calle mientras se le unían otros hombres.

Antonio continuó su historia.

—Un día, mientras Felipo estaba leyendo las Escrituras, encontró algo… algo muy especial.

—¿Qué fue lo que encontró? —preguntó Julio, ansiosamente.

—Encontró un versículo que explicaba lo que le había pasado a él y a Alessio. Rápidamente envío a un monaguillo por Alessio y a pedirle que viniera a la catedral. En menos de una hora, Alessio estaba allí. Felipo lo llevó a un cuarto detrás del altar donde se guardaba un ejemplar de las Sagradas Escrituras. El ejemplar de las Escrituras en la iglesia era uno de algunos cientos de manuscritos completos en todo el mundo. Alessio entendió el significado del cuarto con dicho tesoro y se sintió honrado de estar ahí. Al entrar, Felipo señaló un volumen grande que estaba abierto en una de las páginas finales.

—¿Qué había encontrado? ¿Qué versículo podía ser tan importante?

Julio se olvidó de su pierna de cordero. Había sido cautivado por la historia.

—El versículo —le respondió Antonio— dice que «Dios nos ha hecho reyes y sacerdotes…».

—¿Reyes y sacerdotes? ¡No entiendo! Alessio no era rey. ¿Qué querría decir?

Antonio no tardó en explicarse:

—Ese día, Dios le reveló a Felipo que en efecto, Alessio era un rey. Pero, no un rey como solemos pensar. Mira, el versículo dice que Dios continúa haciéndonos reyes y sacerdotes. Eso significa que aún sigue haciéndolo. Dios estaba diciendo que él nos llama a algunos a ser sacerdotes, y a otros a ser mercaderes, o reyes.

—Ah, ya voy entendiendo. Un rey es como alguien que administra una empresa, ¿correcto?

—Así es. Ese día, Dios le reveló a mi padre que él era un sacerdote, llamado a escuchar de Dios y a llevar a otros a su presencia; quiero decir, a la presencia de Dios. Pero Dios también le reveló que Alessio era un rey, llamado a tomar dominio en el mundo de los negocios y proveer recursos para hacer realidad la visión de los sacerdotes. Ese día, Felipo le pidió

perdón a Alessio por haberlo juzgado y por poner expectativas poco realistas en él. Felipo se dio cuenta que había intentado transformarlo en sacerdote cuando Alessio realmente era un rey. Entendió que su deber era bendecir a Alessio con el ánimo de Dios y de su Palabra. Fue entonces cuando los dos hombres volvieron a unirse como amigos, y cada uno fue más efectivo al comprender que podrían trabajar juntos en asociación.

—¿Me estás diciendo, abuelo, que los sacerdotes deben servirle a Dios y los mercaderes deben servirles a los sacerdotes?

—No, no es eso lo que trato de decir. Mira, Dios nos creó a todos para servirle. Somos llamados para escucharle y honrar su Palabra. Somos llamados a vivir nuestras vidas de tal manera para que él sea glorificado. Pero Dios ha creado una relación especial entre las personas que están en el mundo de los negocios y aquellos que han dedicado sus vidas para servir a Dios como vocación.

—A ver si entiendo, abuelo. Dios les da a los mercaderes los recursos para ayudar a hacer realidad el llamado de los sacerdotes, que han dado de su propio tiempo y recursos específicamente para servir a Dios y bendecir a los mercaderes.

—Así es. Es una clase especial de asociación —explicó Antonio.

—¿Es ese el fin de la historia?

—No, no es el fin. Realmente es el comienzo. Después de que Alessio me contó la historia sobre cómo vino a conocer a mi padre, y cómo habían descubierto la importancia de unirse como reyes y sacerdotes, me preguntó cuál era mi decisión acerca de mi vocación.

—Conozco esa parte. Te convertiste en un mercader, digo, en rey, ¿verdad?

—Correcto. Esa noche, mientras comíamos un guisado de pollo y hablábamos de reyes y sacerdotes, le dije a Alessio que quería convertirme en mercader. Sabía que mi llamado era producir bienes y servicios y proveer recursos para habilitar a los sacerdotes a hacer realidad sus visiones del reino de Dios. Y yo estaba listo. Bueno, más o menos listo.

—¿Qué quieres decir con «más o menos listo»?

—Yo estaba listo para comenzar mi trabajo como mercader. Pero sabía que aún tenía mucho que aprender. Había trabajado con Alessio por

solamente dos meses. Todavía tenía muchas dudas. Esa noche le pregunté si estaba dispuesto a ser mi mentor mientras me desarrollaba como rey.

—¿Qué te dijo?

—Aceptó, con una condición.

—¿Una condición? ¿Qué condición?

—Me dijo que sería mi mentor en el mundo de los negocios si me comprometía a reunirme con él en su casa esa misma noche una vez cada tres años. Me dijo que me quería ayudar mientras me desarrollaba, y que quería que le rindiera cuentas de lo que iba aprendiendo.

—¿Qué hiciste?

—Acepté, claro. También me instruyó para que llevara un diario de todo lo que había aprendido de él. Y lo hice. Escribí todos los eventos y palabras de cada visita.

Después de decir esto, Antonio echó mano a una cartera de cuero que colgaba de su costado. Sacó un libro viejo, cubierto en piel y muy manoseado. Era de encuadernación cuadrada con letras de un dorado descolorido en la tapa. Apenas se leía *El diario de un rey*. Los bordes de las páginas estaban desgastados, pero todavía parecían estar intactas. Tenía un cierre dorado que conectaba la cubierta con la contraportada.

—Aquí están escritas las lecciones que a través de los años aprendí cuando me reunía con Alessio. Las palabras en este libro me han ayudado a crear una vida más allá de mis sueños. Las ideas que Alessio compartió conmigo, las ideas en este libro, son los principios que he aplicado a mi negocio y a mi vida. Me han ayudado a expandir mis oportunidades y a multiplicar mi riqueza.

De pronto, Julio cayó en la cuenta de la importancia de su visita a Roma. Entendió que su abuelo lo había traído para revelarle los secretos de su gran fortuna, y no estaba dispuesto a perder esta oportunidad de aprender. Dudó por un momento, sin saber cómo responder. Entonces se armó de valor para preguntarle:

—Abuelo, ¿vas a compartir conmigo las palabras de tu diario?

—Sí, hijo, lo haré.

Lentamente, Antonio abrió el libro. Un millón de imágenes y memorias afloraron a su mente al recordar su primera visita a Alessio tres años atrás y, como lo había prometido, se había preparado para reunirse con su amigo.

# CAPÍTULO CUATRO

# EL PRIMER ENCUENTRO



El resplandor de la linterna que colgaba frente a la casa de Alessio danzaba sobre el agua formando un abanico de luz sobre el canal. Era suficiente para que pudiera apreciar el contorno de los muelles. Por un momento me pregunté si esta era una buena idea. Pero un trato era un trato. Al acercarme al muelle, pude distinguir algo familiar. Diez barcos de carga con sus velas cuidadosamente escondidas bajo sus enormes aparejos lo delataron. Sabía que Alessio era el único mercader que organizaba su armada de esa forma. Después de todo, fui yo quien instigué esa nueva organización de barcos cuando pasé mi verano con él.

Yo estaba solo. Había sido parte del trato. Él me había instruido con todo detalle en lo referente a encontrarnos allí en su casa, cada tres años, a tal día y a tal hora… solos los dos. Me preguntaba por qué Alessio habría escogido hora tan rara para encontrarnos. Pero esa era su personalidad. Siempre tratando de mantenerme curioso.

No lo vi inmediatamente. Aproximé mi pequeña embarcación al muelle, salté afuera pasando por sobre unos tablones de madera que crujieron bajo la presión de mis pies al yo darme vuelta para agarrar el cordel y aseguré el bote a un poste cercano. Mis movimientos en el muelle eran rápidos y calculados. No recuerdo el sinnúmero de veces que había asegurado y desatado estas embarcaciones.

Estaba ansioso por hablarle a Alessio de las aventuras de mis primeros tres años en el mundo de los negocios. Por otra parte, necesitaba de su consejo acerca de algunas cosas que me estaban preocupando. Así es que tomé mi pequeño bolso y me encaminé hacia la enorme casa de piedra. Al alejarme de la orilla, me pareció ver algo por el rabillo del ojo. ¿Una luz?

Me volví para mirar y vi, en efecto, una pequeña luz parpadeando cerca de la orilla del agua. Calculé que estaría a unos dieciocho metros de distancia. Esa pequeña luz parecía mezclarse con la que salía de la casa. Mi instinto me decía que siguiera caminando sin detenerme. Pero mi curiosidad me decía otra cosa. Y esta ganó. Así es que me volví y eché a andar hacia donde estaba la pequeña luz. Al pasar por una fila de barcos me pregunté qué habría sido de Alessio durante estos últimos tres años. Me puse tenso al acercarme a la luz. Percibí la presencia de un hombre sentado sobre un taburete burdo. Una risa rompió el silencio.

Aquel hombre era Alessio quien, al acercarme, se paró con la luz alumbrándole el rostro. Una sonrisa de oreja a oreja dejaba ver sus dientes. Solté mi bolso y comencé a caminar. Casi corriendo, hacia donde estaba él. Algo en su risa me hizo sentir que todo estaría bien.

—¡Amigo mío, qué bueno verte! —dijo en un tono cariñoso.

Le devolví el saludo.

—Yo también me alegro de verte.

Mientras nos dirigíamos a la casa, fuimos hablando y riendo. Mientras charlábamos, venían a mi mente los días en que había servido al lado de los estibadores de Alessio, descargando seda del Oriente y cargando mármol y vidrio para enviarlo a Francia.

A veces, en una semana veíamos más de cien barcos descargando mercancías. Nunca me habría imaginado lo influyente y rico que era Alessio hasta que un día sumé la ganancia mensual de sus barcos. Era más de lo que la mayoría de los empresarios ganarían en toda su vida. Estaba asombrado por la manera sencilla en que este mercader exitoso vivía, pero aun así, mantenía uno de los imperios comerciales más grandes del mundo. Yo estaba decidido a aprender de él.

Al entrar a la casa, me saludó el aroma de algo sabroso que se estaba guisando en la cocina. El fuego calentaba la sala. Al instante sentí como si estuviese en mi propia casa. Luego de saludar al personal doméstico, nos sentamos a una mesa de madera color café oscuro. Sus patas estaban ornamentalmente talladas. Nunca había visto algo igual. Me imaginé que había sido una importación especial de Alessio, traída probablemente de mares lejanos.

El diseño de la talla y el tipo de madera eran típicos de las importaciones del Lejano Oriente.

—¿De Asia? —pregunté.

—Sí, de la China, para ser preciso. Hecha por algunos de sus artesanos más finos, hace más de un siglo. La troqué por lino y vino. ¿Qué te parece?

—¡Sencillamente fantástico que estés operando en el Oriente. Ah, sí, la mesa es magnífica.

Pasé mis dedos sobre una intricada talla de un león que era por lo menos de casi un metro desde la nariz hasta la cola, y tenía sus fauces abiertas simulando un rugido imponente. El león sin duda era apropiado para

Venecia. Era el símbolo de san Marcos, el santo patrono de la ciudad. La mesa era de 1,83 metros de largo y se había convertido en el punto focal de la sala.

—Las puertas al mundo se nos han abierto aquí en Venecia, Antonio. Pareciera que nos hemos convertido en un camino obligado del comercio. Todos los años, miles de barcos y caravanas vienen y van, pasando por aquí. Lo único que nos falta es un mejor sistema de intercambio comercial. Es difícil ser competitivo cuando otros mercaderes están ofreciendo menos que yo por los mismos productos.

—Eso no es justo para ti», dije, como queriendo darle ánimo. Durante mis años lejos de Alessio, había descubierto lo que pensaba era una forma mejor de intercambio, y tenía la esperanza de poder pedirle su opinión. Pensé que ahora sería mi oportunidad.

—Bueno, no es exactamente culpa de ellos —prosiguió Alessio—. No hay forma de ser justo cuando se transan tantos diferentes productos en el comercio. Digo, ¿quién puede determinar el valor de un camello versus los granos, o el vidrio? Todo es tan subjetivo…

Antes de que pudiera decir otra cosa, lo interrumpí: —¿Qué tal… qué tal si pudieses comerciar con una moneda aceptada universalmente? —le pregunté, emocionado ante la perspectiva de contarle sobre mi nueva idea.

—Bueno, eso sería un milagro. ¿Pero cómo? ¡Con la economía global creciendo a diario se ha hecho casi imposible comprar algún producto con dinero, aun con la moneda de una ciudad cercana!

Yo tenía puesta una capa de lana color vino tinto, decorada con cuero alrededor de los bordes. Sonriendo, busqué en el bolsillito interno cerca del pecho y saqué una pequeña bolsa de piel. Al hacerlo, el contenido de la bolsa tintineó, como el sonido de conchas rotas contra las piedras. Le di la bolsa a Alessio.

—¡Ábrela!

Alessio la abrió y cuidadosamente vació su contenido en la palma de su mano. Eran diez abalorios de cristal, meticulosamente elaborados. Diseñados como cilindros, los abalorios eran una combinación única de azules y rojos y blancos arremolinados juntos. Cada uno tenía no más de dos y medio centímetros de diámetro y un hueco en el centro.

—¿Abalorios de cristal? —dijo él, bastante sorprendido y un poco entretenido. Aunque conocía la destreza de los fabricantes de vidrio de Murano, nunca había visto abalorios hechos a la manera de los que tenía en su mano.

—Estos no son cualquier tipo de abalorios. Hace dos meses atrás estaba en un viaje de comercio en Sicilia, y paré en la isla de Murano. Al estar ahí, alguien me habló de una familia que había inventado un método nuevo de fabricar abalorios de cristal. El resultado fue abalorios que no pueden ser duplicados por nadie más.

—Sigue —dijo Alessio, de pronto absorto en esta nueva historia.

—Bueno, me vendaron los ojos y me llevaron a caballo a la casa de una familia de mercaderes. Una vez allí le dije al fabricante de vidrio que había escuchado de su método de fabricación de abalorios de cristal que eran imposibles de duplicar. Él asintió con la cabeza y me mostró unos cuantos abalorios, los mismos que tienes en tu mano ahora. Recuerdo haberle dicho al artesano que dudaba de que sus afirmaciones fueran ciertas. El hombre me desafió a que buscara a los más hábiles fabricantes de vidrio de Murano para que intentaran copiar sus abalorios. Me dijo que si podía encontrarlos, me daría su fábrica a puertas cerradas.

—¿Qué hiciste, entonces?

—Lo intenté, pero fue imposible. Cinco diferentes fabricantes de vidrio, los más diestros de la región, fallaron. Tan pronto descubrí que los abalorios eran únicos, caí en cuenta de que podrían ser usados como moneda universal. Finalmente, el mundo del comercio tendría acceso a la moneda que podría ser usada por todos los mercaderes si tan solo lograba convencerlos a que los usaran, por supuesto.

—¿Y luego?

—Regresé con el fabricante y le compré los derechos para ser el distribuidor exclusivo de sus abalorios. Alessio, creo haber encontrado la solución a tus problemas de comercio. Creo que descubrí la moneda universal.

Tras una breve pausa, la respuesta de Alessio fue inmediata y calculada. Se paró de la mesa y dijo:

—Yo los usaré. De hecho, quiero cuantos puedas producir, y comenzaré a distribuirlos como mi nuevo método de pago. Si me dejas quedarme con

estos abalorios, los enviaré a mis clientes más importantes a través de un mensajero para notificarles de las nuevas. Claro está, si es que estás seguro que quieres proceder.

No sabía qué responder.

—Por supuesto que quiero proceder —dije al fin—. Alessio, no sé qué decir. Yo…



Julio ya no podía consigo mismo. Había estado sentado ahí, fascinado con la historia, ignorando su almuerzo. De repente soltó:

—Los abalorios… ¿eran abalorios del comercio veneciano?

—Sí, los primeros. Finalmente compré la fábrica de abalorios y comencé a distribuirlos por todo el mundo.

—Pero ahora los abalorios del comercio están por todas partes. Digo, son usados por todo el mundo. ¿Esa fue idea tuya?

Julio sabía que su abuelo era un mercader influyente, pero no tenía idea exacta cuánto lo era. Cuando era más niño, acostumbraba visitar a su abuelo en Murano. Y hasta había trabajado en sus muelles. Pero para él, la fuente de su riqueza siempre había sido un misterio. Hasta ahora. Los abalorios del comercio veneciano se habían convertido en la moneda estándar para casi todo el comercio en Europa y Asia. Su mente daba vueltas al intentar calcular el valor de los abalorios y la riqueza acumulada que le habían producido a Antonio. Sus pensamientos al fin descansaron. Asintió con su cabeza en incredulidad y repitió la pregunta.

—¿Quieres decir que tú creaste la idea de usar abalorios para el comercio de importación y exportación?

—Sí, Julio, fui yo. Fue una idea que creo que Dios mismo me la dio.

Por un momento los dos permanecieron en silencio mientras el joven absorbía el peso de su nuevo descubrimiento.

Antonio pasó la página del libro que tenía en las manos y lo puso en la mesa delante de él. Con sus ojos aun conectados a los de Julio, volteó el libro para que lo mirara su nieto.

—Este es el primer secreto del éxito —dijo, señalando las únicas palabras escritas en esa página. Julio leyó las palabras en voz alta.

## PRINCIPIO UNO:
## TRABAJA DURO Y DIOS TE PROSPERARÁ.

—¿Qué significa eso, abuelo?

—Significa que el trabajo duro es el principio del éxito. La Escritura nos dice que Dios bendecirá «toda la obra de tus manos» si le eres fiel a él. Mira, hay mucha gente con buenas ideas…

—¿Como los abalorios del comercio veneciano?

—Sí, como los abalorios del comercio veneciano. Es gente que tiene grandes ideas pero nunca hacen nada al respecto. El primer principio que me enseñó Alessio fue la importancia de trabajar duro en lo que crees. Es fácil tener una idea. Pero otra cosa es comprometer tu tiempo y esfuerzo en ella.

—Abuelo, tengo un amigo cuyo padre dice tener una nueva forma de irrigar los campos pero tropieza con el problema que los otros agricultores lo desaniman de hacer algo con su idea.

—Existen muy buenas ideas. Pero si dejamos que las influencias negativas de otros nos detengan, entonces nunca lograremos nada. La verdad es que la mayoría de las personas «siempre están esperando comenzar algo», pero pocos caminan rumbo al éxito.

—Sí, pero si Dios quiere que tú seas una persona de éxito, ¿no te bendecirá a pesar de lo que hagas o dejes de hacer?

—Ese es uno de los mayores malos entendidos que frecuentemente tenemos acerca de Dios. Es cierto que Dios quiere bendecirnos. Pero él únicamente bendecirá a lo que de nosotros le echemos manos. Dios quiere que busquemos de él y que trabajemos duro. De hecho, Pablo dijo una vez que si el hombre no trabaja, no tiene derecho de comer. Esas son palabras fuertes. Pero Dios quiere que entendamos la importancia de la diligencia.

Julio estaba grabando cada palabra en su mente. Él sabía que estos principios del éxito le habían servido a Alessio, a Felipo, y a Antonio. Seguramente también le servirían a él. Estaba deseoso de escuchar el resto de las ideas en el libro, pero quería estar seguro que entendía el primer principio antes de seguir.

—Así que, básicamente, el primer principio es: «Busca de Dios y decide qué es lo que quieres hacer, y luego haz lo necesario para que se haga

realidad. Ah, y trabaja duro. Si hago esto, buscando ayuda cuando sea necesario, Dios bendecirá lo que yo haga». ¿Es así?

Antonio sonrió. Sabía que estaba pasando un gran tesoro a una nueva generación.

—Sí, trabaja duro en lo que te gusta hacer, y al fin verás la bendición de Dios en lo que haces.

—¿Con eso terminó tu reunión con Alessio, abuelo? —preguntó Julio.

—Sí. Eso fue todo. Me fui tarde esa noche y navegué de regreso a casa. Al día siguiente, visité un amigo que era mercader de cueros, para pedirle que me encuadernara este libro. En él escribí todas las ideas que había aprendido en mi primera visita a Alessio. A lo largo de tres años, trabajé duro para desarrollar la idea de los abalorios del comercio veneciano. Él tenía razón. El trabajo duro valió la pena. Y entonces, esperé con ansias mi segundo encuentro con él.

# CAPÍTULO CINCO

# EL SEGUNDO ENCUENTRO



Esta vez yo iba preparado. Tres años antes, en la oscuridad de los muelles, Alessio y su candela casi me habían muerto de miedo. Mi llegada ahora tenía que pasar inadvertida. Las pocas nubes de esa noche me parecían favorables y la nueva barca surcaba las aguas sin tan solo un sonido. La proa inclinada y el casco profundo hicieron que el viaje fuese fácil. Tres años atrás, no hubiese pensado estar en esta nueva embarcación. Con la que había atracado en la casa de Alessio para nuestro primer encuentro tenía más de veinte años. Me había acostumbrado a llevar una pequeña jarra conmigo para sacar el agua del fondo. Esta era diferente.

Se la había comprado hacía un mes a uno de los más finos fabricantes de barcos de Murano. Habíamos hecho negocio juntos muchas veces cuando trabajaba en los muelles con Alessio. Recuerdo lo sorprendido que estuvo al verme, y más sorprendido quedó cuando le hablé de la barca que quería comprar. Él había dicho que solo aceptaría abalorios como forma de pago.

—De esta manera me aseguro de que en realidad tienes el dinero —explicó, a modo de justificación.

Sonreí al entregarle un bolso de abalorios que él contó con cuidado y volvió a contar hasta que quedó satisfecho. Recuerdo cómo me sentí al darme cuenta que mis abalorios se estaban usando en toda la región. Las palabras de tres años atrás resonaban en mi mente mientras yo navegaba el último kilómetro hacia la casa de Alessio.

TRABAJA DURO Y DIOS TE PROSPERARÁ.

Eran palabras sencillas pero poderosas. Después de nuestro primer encuentro en casa de Alessio, comencé a trazar estrategias de cómo extender la influencia y oportunidades de los abalorios. El trabajo era duro. Pero en menos de seis meses algunos comerciantes importantes estaban usando los abalorios en sus transacciones. En menos de tres años, los abalorios se convirtieron en el estándar de Venecia. Por primera vez en mi vida comencé a acumular dinero. No obstante, los años anteriores no habían sido fáciles. Mis amigos y hasta mi familia dudaban de mi nuevo éxito. Yo estaba ansioso por reunirme con Alessio y buscar su consejo sobre el futuro. Había tantas nuevas preguntas y retos.

Tuve que concentrarme para poder ver las líneas de la costa. Busqué para encontrar el muelle tan familiar. Por un momento, me pregunté si habían desaparecido o si Alessio habría mudado su centro de operaciones. Alguna vez en el pasado había hablado de mudar su compañía al norte, a las afueras de la ciudad donde tenían lugar la mayoría de las transacciones comerciales. *Seguramente me lo habría dicho si se hubiese mudado*, pensé.

Y entonces lo vi.

El mismo viejo muelle con los mismos barcos cuidadosamente atracados a los postes de madera. El muelle estaba desierto. Recorrí con la vista en busca de una luz o un hombre agachado, pero no vi nada.

Me acerqué lo suficiente para brincar por encima de los tablones. Amarré mi barca al poste y eché a andar rápido por el muelle esperando ver a mi amigo. Pero esta vez no me estaba esperando, o por lo menos aquí no. Me dirigí a la casa. Al acercarme me di cuenta que en la puerta no había luces ni tampoco el aroma delicioso de la cocina flotando en el ambiente. Al acercarme más, vi un pequeño papel doblado por la mitad y clavado en la puerta. Estaba dirigido a mí.

Rápidamente lo saqué y lo abrí. Había un corto mensaje con instrucciones escritas en tinta negra. Decía:

> *Encuéntrate conmigo en la iglesia cerca del molino. La misa comienza a la medianoche. No llegues tarde. Bienvenido, amigo mío.*
>
> *—Alessio*

Leí nuevamente la nota, y luego me pregunté por qué querría encontrarse conmigo en la iglesia. Me aseguré de tener todas mis pertenencias. Calculé que me tomaría treinta minutos en llegar a pie. Aunque fácilmente podría conseguir una carreta en el establo más abajo en el camino, decidí que sería buen ejercicio ir caminando.

Al echar a andar, rebusqué en el bolso de cuero que llevaba en mi hombro. Mis dedos sintieron el borde del diario que había comprado hacía tres años. Desde la última reunión con Alessio había mantenido una colección de pensamientos acerca de mi negocio y asuntos personales. No hallaba la hora de enseñárselo y añadir otros principios.

Las nubes se esparcían por el cielo. La luna brillaba en el sendero delante de mí, alumbrando el polvo a mis pies y los techos de las casas desperdigadas por el camino. De repente, el aroma y el sonido del canal cercano me hicieron recordar las largas noches que habíamos pasado con Felipo hablando de Dios. Nos sentábamos al borde del canal mirando las estrellas, y él me hablaba de la grandeza de nuestro Creador.

Recordar esas noches siempre me tranquilizaba. De hecho, cada vez que miraba los cielos, me acordaba de las palabras: «Porque yo sé muy bien los planes que tengo para ustedes, afirma el Señor, planes de bienestar y no de calamidad, a fin de darles un futuro y una esperanza» (NVI).

Mientras arrastraba los pies por el camino esa noche, susurré varias oraciones a Dios; oraciones de agradecimiento por la vida con la cual me había bendecido. Mas también, oraciones de orientación. Necesitaba ser instruido en las decisiones difíciles que tenía que tomar.

Percibí ruido de gente reunida en algún lugar más adelante. Supuse que era la iglesia preparándose para la misa de medianoche. No era normal que las iglesias celebraran misa a la medianoche durante los meses veraniegos. Pero en esta iglesia en particular hacerlo se había convertido ya en una costumbre, en una tradición. Recuerdo que durante los meses que trabajé en los muelles, Alessio salía de la casa los sábados tarde en la noche para buscar de Dios.

La iglesia era humilde, pero elegante. Tendría que haber tenido unos quince metros de largo por unos nueve de ancho, con un gran arco en la entrada principal. Tenía varias vidrieras de colores, cada una de por lo menos cuatro metros de altura de techo a piso. En una de las vidrieras había un Santo Tomás y en otra un Moisés cargando los diez mandamientos. *Los principios de Dios*, pensé mientras me aproximaba a la iglesia.

Las puertas estaban abiertas y varias personas ya se encontraban adentro. Miré buscando a Alessio, pero no lo vi. Luego encontré un lugar donde sentarme en uno de los bancos de atrás. Dos monaguillos vestidos de blanco pasaron por mi lado. Sonreí y recordé las historias que Alessio me había contado acerca de él y Felipo. De repente, escuché un ruido y me volví. Vi a Alessio sentado solo, en la esquina. No sé como no lo vi la primera vez. Él sonrió con su usual sonrisa y me hizo señas para que me

fuera a sentar con él. Nos saludamos y en silencio esperamos a que comenzara el servicio.

Mientras estaba sentado en la iglesia esa noche, recordé los días y noches que había pasado en el monasterio. ¡Mi vida había cambiado tanto! Allí había aprendido a pasar largos ratos en silencio. Ahora era reconocido por mi habilidad de comunicarme con otros. En el monasterio no tenía casi nada de contacto con mujeres, ya que todos habíamos hecho voto de celibato. Ahora estaba considerando el matrimonio por primera vez. En el monasterio no tenía nada. Ahora tenía barcos y empleados, y estaba levantando mi riqueza.

El sonido familiar de la liturgia que tanto amaba y conocía tan bien irrumpió mis pensamientos. Me puse de pie y repetí las palabras santas junto a decenas de otros feligreses. El sacerdote se paró para leer de las Escrituras antes de la Sagrada Comunión. Por los siguientes momentos, leyó las palabras conocidas de Jesús acerca del joven rico. Destacó que al joven le dijeron que vendiera todo lo que tenía y que se lo diera a los pobres.

Al pronunciar el sacerdote estas palabras, me pareció como si estuviera mirando directamente a Alessio, que conservó su sonrisa durante todo el sermón. El sacerdote luego nos recordó que Jesús había dicho que le sería más difícil a un rico entrar al cielo que a un camello pasar por el ojo de una aguja. De nuevo pude sentir un intercambio silencioso entre el sacerdote y mi amigo. No pude dejar de sentirme culpable por mi propia riqueza. Después de todo, ¿no había dejado una vida completamente dedicada a Dios para perseguir el lucro? Cerré mi mente a ese pensamiento y traté de concentrarme en el resto del sermón.

La prédica se prolongó por unos minutos y luego el sacerdote se preparó para la Santa Comunión. Todos nos dirigimos adelante por el pasillo para recibir los elementos y adorar a Dios. Al irnos de la iglesia esa noche, el sermón volvió a mi mente hasta que fue interrumpido por la voz de mi amigo.

—¿Cómo estás? —me preguntó—. He oído hablar mucho de tus abalorios. Veo que has aprendido bien.

Alessio habló con el tono de un padre orgulloso. A mí aquello no me molestó en absoluto. Después de todo, él era mi mentor y mi maestro.

—Sí, Alessio, ha sido una buena temporada. Después de nuestro encuentro, comencé a aplicar el primer principio y he tenido resultados fantásticos. Mi negocio ha crecido, y ahora tengo más riqueza de lo que jamás pensé. Por supuesto, también he tenido nuevos retos.

Dije esto con un poco de enfado, al recordar todas las personas que parecían guardarme rencor. De repente, pensé en el sacerdote y en su sermón.

—Alessio —le dije.

—¿Sí? ¿Hay algo que te esté preocupando?

—El sacerdote. Ojala no me molestara tanto. Pero no puedo sacarme de la cabeza las palabras acerca del hombre rico y el reino de Dios.

Lo dije casi temiendo que estuviera tocando un tema prohibido.

Con su habitual sonrisa, en el rostro, Alessio dijo:

—Entiendo cómo te sientes. Sabía que el sacerdote leería ese versículo esta noche. Él es un buen amigo mío. Nos vemos a menudo. Él tiene buenas intenciones. Simplemente a veces malinterpreta el significado de los versículos.

—Pero…

—Sí, ya sé. Él es muy apasionado en aquello de que los ricos deben de ayudar a los pobres. Jesús siempre se relaciona con nosotros individualmente. Eso significa que ve nuestras vidas de forma única y de manera especial. Verás, cuando Jesús le hablaba al joven rico, le hablaba a *él* específicamente, no a *todos* en general. Jesús sabía que este joven había hecho del dinero un ídolo y quería que fuese libre. También sabía que la única manera para él ser libre era deshaciéndose de aquello que lo ataba.

—¿El dinero?

—Precisamente.

—¿Y cómo sabes que Jesús no estaba hablándoles a todos?

—Bueno, por una parte, en los versículos siguientes, los discípulos le hicieron la misma pregunta a Jesús. Dijeron: «Señor, si este hombre no entrará en el reino de los cielos, entonces, ¿cómo podemos nosotros?». Decían esto porque varios de ellos sabían lo que era tener riquezas.

—¿En serio?

—Sí. De hecho, Santiago y Juan eran los hijos de Zebedeo, un pescador exitoso. Y Pedro era socio en el negocio de la pesca.

Alessio sonrió al hacerme recordar este hecho de las Escrituras.

—Por otra parte, Jesús también se encontró con otros hombres de considerable riqueza y nunca les pidió que vendieran todo lo que tenían. Zebedeo, Zaqueo y Mateo, recaudadores de impuestos, el oficial romano, y Nicodemo, para mencionar a algunos. Parece que Jesús estaba más interesado en relacionarse individualmente con cada uno de ellos, basado en sus circunstancias específicas, y en sus corazones y motivos. Y recuerda, en ese mismo capítulo, acerca de la entrada al cielo Jesús dijo que a través del hombre es imposible, pero con Dios todo es posible.

—Sí. ¿Pero qué de la parte del camello?

Alessio ahora caminaba de prisa. Su casa se podía ver a unas cuantas yardas adelante. Había una luz encendida adentro y deseé que alguien estuviese trabajando en la cocina.

Alessio prosiguió, diciendo:

—Yo he estado en Jerusalén varias veces. Me han contado que antiguamente, para proteger las ciudades amuralladas hacían las puertas de entrada tan pequeñas que el hombre y su bestia tenían que entrar, literalmente, de rodillas. A esas pequeñas puertas las llamaban comúnmente, «ojo de aguja».

—¿Quiere eso decir —repliqué—, que *era* posible que un camello pasara por el ojo de una aguja, solo que para hacerlo tenía que prácticamente entrar de rodillas tal como los hombres adinerados? ¿Tenemos que ser humildes y doblar las rodillas para vivir una vida exitosa… y agradar a Dios?

—Así es, amigo mío.

—Pero el sacerdote dijo algo acerca de la importancia de deshacerse uno de su propia riqueza. ¿Estaba exhortando a los ricos a que no vivan de manera tan acomodada que no dejen nada para los pobres?

Habíamos llegado a la casa de Alessio. La puerta estaba entreabierta, suficiente como para que el aroma de la sopa de minestrones me distrajera por un momento. Alessio empujó la puerta y entramos. Señaló con la mano hacia la mesa china situada en el centro del comedor.

—Ven y siéntate. Debes de estar hambriento.

Oramos por la comida, y luego pasamos varios minutos devorando la sopa de vegetales picantes y el pan caliente con mantequilla fresca. Alessio fue el primero en romper el silencio.

—Bueno —empezó a decir—, es cierto que algunas personas perciben la riqueza o los recursos como una sola tarta.

Cogió una tarta redonda de fruta y la puso en el centro de la mesa. —Ellos creen que si alguien toma un pedazo grande, no quedará suficiente para los demás.

Mientras decía esto, cortó un trozo de la tarta y lo colocó en su propio plato.

—Los que así piensan están equivocados. Los recursos de Dios no son como esta tarta; son infinitos. Y su voluntad es prosperarnos para que podamos ayudar a expandir su reino aquí en la tierra. Dios puede hacer cuantas tartas quiera.

—¿Y qué de la gente que dice que los comerciantes están simplemente obteniendo ganancias a costa de otros? —pregunté yo mientras cortaba un trozo de tarta para mí.

—Sí, sí. Son los mismos que fallan en reconocer las ideas del comercio. Mira, cuando un comerciante vende un producto o un servicio a un cliente, entonces, siempre y cuando sea ético, todos ganan. El cliente gana porque ahora puede usar el nuevo producto para mejorar su vida. Y el comerciante gana porque ha obtenido una ganancia con el producto de valor que ha ofrecido. Julio, este concepto, de que la riqueza es algo malo, es simplemente una falsedad.

Al terminar mi trozo de tarta de fruta quise estar seguro de haberle preguntado a Alessio todo lo que tenía en mente. Y todavía quedaban algunas cosas que me agobiaban.

—Alessio, no quiero discutir contigo pero tengo todavía muchas preguntas que necesitan una respuesta.

Con un gesto, Alessio pareció autorizarme para hacerlas.

—Tengo varios amigos —le dije—, hombres con los que me crié en el monasterio. Ellos aman a Dios y me aman a mí. Pero a menudo me dicen que Dios quiere que yo sea pobre, como los monjes que han tomado votos de pobreza.

Alessio alejó su plato de él y puso ambas manos en su cara, con los codos sobre la mesa. Sentí que estaba a punto de decir algo significativo.

—Eso es algo completamente diferente —empezó a decir—. Las Escrituras claramente nos dicen: «Amado, yo deseo que tú seas prosperado y que tengas salud, así como prospera tu alma». Ahora, yo entiendo que tus amigos deban obedecer lo que Dios les diga a ellos. Porque son monjes, están específicamente obedeciendo al llamado de Dios. Y eso es honorable y, por lo mismo, serán bendecidos de otras maneras. Tú debes entender que Dios desea que tu alma prospere sobre todas las cosas. Eso significa que Dios quiere conocerte íntimamente. Él quiere ser una parte significativa en tu vida. Pero en la medida en que tu relación con Dios crezca, él prosperará tus finanzas; a menos que Dios te llame a hacer un voto de pobreza.

—¿Pero, querrá él que tengamos solamente las cosas que necesitamos para sobrevivir?

—Jesús nos dice que busquemos primero el reino de Dios, y entonces todas las cosas nos serán añadidas. Dios lo pone así: «Deléitate en el Señor, y él te concederá los deseos de tu corazón». Eso quiere decir que si estás deleitándote en él, buscando de él y honrándolo a él, sus deseos naturalmente se convertirán en tus deseos. Sí, Dios quiere que tú tengas todo lo que tu corazón desee, siempre y cuando estés enfocado primero en él. Pero recuerda que Dios juzga los corazones y conoce nuestros motivos. Debemos amarle por quién él es, no por lo que él nos pueda dar.

Mi mente daba vueltas con todas las nuevas ideas que había escuchado. Quería recordar cada palabra. No podía esperar a irme esa noche para escribir en mi diario.



Julio había estado sentado, concentrado en Antonio y la versión de su segundo encuentro con Alessio. De repente recordó el libro de cuero sobre la mesa. Miró a su abuelo que con un gesto le indicó que pasara la página. Vio las palabras escritas y las leyó en voz alta.

## PRINCIPIO DOS:
## A MENUDO, LA PROSPERIDAD FINANCIERA ESTÁ CONECTADA CON LA PROSPERIDAD DEL ALMA.

Julio se grabó estas palabras en la memoria.

—Creo que voy entendiendo, abuelo. ¿Fue ese el fin de tu segundo encuentro?

Antonio sonrió.

—No exactamente. Tenía una pregunta más para Alessio.



Nos mantuvimos en silencio por unos segundos mientras terminábamos la cena y poníamos fin a nuestra charla sobre la importancia de la prosperidad del alma. Alessio fue el primero en hablar.

—Aparte del negocio, ¿cómo te sientes? —me preguntó.

—Bueno, hay una cosa más…

—Sí, ¿qué es?

—Es que… hay una muchacha —dije—, cerrando los ojos para no ver la reacción de Alessio.

No la tenía que ver. La escuché. Él rió de buena gana durante un rato. La mesa china debajo de nuestros codos se estremeció por el ritmo de su barriga. Me costó abrir los ojos y cuando lo hice lentamente, los enfoqué en la sonrisa de Alessio disimulada detrás de su barba. No había problema. Después de todo, yo sabía que su consejo en esta materia valdría cualquier castigo. A través de los años, lo había observado a él y a su esposa. Sabía que ellos tenían un secreto que yo necesitaba.

—¿Una muchacha? ¿Cómo se llama? —preguntó riendo entre dientes.

—María. Se llama María y es perfecta, Alessio. Te digo que es perfecta. Tenemos tanto en común, y Felipo la ama también. Ah, y ella me hace reír. ¿Te había dicho que ella es la mujer más bella de la región?

—Bueno, eso suena como que esta vez no tienes mucha necesidad de mi consejo. Mientras sepas que puedes proveer para sus necesidades, da el siguiente paso.

—¿Proveer para sus necesidades?

—Sí. Dios compara a un hombre que no provee para su familia con alguien que ha negado la fe. Lo considera peor que un no creyente. Tienes que saber que puedes cuidar de ella antes de pedirla en matrimonio. Y ya

casado, tienes que hacer lo necesario para que nada le falte. Esos son los principios de Dios, no los míos.

Pasé la página del libro de cuero y escribí:

PRINCIPIO TRES:
EL HOMBRE TIENE QUE HACER LO QUE SEA
NECESARIO PARA PROVEER PARA SU FAMILIA.

Le aseguré a Alessio que podía proveer para las necesidades de ella. Le recordé que los abalorios comerciales me habían dejado una pequeña fortuna durante los pasados tres años. Estuvo de acuerdo, y hablamos y nos reímos hasta temprano en la mañana. Entonces él caminó conmigo hasta mi nueva embarcación, que muy orgullosamente le mostré. Antes que me diera cuenta, ya me había ido. Recordé que le decía adiós a mi buen amigo, pensando en qué tendrían para mí los siguientes tres años. No podía esperar. Todo acerca del futuro parecía estar lleno de promesas.

No podía estar más equivocado.

# CAPÍTULO SEIS

# EL TERCER ENCUENTRO



Fue una noche que jamás olvidaré. Acababa de terminar de hacer el inventario de los abalorios del comercio con Milos, mi director general y buen amigo. Había conocido a Milos en un viaje que hice a Grecia, donde él estaba trabajando como picapedrero para un comerciante local. Venía de una familia de picapedreros de cinco generaciones, y él era el más joven de cuatro hermanos que también habían escogido el oficio de la familia. Mientras hablaba con él descubrí que aunque amaba su trabajo, anhelaba tener un nuevo reto. Teníamos mucho en común: entusiasmo por la vida, inclinación por la artesanía fina, pasión por la pesca. Le pedí que se uniera a mí en el negocio de los abalorios, y él aceptó. En unas cuantas semanas nos hicimos buenos amigos.

Disfrutamos de la compañía mutua; cuando no estábamos planificando el futuro del negocio, estábamos pescando. Milos tenía tan solo veintidós años cuando se mudó a Murano. Con su 1,52 metros de estatura, era más alto que cualquier otro en la isla. Esto le daba una credibilidad instantánea. Aprendía rápido y trabajaba duro y no tardó mucho en ascender hasta la cima de la compañía. En pocos meses ya estaba laborando como diseñador principal. Con Milos a cargo de la línea de productos, y yo a cargo de las operaciones diarias, las cosas comenzaron a moverse. Nuestro negocio estaba creciendo más rápido de lo que podíamos manejar, así que comenzamos a planificar una expansión de la fábrica de vidrios, que aun era muy pequeña.

Puedo recordar el sonido. Milos y yo caminábamos hacia el muelle, preparándonos para cargar mi barco para mi visita regular a Alessio. De pronto escuchamos un ruido amortiguado venir de la fábrica. Nos volvimos para ver qué era y observamos una columna de fuego que se elevaba por unos nueve metros. Por unos segundos no supimos qué hacer pero luego corrimos.

Al extremo de mis piernas, mis pies se esforzaban por moverse con la mayor rapidez posible. En un momento temí que perdería el equilibrio. Cuando estaríamos a unos treinta y tantos metros del edificio en llamas, mis piernas ya no pudieron más. Sentí que me caía. Traté en vano de aminorar el golpe con las manos. Mi cara y el piso se unieron en un ruido sordo y mi pecho desnudo se arañó contra los caracoles y la arena. Milos se detuvo y

vino a ayudarme. Logré incorporarme y reanudamos la carrera hacia las llamas. Yo me movía torpemente por la dificultad de mis piernas y la caída.

El lado oriente fue el primero en derrumbarse. Las llamas incontrolables lo envolvieron y en minutos estaba en el suelo. Varios de los trabajadores de la fábrica habían venido a ayudar. Les dije que formaran una línea desde la playa hasta el edificio y empezamos a pasar, de mano en mano, baldes con agua para tratar de apagar el incendio. Aunque el agua hizo poco para disminuir la destrucción, ellos siguieron trabajando.

El edificio tendría unos cincuenta años. De altura no sobrepasaba los 4 metros. El techo y paredes los habían construido con madera cruda de la misma isla. Nunca fue un edificio impresionante, pero había cumplido con su propósito. La estructura original tenía alrededor de seis metros de ancho por quince de largo. Hacía poco que Milos y yo le habíamos añadido, a lo ancho, otros nueve metros.

Desde que había comprado la operación seis años antes, había apostado un guardia que, afortunadamente, era el único que estaba ahí cuando el edificio cogió fuego. Ahora lo podía ver cubriendo su puesto en lo que quedaba de la entrada principal.

La pared norte se tambaleaba peligrosamente por sobre las cabezas de los rescatistas. Alguien gritó una advertencia y todos se alejaron justo cuando un pedazo de pared se venía al suelo. El fuego lamía las copas de unas palmeras cercanas. Más tarde me enteré que las llamas podían verse fácilmente desde las islas vecinas.

El edificio estaba cerca de los muelles, y antes que alguien pensara en poner los barcos a salvo, las llamas habían llegado peligrosamente hasta el muelle. Al extinguirse el fuego por sí mismo, las primeras luces del alba se mezclaron con el humo. Milos vino y me entregó una pequeña caja de madera en la cual había escrito algo con un trozo de carbón. La había encontrado entre las cenizas. Al recibir la caja y mirarlo a la cara, me di cuenta que tenía quemaduras profundas en el rostro.

En silencio, Milos se fue a hacer otra cosa; yo, entonces, abrí la caja. Adentro encontré cuatro pequeños abalorios y un pedazo de pergamino con diagramas. Eran las tan valiosas instrucciones detallando el proceso secreto. Las lágrimas acudieron a mis ojos al ver lo que quedaba de mi vida, de mi carrera, de mi riqueza.

*Se acabó,* me dije, cerrando lentamente la caja.

Me había quedado solo. Bajé la cabeza y comencé a llorar. Había fallado. La caja se cayó de mis manos y ahí quedó, en el suelo, frente a mí. Entonces me fijé en lo que Milos había escrito en la tapa: *con esto comenzaremos de nuevo.* Él parecía tener más fe que yo. Pensé en Milos y en su familia en Grecia. Había dependido de mí y yo le había fallado.

El dolor en el pecho se me hacía insoportable. Me sentí tan mal que creí que iba a vomitar. Mis piernas las sentía como si fueran de plomo. Me senté en una roca que había por ahí.

*Dios, ¿por qué?* pregunté, sintiéndome completamente solo y con temor. *¿Por qué?*

En ese momento, sentí una mano posarse sobre mi hombro. Me froté la cara en un vano intento por esconder mis emociones, y luego miré hacia arriba. Ya yo sabía de quién era esa mano. Era de María. Ahí estaba ella, tan bella como el día en que la conocí. Su cabello largo y oscuro y su piel blanca la hacían resaltar más que a las otras muchachas sencillas del pueblo. Ella era diferente. Durante dos veranos había trabajado hombro a hombro con los trabajadores de su padre en su barco de pesca. Ella entendía la importancia del trabajo duro, y eso era algo bueno, también. Con sus tres meses de embarazo, estaba a punto de descubrir el trabajo duro que la vida familiar le depararía.

Pero ahora todo parecía ser diferente. Nuestra seguridad, nuestras esperanzas, nuestros sueños. Todo eso había desaparecido. Tan pronto vi a María, no pude aguantar la inundación de las lágrimas que estaban detrás de mis ojos y exploté en una cascada de llanto. Me bajé repentinamente de la roca donde me había sentado y me aferré de sus tobillos. Mientras me desplomaba ahí, en un montón en el suelo, ella se agachó para estar conmigo. Podía sentir su mano quitando el sudor, las lágrimas y el hollín de mi cara, y pude escuchar su voz susurrarme al oído.

*No temas. Te amo. Siempre te amaré. Empezaremos de nuevo. Siempre podemos empezar de nuevo.*

Dijo esas palabras tan calurosamente y con tal delicadeza que las creí, por lo menos por un instante. Después de lo que parecía ser una eternidad, me levanté del suelo y la abracé.

—Antonio, si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?

Intenté decir algo, pero ella me detuvo poniendo su dedo índice sobre mis labios.

—Shhh —dijo—. Vamos a casa. Hay alguien que quiere verte.

Nos dirigimos al pueblo. Mientras caminábamos, el sol de la mañana se asomaba por el horizonte reflejándose sobre el agua. La luz proyectó decenas de líneas de color en el océano brillante frente a nosotros. Por dos años había caminado esta isla cada amanecer, pero nunca me había parado a ver la salida del sol.

De repente me acordé de la caja de madera que llevaba en las manos. *Con esto comenzamos de nuevo*, pensé.

Al aproximarnos a casa, me di cuenta que la gente nos quedaba viendo. Nadie habló. Hasta este día no sé por qué. Quizá fue porque se sintieron tan desanimados como yo. O a lo mejor porque de alguna manera me echaban la culpa a mí. O porque simplemente no sabían qué decir.

Y entonces lo vi. Ahí, sentado en una banca en el frontis de mi casa, estaba Alessio. Jugaba de lo más tranquilo con César, un gato blanco persa que había viajado conmigo de polizonte cuando regresaba de un viaje a Venecia. Por un momento, me pregunté si Alessio sabría lo que había ocurrido. Se paró para abrazarme.

Después de algunas palabras, me acompañó hasta la cocina y comenzó a preparar lo que él llamaba el «desayuno veneciano perfecto». Aunque nunca necesitaba cocinar para sí mismo, el hacerlo lo consideraba algo así como una forma de arte. Y él se creía un gran artista. De hecho, lo era. En varias ocasiones le habían pedido que preparara cenas para líderes del estado que a menudo visitaban Venecia. Mientras María y yo esperábamos en la sala principal, Alessio tiró y jaló cuanta cosa había en la cocina, cantando y riendo mientras cocinaba.

*¿Cómo puede estar tan contento cuando yo estoy tan devastado?* pensé. *Debe saber algo que yo no sé*.

Y así era, en efecto.

Al sentarnos a una mesa pequeña que quedaba en una sala al lado de la cocina, me di cuenta de que habían pasado años desde que me sentara a desayunar. Normalmente, comenzaba mi día en el muelle, listo para la batalla. Sonreí por primera vez desde el incendio cuando Alessio entró en la sala con una bandeja llena de huevos, cordero y tomates. No tenía hambre

en lo más mínimo, pero me esforcé en comer y hablar con mi amigo. Con mi esposa a mi lado y mi gato debajo de la mesa, me sentía seguro.

Luego de que la charla se acabara, Alessio fue el primero en mencionar el tema.

—Me enteré a través de un buen amigo que estaba aquí anoche dejando una carga de herramientas. Él estaba a no más de un kilómetro de distancia cuando vio las llamas. Se imaginó que el calor de los hornos había encendido la madera del edificio.

—¡Fue horrible! Las llamas se extendieron tan rápido que la mitad del edificio ya estaba en ruinas antes de poder organizar un rescate. Tratamos… hicimos todo lo posible.

Luché para mantener mi compostura.

—Amigo, yo sé. Sabía que este sería un día difícil para reunirnos… pero un trato es un trato. Así que de todos modos vine—. Se sonrió detrás de su barba, que ahora lucía algo gris.

Por primera vez vi las arrugas en el contorno de sus ojos, destacando su sonrisa continua y su constante risa. Estaba envejeciendo, pero envejeciendo bien. A los cincuenta y cinco años de edad, aún era fuerte e inteligente. Pero el tiempo estaba comenzando a robarle la chispa a su personalidad, lo que venía bien en días como este.

—Gracias por haber venido —le dije.

Era la segunda vez que él había ido a Murano ese año. Nos había sorprendido a mí y a María en nuestro día de bodas. Sin haberlo esperado, se presentó con un barco lleno de regalos, incluyendo a cuatro trovadores y un grupo acrobático para el entretenimiento. Fue lo más destacado de la noche. Ahora había regresado. Esta vez para animarnos… cuando más lo necesitábamos.

Habiendo acabado el desayuno, María se fue a la cocina, y yo me quedé solo con Alessio y César. Casi no podía hablar, pero estaba dispuesto a escuchar el consejo de mi mentor.

—Y ahora, ¿qué hago? —pregunté.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, se ha acabado. Lo he perdido todo. Tengo que encontrar algo nuevo. De hecho, toda la mañana he estado pensando que tal vez deba regresar al monasterio. Digo, no podría vivir ahí, con María no. Pero a lo

mejor podría vivir cerca y trabajar allí. Me pregunto si se me pasó mi verdadero llamado.

—¿Por qué dices eso?

—Bueno, es obvio que Dios está cerrando una puerta para mi negocio. ¿Qué otra razón habría para que él haya permitido que mi fábrica se quemara?

Por primera vez esa mañana, la cara de Alessio se puso seria. Era evidente que no estaba de acuerdo conmigo.

—Escúchame bien —me dijo—. Puede ser esta la lección más importante que yo te enseñe. Muchos hombres se han privado a ellos mismos de sus destinos porque han permitido que el desánimo les robe sus sueños.

—¡Pero es que no solamente estoy desanimado sino que he fallado!

Por primera vez sentí que mi paciencia se agotaba con Alessio. *¿Cómo puede él decir eso?* pensé.

—Antonio —insistió—, recuerda que el fracaso no es fatal a menos de que tú creas que lo es. Considera esto. Si la mariposa no se esfuerza en salir de su capullo, morirá. A no ser que un pollito rompa su cáscara, perecerá.

Asentí. Y él prosiguió:

—Dios es el autor de todo lo bueno. Él desea lo bueno para nosotros, no la tragedia. Pero él siempre usa los tiempos difíciles en nuestras vidas para prepararnos, para que sea glorificado en nosotros. Si no luchamos a través de nuestras pruebas, no podremos convertirnos en todo lo que él quiere que seamos. Déjame preguntarte: ¿cómo se fabrican tus abalorios? ¿Cuál es el proceso?

—Bueno, el vidrio se calienta y se le da forma y luego se calienta de nuevo y luego…

—Precisamente. A menos de que el vidrio se someta al calor, no puede llegar a su grandeza. De hecho, es el fuego que preparó al vidrio para su forma y color final.

—Ya veo. Pero quizá Dios me está tratando de decir que él está cerrando una puerta en mi vida. O quizás está tratando de llamar mi atención. Tal vez quiere que regrese al monasterio.

—Podría ser. Pero lo más probable es que Dios te está preparando para la grandeza. Esta puede ser una de las más importantes pruebas de tu carácter que jamás tendrás. Recuerda que de todos los malos entendidos que tenemos con Dios, uno de los más grandes es que cuando las dificultades vienen, él cierra las puertas. No. La mayoría de las veces él te está preparando para algo especial. ¡No lo olvides!

## PRINCIPIO CUATRO:
## LAS PRUEBAS DESARROLLAN TU CARÁCTER Y TE PREPARAN PARA MAYORES BENDICIONES.

—Así que Dios permite el fracaso para que nosotros…

—Dios permite desafíos.

—O sea que Dios permite los desafíos para que nuestro carácter sea fortalecido y podamos lograr su propósito en nuestras vidas, ¿es así?

—Exacto. Y no solo eso. Él usa los desafíos para hacernos más fuertes y más efectivos.

—Alessio, déjame decirte algo: mientras estábamos combatiendo el incendio, escuché a varios de nuestros empleados decir que el diablo estaba destruyendo el edificio. Para ser honesto, yo estaba comenzando a creerlo. ¿Tú qué piensas?

—Bueno. Muchas veces nosotros erróneamente le damos crédito al enemigo por cosas que nos suceden. Sí, es cierto que él anda como león rugiente, buscando a quién devorar. Y a él le encanta tratar de liquidarnos, de robarnos y de destruirnos.

—¡Entonces tenía que ser él!

—No tan rápido. Probablemente lo que ocurrió anoche tenga más que ver con causa y efecto que con el enemigo.

—¿Causa y efecto?

—Sí. A veces acreditamos las circunstancias a Dios o al enemigo, cuando realmente se trata de causa y efecto. En tu caso, la causa pudo haber sido el hecho de que tú tenías varios hornos prendidos debajo del techo de un edificio que fue construido para aguantar quizás uno o dos. Y es posible que el calor de esos hornos haya sido tan intenso que finalmente provocó el

incendio. Esto fue el efecto. Allí no está el enemigo trabajando; es simplemente causa y efecto.

Sentí vergüenza porque me di cuenta que Alessio tenía razón.

—Ya veo. Y supongo que esa es mi próxima lección ¿verdad?

—Así es.

PRINCIPIO CINCO:
ASUME LA RESPONSABILIDAD POR LOS PROBLEMAS QUE SON EL RESULTADO DE TUS PROPIAS MALAS DECISIONES. NO LES ECHES LA CULPA A LOS DEMÁS.

—Entonces, ¿qué hago? ¿Cómo respondo a estos obstáculos? No tengo fábrica. No tengo abalorios. No tengo barcos. No tengo dinero adicional.

—En primer lugar, debes entender que esto que te ha ocurrido no es un obstáculo sino que son peldaños para ascender a mayores alturas. De ti depende que uses esta oportunidad para hacer más fuerte tu negocio.

—¿Pero cómo?

—¿No me habías dicho que tú y Milos estaban planificando la construcción de una nueva fábrica?

—Sí, pero yo…

—Tú ya estabas planificando esto. Lo único ha sido que ocurrió antes de lo que esperabas. Ahora puedes usar la pérdida de tu fábrica como catalizador para un crecimiento mayor. Tú decides.



Julio interrumpió, como si no llevara el ritmo de la historia.

—¿Cuál era el principio, abuelo? ¿Cuál era la lección que Alessio estaba tratando de enseñarte?

Antonio extendió su mano y pasó otra página del desgastado libro. Las viejas páginas ondeaban movidas por el viento. Julio se volvió para mirar. Lentamente leyó:

PRINCIPIO SEIS:
VE LOS DESAFÍOS COMO PELDAÑOS, NO COMO

## OBSTÁCULOS.

Julio estaba dispuesto a no olvidar nada. Fue hacia atrás y revisó las lecciones del diario…

PRINCIPIO UNO:
TRABAJA DURO Y DIOS TE PROSPERARÁ.

PRINCIPIO DOS:
A MENUDO, LA PROSPERIDAD FINANCIERA ESTÁ CONECTADA CON LA PROSPERIDAD DEL ALMA.

PRINCIPIO TRES:
EL HOMBRE TIENE QUE HACER LO QUE SEA NECESARIO PARA PROVEER PARA SU FAMILIA.

PRINCIPIO CUATRO:
LAS PRUEBAS DESARROLLAN TU CARÁCTER Y TE PREPARAN PARA MAYORES BENDICIONES.

PRINCIPIO CINCO:
ASUME LA RESPONSABILIDAD POR LOS PROBLEMAS QUE SON EL RESULTADO DE TUS PROPIAS MALAS DECISIONES. NO LES ECHES LA CULPA A LOS DEMÁS.

PRINCIPIO SEIS:
VE LOS DESAFÍOS COMO PELDAÑOS, NO COMO OBSTÁCULOS.

El sol se movía ahora en dirección de la basílica, y Julio se dio cuenta que solo quedaban pocas horas en el día. Antonio respiró profundo y miró a Julio a los ojos.

Luego de unos segundos en silencio, prosiguió:

—Ese año, Milos y yo trabajamos duro para reconstruir la fábrica. Para nuestra sorpresa, varios de nuestros clientes más importantes nos enviaron

trabajadores para que nos ayudaran. En unas cuantas semanas, la nueva fábrica estaba terminada. El negocio creció más durante los siguientes doce meses de lo que lo había hecho desde sus comienzos, seis años antes. Era cierto. Los desafíos me hicieron una mejor persona. Fui bendecido con un negocio mayor, más empleados, y más retos.

—¿Bendecido con más retos?

—Sí. Aprendí a aceptar los desafíos. Y durante los próximos tres años, tuve muchos. La verdad es que no sabía cómo resolverlos todos. Así que esperé.

—¿Qué esperabas?

—Mi siguiente encuentro, por supuesto. Mi siguiente encuentro con Alessio.

# CAPÍTULO SIETE

# EL CUARTO ENCUENTRO



Al doblar en la esquina del canal, presentí que mi reunión con Alessio iba a ser, una vez más, muy provechosa. Las luces de los edificios me hacían recordar el terror que había pasado solo tres años antes cuando las llamas, devorando mi fábrica, iluminaron el cielo sobre la isla. Pero de alguna forma todo eso parecía distante. Una vez más, Alessio estaba en lo correcto. Mis más grandes desafíos me habían guiado hacia mis mayores triunfos.

Después del incendio, había reconstruido la fábrica y me había reunido con varios comerciantes importantes de China y España. Todos habían decidido usar los abalorios venecianos como su moneda principal. A pesar de la tragedia, la idea estaba funcionando. El negocio adicional del Oriente y de España llevó a nuestra fábrica en la isla a su capacidad total, y para fin de año Milos y yo empezamos a pensar en levantar un nuevo edificio. Todo iba bien. Bien, hasta la llegada de Ahmad.

De repente, mi mente se llenó con la imagen del temido Ahmad, el mercader-pirata. Podía sentir sus pelos en la nuca mientras los ojos de mi imaginación se enfocaban en su cara. Sus pómulos sobresalían hasta casi llegar a sus orejas, casi como si fuera una bestia. Sus penetrantes ojos verdes parecían como de jade contrastando con su tes oscura. Su cabello, haciendo juego con su barba negra, era también negro y largo y lo tenía agarrado a mitad de la espalda.

¡Ahmad era el más famoso mercader de la historia!

Muchas veces había oído de él mientras trabajaba tarde en la noche en los muelles. Hasta Alessio mismo me había contado historias del gran mercader del desierto. Según la leyenda, Ahmad era tan fuerte como inteligente. Según contaban algunos estibadores, una vez mató a un cocodrilo con solo sus manos. Aparentemente, podía ser igual de peligroso con los humanos.

Las historias que circulaban sobre él estaban llenas de misterio y de color. Tan fantasiosas eran que muchos no creían que en realidad existiera. Pero Alessio dijo que una vez que hizo un viaje a Egipto lo pudo ver aunque fugazmente. Yo mismo me había preguntado si este pirata-mercante-fantasma era real. Pero cualquier duda acerca de su existencia se disipó cuando lo vi con mis propios ojos.

Las cosas ocurrieron así:

En una visita que hice a Casablanca el mes anterior, un niño-mensajero vino a mi habitación en el hostal cuando se ponía el sol. El muchachito parecía no tener más de dieciséis años. Cuando abrí la puerta, lo encontré temblando. Era como si hubiese visto a un fantasma. Tratando de hablar en griego, me explicó que Ahmad había oído acerca de los abalorios. Y que el famoso mercader quería encontrarse conmigo… solo. El niño me dio un pedazo de pergamino con instrucciones escritas. Me dijo que subiera al balcón de mi habitación y que mirara hacia el río que fluía hasta el Mediterráneo.

Después de eso, el muchachito salió corriendo, casi tropezándose consigo mismo. Me volví hacia las puertas del balcón. Una cortina transparente que cubría las ventanas se inflaba con el viento. A través de ella, vi la forma de un barco que se movía silenciosamente sobre el río. Calculé que estaría a unos ciento veinte metros de mi habitación. Con precaución me atreví a trasponer las puertas del balcón.

La nave era enorme. Tendría unos sesenta metros de largo por unos nueve de ancho. La proa se elevaba por lo menos unos seis metros en el aire, con la cara de un dragón artísticamente tallada como mascarón. Los lados del barco eran de madera oscura sellada con un tipo de alquitrán y tapada con una ornamentada barandilla de madera que iba de proa a popa. Pude ver más de veinte remos saliendo desde adentro.

Los cuatro mástiles que soportaban las velas cubrían lo ancho de la cubierta y se encumbraban a más de veintidós metros. La misma cara de dragón que adornaba el frente del barco estaba bordada en la tela. De inmediato reconocí lo que estaba viendo. Era el barco de Ahmad. Todo el mundo sabía que él usaba el símbolo del dragón como su emblema.

Con la vista recorrí la cubierta. Vi a algunos hombres correteando, moviendo cajas y esforzándose con las velas. Pero no había señal de Ahmad.

Y entonces lo vi.

Apareció momentos antes de que el barco pasara frente a mi habitación. Llevaba una tela blanca en su cintura, decorada con lo que parecía ser un borde de oro. Nada cubría su pecho, salvo un medallón de oro que colgaba en su cuello. Se veía muy musculoso. Ahora creía todas las historias que se contaban acerca de cocodrilos y de hombres. Estaba de pie con sus manos

sobre la barandilla, mirando directamente hacia la ribera del río. Usaba pulseras de oro en sus muñecas, y sus dedos presionaban de tal manera la madera que las venas sobresalían en sus brazos.

Por un momento, mis instintos me dijeron que diera la vuelta y que saliera corriendo. Requerí de todo mi valor para no hacerlo y mantenerme firme. Me mantuve erguido en el balcón y, como Ahmad, puse mis manos sobre la barandilla de piedra. Calculé que ahora estaría a unos sesenta metros de dónde yo lo observaba. El encuentro sería breve, pero cercano. Conservaba en la mano el pergamino que me había entregado el muchachito mensajero. Me pregunté qué diría. ¿Sería una invitación a hacer negocios? ¿Sería una amenaza? ¿O peor aun, una sentencia de muerte?

Nuestras miradas se encontraron. Por primera vez, Ahmad movió la cabeza. Ninguna expresión en el rostro. Su mirada nunca se apartó de mí. En la luz del sol poniente, sus ojos eran escalofriantes. Siguió mirándome una vez que el barco hubo pasado y entonces regresó a la barriga del dragón.

Fue en ese preciso momento que me di cuenta que mi corazón latía a mil por hora. Mi respiración era superficial y corta, y mis manos estaban mojadas por el sudor. Procedí a abrir el pergamino. La transpiración de mis manos comenzaba a mezclarse con la tinta fresca del papel. Pero pude leer lo que estaba escrito en un griego perfecto.

> *Te he estado observando. Ha llegado el momento para que nos conozcamos. Deja que la luna gire dos veces y luego navega hacia la isla barrera, cerca de la costa de Marruecos. No traigas a nadie contigo, o tu destino estará sellado. Te diré más entonces.*

La carta estaba asegurada con cera, estampada con el rostro de un dragón. Me fui a mi habitación, me senté en una silla y leí el mensaje una y otra vez. *¿Qué querrá de mí?* pensé. Me había puesto en pie y caminaba, nervioso, de un lado a otro en mi habitación. Mi mente daba vueltas. De pronto sentí una urgencia inusitada de abandonar el hostal y regresar a casa con María. A la mañana siguiente al iniciar mi viaje por mar, no podía estar más expectante ante mi próxima reunión con Alessio. Habría suficiente tiempo para escuchar su consejo antes de la reunión a la que me convocaba Ahmad.

Me estremecí al recordar el encuentro con el pirata-mercader. Pero navegar por los canales venecianos que me eran tan familiares me hacía sentirme seguro. La brisa en aquella noche de verano era cálida, y podía oír niños riendo en la distancia. Pensé en mi hijito, Valentino, y deseé tenerlo en mis brazos y escuchar a María cantarle una canción de cuna. Sobre mi cabeza, la luna brillaba con un resplandor amarillento. Parecía tan cerca que con solo extender la mano se me ocurrió que podría tocarla. De repente, el ruido de los niños riendo fue sustituido por el claro sonido de otra persona riendo con un risa llena, casi rugiente… una risa que yo conocía muy bien. Era Alessio.

Ahí estaba, de pie, acompañado de varios estibadores. Sus manos se agitaban alegremente sobre su cabeza. Me imaginé que estaría contando otra de sus historias. Al ver mi barco, se dirigió corriendo hacia mí, saludando con la mano y gritando palabras de bienvenida.

Nos abrazamos, y me ayudó a descargar una caja que me había encargado le trajera desde Marruecos.

—Un regalo para el sacerdote que vive más abajo —me dijo—. Es una estatua nueva para la iglesia.

Pronto nos encontramos ocupando nuestros respectivos lugares en lo que ahora era para mí la conocida mesa china. Me di cuenta que en un lado tenía ahora una pequeña quemadura, y lo que parecía ser cera derretida dentro de unas de las tallas.

—Se me cayó una vela… —dijo Alessio, a modo de explicación.

Me limité a sonreír. En unos breves momentos la cena apareció enfrente de nosotros. Le conté a Alessio todas las cosas que habían sucedido desde nuestro último encuentro. Le conté del nacimiento de Valentino. Le conté del desarrollo de las rutas nuevas de comercio y de la casa que María y yo habíamos construido en la playa. Hablamos y nos reímos y de pronto me di cuenta que este hombre, este gran mercader, en algún lugar de su jornada por la vida se había convertido en más que un mentor… se había convertido en mi amigo.

Casi me había olvidado de Ahmad. Y me acordé de él cuando uno de los hombres de Alessio, un griego alto de pelo negro y largo, pasó por la sala. Su pelo me recordó al pirata-mercader del mar. Guardé silencio durante un momento.

—¿Qué pasa, amigo mío? —preguntó Alessio.

—Se trata de Ahmad —le respondí.

Alessio pensó que yo estaba bromeando, así que me siguió la corriente.

—Ah. El fantasma del mar, ¿eh? Veo que te gustaría escuchar otra historia como las que te conté en los muelles.

—No, Alessio. ¡El caso es que lo he visto!

Alessio se sentó derecho en su silla y me miró fijamente, buscando la verdad.

—¿Me quieres decir que conociste a Ahmad, el mercader? ¡Cuéntame cómo fue ese encuentro! —me dijo, evidentemente tocado por la curiosidad.

Busqué el pequeño pergamino que aún estaba doblado en uno de los bolsillos de mi abrigo y se lo pasé.

—Me dio esto cuando estuve en Marruecos. Me lo hizo llegar con un muchachito mensajero.

Alessio lo abrió con mucho cuidado. Estaba particularmente interesado en el sello de cera.

—Es genuino —dijo, después de una larga pausa—. ¿Cómo ocurrió? ¿Cómo es él?

Alessio, que soñaba con encontrarse con él algún día, quería saber todos los detalles. Así es que por la próxima hora le conté lo del hostal, lo del barco, y lo del hombre con los ojos penetrantes. Al terminar mi relato, Alessio se echó para atrás en su silla y dio un suspiro. No dijo nada.

—Ahora, ¿qué hago? —le pregunté.

—¿Qué quieres decir? ¡Encontrarte con él, por supuesto!

—¿Estás loco? Él es un fantasma. Un pirata. ¡Un asesino! Y de todas formas, no estoy seguro cómo reaccionaría si él intentara algo contra mí.

Alessio era consciente de que yo me había ganado la reputación de ser agresivo en los negocios y que era apasionado por lograr mis metas. Siempre lo fui. Mi estilo firme y enérgico me habían metido en más de un lío pero también me había llevado hasta donde estaba ahora.

—¿A qué le temes? —preguntó Alessio, sonriente.

—Bueno, aparte del hecho que él parece tenerle cariño a los cocodrilos, he estado pensando…

Hizo una pausa y Alessio lo animó, diciéndole:

—Prosigue.

—El mes pasado —siguió diciendo Antonio—, fui al monasterio a visitar a Felipo y a varios otros amigos míos. Hablamos hasta tarde en la noche acerca de la importancia de ser manso. Los monjes me dijeron que ser agresivo en los negocios era un error. Y que el propio Jesús dijo que «los mansos heredarán la tierra».

—Déjame decirte algo, amigo mío. Lo que acabas de describir es otra mala interpretación de las Escrituras. Los monjes tienen razón cuando dicen que los mansos heredarán la tierra. Y también que Dios quiere que seamos mansos. Pero él quiere que seamos mansos respecto de él, no respecto de los hombres.

—¿Lo que me estás diciendo es que está bien ser agresivo en los negocios? ¿Agresivo como Ahmad?

—No te vayas tan lejos y tan rápido. Es cierto que Dios quiere que seas amable. Pero él te ha diseñado de la manera en que lo ha hecho por una razón: para que vivas para agradarlo a él, más que a las personas. Deberías enfocarte en ser manso ante Dios, pero audaz ante los hombres.

—¿Así que piensas que debo reunirme con Ahmad?

—¡Por supuesto! ¡Quién sabe lo que Dios tenga para ti al reunirte con él! Pero mantente firme en lo que crees. Sé agresivo si es necesario. Así es como Dios te creó. Él te guiará. —Y sin agregar nada más, me regresó el pergamino.

Yo le había dicho a María que si Alessio lo encontraba bien, partiría hacia Marruecos inmediatamente después de reunirme con él. De modo que amarré una espada a mi costado, verifiqué mi rumbo con las estrellas y comencé mi viaje por el Mediterráneo. Tan pronto la corriente comenzó a empujar mi embarcación, busqué y encontré mi libro de piel que guardaba los secretos de mi imperio en crecimiento. Me concedí una pausa y escribí la más reciente lección que había aprendido.



Julio estaba radiante de vida. ¡Piratas! ¡Espadas! ¡Aventura! No lo podía creer. Instantáneamente, frente a sus ojos, su abuelo se había convertido en un héroe.

—¡Abuelo! ¿Es verdad que eso pasó?

—Por supuesto que es verdad. Eso y más.

—Quiero saber cómo terminó la historia con Ahmad. Pero primero… ¿qué escribiste? ¿Qué principio aprendiste durante tu cuarto encuentro?

Antonio abrió de nuevo el libro y, para la sorpresa de Julio, vio un pedazo pequeño de pergamino adherido a la página. Estaba pegado con cera marcada con una forma de dragón. En el pergamino, Julio podía ver claramente la palabra «Ahmad». Se quedó con la boca abierta. Debajo del pergamino leyó:

PRINCIPIO SIETE:
SÉ MANSO ANTE DIOS PERO AUDAZ ANTE LOS HOMBRES.

—¿Entonces, qué pasó, abuelo? ¿Qué pasó con Ahmad?

—Ésa es una historia que nunca olvidaré.

Mi mente daba vueltas. Había anclado mi barco, y mientras me dirigía en el esquife hacia la isla, pensaba que mi esposa quizás nunca me volvería a ver.

Ahí estaba la playa que Ahmad había descrito en su nota, y recordé las palabras de Alessio: *sé audaz ante los hombres*.

Era luna llena, y la luz se reflejaba en las olas que lamían la arena de la orilla. Podía oler la sal en el aire, mezclada con el aroma de la fruta madura del durián. Vi algunas palmeras regadas por la playa pero no había señales de Ahmad. Al acercarme aun más a la orilla, mi corazón comenzó a latir con mayor rapidez.

Brinqué al agua momentos antes de que el esquife se allegara a la arena. Anclé la proa cerca a un tronco arrastrado por el mar, y miré por toda la playa. Tan solo divisé las palmeras que se mecían. Mi pulso disminuía, y estaba comenzando a pensar que había sido víctima de una broma cuando lo vi.

Se apareció de la nada. Estaba parado a no más de quince metros de donde yo me encontraba. El miedo hizo presa de mí y me imaginé

brincando a mi pequeño bote para regresar a Murano. *Sé audaz ante los hombres* me dije a mí mismo.

Y di un paso adelante.

Empecé a caminar directo hacia Ahmad, pero él no se movió. Al estar a casi un metro, le tendí la mano. Yo respiraba muy de prisa y por un momento me pregunté si no se haría de la espada que colgaba en su costado. Para mi alivio, él extendió su mano para encontrarse con la mía. Nuestras palabras aquella noche en la playa fueron pocas, pero significativas.

—Estoy expandiendo mi comercio a través del mar —me dijo— y necesito una nueva moneda de intercambio. Estas me las dio un amigo —y diciendo eso me mostró cinco abalorios venecianos—. Me gustaría usar estos. Es mi deseo poder establecer un acuerdo contigo para proveer mi flota con abalorios comerciales.

Sus palabras dieron vueltas en mi cabeza, y por un momento me pregunté si le había escuchado bien.

—¿Quieres decirme que deseas comprar mis abalorios para tu negocio? —pregunté para estar seguro.

Ahmad sonrió por primera vez, sus rasgos oscuros hacían resaltar lo blanco de su dentadura.

—Sí, me gustaría. Y dicho sea de paso, me disculpo por los acuerdos inusuales de esta reunión. Las paredes de Casablanca tienen oídos. En la medida en que mi negocio ha aumentado, he ganado muchos amigos… y también algunos enemigos. La eficiencia de mis operaciones y la rapidez de mis barcos me han permitido ofrecer un mejor producto a un precio significativamente más bajo que los de mis competidores.

—¿Y esa es la razón por la que elegiste esta isla desierta? —pregunté.

De repente veía a una persona diferente a la que las leyendas habían representado. Este no era un hombre feroz, sino alguien inteligente y elocuente. Mi admiración por Ahmad aumentó mientras caminamos por la playa hablando de las posibilidades de negociar juntos.

A la mañana siguiente, al partir de la isla, escuché el sonido de las olas estrellándose en la arena, y las palabras de Alessio no dejaban de resonar en mi mente. *Sé audaz ante los hombres*. En mi mente le di las gracias a mi

amigo por su consejo, mientras le decía adiós a Ahmad y regresaba a mi barco.

De esta forma se abría para mí, el comercio en África, India, Egipto y otras tierras a través de los mares.

A partir de entonces, a menudo acompañaba a Ahmad por la costa de África e incluso de Asia. En unos pocos años mis sueños de tener una moneda universal se habían hecho realidad. Mi negocio creció más de lo que esperaba, y rápidamente me estaba convirtiendo en uno de los mercaderes de mayor influencia en el mundo.

# CAPÍTULO OCHO

# EL QUINTO ENCUENTRO



Era abril y la brisa soplaba desde el norte, refrescando a los dos mientras permanecían sentados en los escalones de la gran catedral. Por primera vez, Julio se dio cuenta de que el sol resplandecía sobre la cúpula que adornaba la estructura principal de la basílica. Los reflejos de la luz danzaban en la plaza en forma de arcos. La mente de Julio estaba llena de imágenes de su abuelo, de Alessio y del misterioso Ahmad. Pero quería más.

—Y entonces, ¿qué ocurrió después?



Aunque pronto estaría enfrentando otro tipo de problema, la experiencia con Ahmad había sido desafiante y me había enseñado algunas lecciones muy valiosas.

Ese «otro tipo de problema» comenzó con Benny, el menor de los hermanos de María. María tenía cuatro hermanos, todos mayores que ella. El haber crecido en una familia de muchachos había sido para ella toda una aventura, pero a menudo decía que la experiencia no la cambiaría por nada. Le gustaba recordar cómo jugaba e iba de pesca con ellos. El padre de María era un comerciante tratando de salir adelante en Murano, y sus hijos le habían seguido los pasos. Cada uno tenía su propio negocio, excepto Benny. A los veintiún años de edad, el muchacho había pasado la mayor parte de su tiempo pescando y pintando. Un día, de acuerdo con la tradición de la familia, anunció que abriría un restaurante.

Aún recuerdo cuando se sentó conmigo para hablar de sus planes. Su mirada estaba llena de vida y aventura. Luego de algunos meses, abrió su restaurante. Como cualquiera empresa nueva, los primeros dos años fueron difíciles. Benny trabajó duro y, lentamente su negocio creció. Desafortunadamente, con el negocio también creció su endeudamiento. No pasó mucho tiempo antes que se encontrara desesperado preguntándose qué hacer. Fue entonces cuando escuché golpes a mi puerta.

Acababa de terminar de escribir cartas a varios de mis clientes. Me levanté a abrir y cuando vi que era Benny, lo invité a pasar. Se veía muy nervioso. Le ofrecí una taza de té caliente y nos sentamos en una sala con vista al océano. Luego de haber charlado un poco, comenzó a contarme lo que había ocurrido en los últimos dos años. Me habló de la falta de fondos,

de los robos por parte de sus empleados, del endeudamiento y de que su economía estaba fuera de control. Le pregunté si podría hacer algo por él. Guardó silencio por un largo momento y, entonces, me dijo:

—Antonio. Bajo otras circunstancias, no me atrevería a hacer esto… pero lo que realmente necesito ahora es dinero. ¿Habría forma de que me hicieras un préstamo?

Me habría gustado hacerle el préstamo que me pedía, pero la verdad es que no me sentía libre de hacerlo; así es que le dije que tendría que buscar consejo antes de hacerlo.

Su reacción no fue la mejor. Me acusó de ser egoísta con mi dinero y se fue disgustado. Yo quería ayudarlo pero no estaba seguro cómo.

Mientras navegaba por el canal, pensaba en los hechos del día anterior. Me tranquilizaba la perspectiva de pedir consejo de Alessio. Lo que él me dijera me ayudaría a hacer una decisión. Iba para tener nuestro quinto encuentro. Una década y media había pasado desde que nos reunimos por primera vez.

—¡Antonio! ¡Antonio! ¿A dónde vas?

Los gritos de Alessio me volvieron a la realidad. Me había pasado de su casa. Miré para atrás y lo vi parado al final de su muelle agitando sus brazos casi desesperadamente.

—¡Antonio, regresa! ¡Busca un espacio para dejar tu bote en el muelle cerca de la iglesia! —me indicó.

Asentí y di la vuelta. Al acercarme a la iglesia y al muelle, así la soga y me paré en el alféizar de la proa. El muelle ya estaba lleno de otros botes. Buscando, di con un espacio lo suficientemente grande para mi bote. Con la precisión de un diestro marinero de cubierta, acomodé el bote en ese espacio, salté afuera y lo amarré al muelle.

Caminé hacia la iglesia para encontrar el camino que me llevara a la casa de Alessio. Entonces vi al sacerdote residente. Caminaba de un lado a otro detrás de la iglesia, aparentemente orando antes de la misa de la medianoche. Al acercarme, recibí la misma mirada que le había dado a Alessio años antes. Había aprendido mi lección. Le devolví la mirada con una sonrisa.

En silencio caminé por el polvoriento camino de la iglesia hacia la casa de Alessio. Me tomaría unos diez minutos, pero no me importó. El aire era

agradable y el cielo estaba claro. Identifiqué algunas estrellas que parecían formar un cucharón de sopa. Ubiqué la Estrella Polar y recordé las muchas veces que me había guiado de regreso a Venecia. Mientras seguía mirando al cielo a la vez que caminaba, tropecé con lo que me pareció era el tronco de un árbol. Traté de no perder el equilibrio y caer. *¿Con qué tropecé?* me dije. Y entonces escuché su risa.

—Tienes que tener cuidado al andar —me gritó.

No tenía dudas que se trataba de él. Y antes de que pudiera decir una palabra, los fuertes brazos de Alessio me agarraron por los hombros.

—Amigo mío, ¡qué bueno verte de nuevo! —le dije, a modo de saludo —. Te ves mejor que nunca.

Y era cierto. El pelo de su barba ahora era completamente gris y las sutiles arrugas en su rostro estaban más definidas. Mientras hablábamos, le conté de mi nueva aventura con Ahmad y de la expansión del negocio.

Arribamos a su casa justo para ver al cocinero servir la cena. El olor del tomate y la pasta fresca causó que mi estómago se estremeciera y se me hiciera agua la boca. Nos sentamos, oramos por la comida, y luego terminé de contarle los acontecimientos de los últimos tres años.

Alessio sonreía al escucharme, pero no dijo mucho.

—¿Cuáles son tus planes para el año que viene? —me preguntó.

—Seguir expandiéndome —le contesté—. La demanda por los abalorios ha sido mayor que nunca. Ya he hablado con Milos acerca de la construcción de una segunda fábrica.

Alessio asintió. Se había dado cuenta que aun había cosas que necesitaba contarle.

—¿Qué te está preocupando? —me preguntó.

Por un momento, ninguno de los dos hablamos. Al fin, rompí el silencio.

—Antes de salir para acá tuve un desacuerdo con el hermano menor de María. Me acusó de acaparar el dinero.

—¿Por qué dijo eso?

—Porque yo no accedí inmediatamente a prestarle un dinero que me pidió.

—¿Y por qué te pidió dinero prestado?

—Abrió un restaurante y parece que se ha extendido demasiado rápido al punto que ahora se encuentra enfrentado a aprietos financieros. Yo tengo el dinero que me pide en préstamo. ¿Crees que debería prestárselo?

—¿Has pensado en lo que pasaría si no puede devolvértelo conforme al acuerdo a que lleguen?

—En realidad no lo sé.

—Te diré lo que sucedería. La relación entre tú y tu cuñado se vería afectada y, posiblemente, también tu relación con María. El prestar dinero daña las relaciones. Y en este caso, si le das el dinero y él no cambia su forma de administrarlo solo sería cuestión de tiempo para que caiga en problemas de nuevo. Creo que debes aprovechar esta oportunidad para enseñarle a tu cuñado algunos de los principios que le ayudarán en el futuro.

Sin esperar a que Antonio dijera algo, Alessio prosiguió:

—Primero, evita la deuda. Las Escrituras dicen: «No debáis a nadie nada, sino tu amor». Eso quiere decir que les debes amor a todos los hijos de Dios, pero nunca dinero. Si quieres comprarte algo pero no tienes el dinero para ello, no lo compres. Además, vive dentro de tus posibilidades. Es que Dios honra la gratificación que se pospone.



Julio miró al diario en sus manos, y al pasar la página leyó:

PRINCIPIO OCHO:
VIVE SIN DEUDAS Y DENTRO DE TUS POSIBILIDADES.

Después de un momento, preguntó:

—¿Cómo puede uno desarrollar la costumbre de vivir dentro de sus posibilidades?

—Alessio me dijo que desde que era niño él había desarrollado la costumbre de hacer un presupuesto mensual de sus ingresos y gastos. Desde el día que me dijo eso, he vivido mi vida y he expandido mi negocio siempre dentro de un presupuesto.

—¿Cómo se hace un presupuesto? ¿A qué se parece?

Antonio pasó la página del diario para revelar la inscripción del siguiente principio junto a lo que parecía una tabla de números con una gran «T» en el medio formando dos columnas. Recitó el siguiente principio mientras Julio lo seguía con la vista.

PRINCIPIO NUEVE:
MANTÉN SIEMPRE UN PRESUPUESTO.

En uno de los encabezados de una columna estaba escrita la palabra *gastos*, y en la otra, la palabra *ingresos*.

Debajo del encabezamiento de *gastos* estaban cosas como comida, renta, y reparación de barcos. Debajo del encabezamiento de *ingresos* habían listados como salarios e ingresos por otras fuentes.

—Este fue el primer presupuesto que preparé. Lo hice después de mi primer encuentro con Alessio. Al regresar a mi casa, ayudé a Benito a hacer lo mismo.

—¿Benito? ¿No es ése el dueño del restaurante dónde almorzamos hace unas horas?

—Sí, es él.

—O sea, ¿*Benny* es *Benito*? ¿Él es tu cuñado? ¿El hermano de la abuela María?

Julio comenzó a armar el rompecabezas.

—Pero él tiene un restaurante exitoso, ¿verdad? Si no le entendí mal, dijo que tiene nueve. La verdad es que estoy un poco confundido.

—Déjame explicarte. Al principio Benito no se mostró muy receptivo a mis consejos. Él y María vienen de una familia pobre. Su padre tuvo que trabajar duro para llegar a tener lo poquito que tenían. Por eso, tenía resentimientos hacia mí y hacia María, precisamente por nuestra riqueza, y se le hizo difícil aceptar que yo rechazara prestarle el dinero que me había pedido. Pero después de un tiempo, regreso y en lugar de pedirme dinero, me pidió consejo. Pude compartir con él los principios que he compartido contigo. Y entonces los usó para abrir nueve restaurantes, cuatro de ellos aquí en Roma.

Julio sonrió, pues todo en su mente calzaba. Pasó la página y leyó las palabras en voz alta:

## PRINCIPIO DIEZ:
## PRESTAR DINERO DAÑA LAS RELACIONES.

—Como en el caso tuyo con el tío abuelo Benito, ¿verdad?

—Exactamente. Por fortuna, aprendí esto de Alessio antes de que me costara relaciones importantes.

—Gracias, abuelo, por enseñarme estas lecciones sobre la administración del dinero. Claro, no tengo mucho todavía, pero cuando lo tenga sabré cómo manejarlo mejor.

—Pero eso no es todo.

—¿No es todo? ¿Qué quieres decir?

—Bueno, he guardado el principio más importante acerca del dinero para el último. Pasa la página.

Julio pasó la página del diario, y vio que en vez de textos, había gráficas. Vio varias letras T grandes y todas tenían algo en común. En el encabezamiento de cada una estaba escrito: *10% DIOS*.

—¿Qué significa eso, abuelo?

—Todos los meses le doy a Dios el primer diez por ciento de mis ingresos. Es un principio de las Escrituras, y yo creo que Dios me ha bendecido por ello. Es importante que entiendas que todo lo que tienes: tu vida, tus amigos, tu salud y tu dinero, son todos regalos de Dios. Es importante sembrar el diez por ciento de tus ingresos a Dios para así honrarle. Es solo cuando un agricultor siembra una semilla que él puede cosechar sus frutos.

Julio leyó el principio en silencio.

## PRINCIPIO ONCE:
## SEPARA EL PRIMER DIEZ POR CIENTO PARA HONRAR A DIOS.

Por un momento, los dos se quedaron allí sentados sin decir una palabra.

Entonces Antonio extendió sus manos para tomar las de su nieto.

—Julio, recuerda que debes aprender a controlar tu dinero antes de que el dinero te controle a ti.

—Lo entiendo, abuelo.
Julio se quedó pensando en silencio por unos momentos más.

# CAPÍTULO NUEVE

# EL SEXTO ENCUENTRO



—Recibí una carta unos pocos días antes de nuestra última reunión —dijo Antonio con un brillo en sus ojos.

—¿Una carta? —preguntó Julio.

El sol ya comenzaba a ponerse sobre las columnas de la gran plaza frente a la Basílica de San Pedro. Los rayos del sol alumbraban justo a las espaldas de Antonio lo que obligó a Julio a entrecerrar los ojos para verle mejor el rostro. No se había dado cuenta que las calles estaban casi desiertas, salvo uno que otro monje que se dirigía a la basílica.

—Ven —le dijo Antonio—. Quiero terminar de contarte esta historia. También quiero que veas la puesta del sol pero desde los escalones de la gran catedral.

—Abuelo, sé que has estado aquí anteriormente. En la catedral, digo. Pero, ¿por qué quieres traerme *aquí* para esta lección?

Mientras Julio se ponía de pie, Antonio ya se había parado de la mesa y estaba caminando hacia la iglesia. El libro de piel había quedado, abierto, sobre la mesa; Julio, entonces, lo tomó, lo cerró y con toda cuidado se lo puso debajo del brazo. Cuando alcanzó a Antonio y empezó a caminar a su lado, le dijo:

—Abuelo, se te quedó esto.

—Es tuyo —dijo Antonio, con un brillo en los ojos.

—¿Mío? Pero, abuelo yo no podría…

—Hijo, yo he vivido mi vida de acuerdo con los principios que hay escritos en ese libro. Ahora quiero que sea tuyo.

—¿No crees que sería mejor guardarlo en un lugar importante y seguro?

—Es lo que estoy haciendo. No creo que haya un lugar más importante y seguro que tu corazón. Si aprendes los principios escritos en este libro, tu vida cambiará también, como ha cambiado la mía. Quiero que tengas este diario, que leas los principios de vida que hay en él, y que determines vivir guiándote por ellos. Si lo haces, tu éxito será mayor de lo que te podrías imaginar.

Julio sintió, como si hubiese recibido el tesoro de un rey. Al llegar a las columnas, volvió a poner el libro debajo del brazo y bajó con orgullo los escalones que lo llevaban a la gran plaza.

—Una de las lecciones más importantes que Alessio me enseñó, querido nieto, fue la obligación de pasarle a otros las lecciones que uno mismo ha aprendido.

Estaban a mitad de camino a la gran plaza y acababan de pasar una de las fuentes cuando un grupo de monjes jóvenes los rebasaron con rapidez. Daba la impresión que se dirigían a una clase o una charla. Cada uno llevaba un libro en la mano y todos caminaban detrás de un monje en particular que parecía guiarlos. Vestían túnicas de color gris con gruesas sogas blancas atadas a la cintura. Capuchas se tendían sobre sus hombros.

La mente de Antonio de inmediato hizo un recorrido por el tiempo cuando estuvo en el monasterio donde había pasado la mayor parte de su juventud. Se acordó de sus amigos, los monjes. Se acordó de sus risas mientras cenaban. Se acordó del poder de sus oraciones en las mañanas, y de la sinceridad genuina al adorar durante la misa.

Al pasar los monjes, un millón de imágenes pasaron frente a él. Imágenes de campos que brillaban radiantes al fin de un largo día. Imágenes de la iglesia pequeña donde adoraban y oraban. Su corazón latía con un amor súbito por sus amigos del ministerio, los hombres fieles que habían dado sus vidas para servir a Dios. Y pensó en su buen amigo, Alessio y se le humedecieron sus ojos al recordar como…

—Abuelo, ¿nos sentamos aquí, en los escalones?

La voz de Julio trajo a Antonio a la realidad y se dio cuenta que estaban parados en el mismo lugar dónde había comenzado la historia unas horas atrás.

—Sí, sentémonos aquí —respondió Antonio, añadiendo—: Este lugar me trae a la memoria la última vez que nos reunimos con Alessio…



Los jardines de Murano son conocidos por su belleza, y el nuestro no era la excepción. Me encontraba en el jardín con María cuando llegó el mensajero. María y yo habíamos estado observando la puesta del sol sobre el mar por lo que parecía ser horas.

Al levantarnos para regresar a casa, lo vimos esperando en la entrada del jardín. Era un hombre joven, quizás de unos dieciocho años, con pelo rojo brillante y rasgos bien definidos. No parecía ser de Venecia, y pensé

que tal vez era gaélico. No era raro encontrar a un extraño en nuestra casa. A menudo recibíamos visitas de negocios desde tan lejos como el Oriente. Caminé hacia él y lo saludé, habiendo él extendido su mano primero.

—Un placer de conocerlo, señor Antonio. He oído mucho de usted y de su empresa en Murano.

—¿Ha oído de mí? ¿Y a quién le debo las gracias por la presentación?

—El mercader Alessio, señor. He sido su empleado por varios meses, y él me ha enviado aquí para entregarle esta carta.

Con eso, el joven buscó en una cartera de cuero color café que llevaba en su costado y sacó un sobre pequeño y lo puso en mis manos. Sí, definitivamente era de parte de Alessio. Pero tenía un sello extraño cautelosamente puesto sobre sus bordes. Lo miré más detenidamente y me di cuenta que era el sello del Vaticano. Parecía ser el sello del mismo Papa. No podía ser…

—Mis instrucciones son —dijo el mensajero— entregarle esta carta y regresar de inmediato.

El joven parecía un poco ansioso. Así que resistí la tentación de hacerle algunas preguntas y lo despedí para que regresara a Venecia.

María estaba a mi lado y sonrió al darse cuenta de quién era la carta. La letra en el sobre de la carta era de Alessio. Decía: *a mi amigo de confianza, Antonio*. Rápido volví el sobre y presioné el sello para romperlo.



—Abuelo, ¿todavía tienes la carta? —interrumpió Julio.

Acto seguido, buscó a tientas en *El diario de un rey,* y encontró un pedazo de papel ya amarillento puesto con cuidado entre dos páginas.

—¿Es esta? —preguntó, mientras sostenía en sus manos, el documento ya casi ilegible.

Antonio asintió y Julio abrió la carta con cuidado. La letra estaba borrosa y quebrada, pero aún se podía leer:

Queridísimo Antonio,

Saludos, amigo mío. Espero que esta carta te halle bien y con buena salud. La próxima semana marca el decimoctavo aniversario

de nuestra entrañable amistad. Como hemos acordado, nos reuniremos de nuevo, como lo hemos hecho por muchos años. Pero esta será nuestra última reunión, y yo me he encargado de algunos arreglos. Este año, no nos reuniremos en Venecia, sino en la gran ciudad de Roma. Quiero enseñarte algo. Sigue las instrucciones escritas abajo. Te estaré esperando. Que Dios te acompañe.

Tu amigo,
Alessio

—¿En Roma? ¿Por qué en Roma? —preguntó Julio.

Antonio sonrió y continuó con la historia.



Doblé la carta de prisa y miré a María.

—¿Roma?

Ella se encogió de hombros y dulcemente me tomó del brazo mientras caminábamos hacia la casa.

—Debes de irte pronto si es que vas a llegar a tiempo —me dijo mientras el sol desaparecía en el horizonte—. Te prepararé las cosas para el viaje.

Luego de una noche sin descanso y sin más demora, movilicé a mi tripulación. Salimos a través de las lagunas de Murano hasta llegar a mar abierto. Eran solo las diez de la mañana, pero el sol mediterráneo nos castigó mientras nos esforzábamos para coger el viento en nuestras velas. El Adriático estaba excepcionalmente calmado. Varias veces la velocidad disminuyó hasta estar prácticamente inmóvil, y así dimos la vuelta alrededor de la bota que forma el territorio y nos dirigimos hacia el río Tíber y las riberas de Roma.

Tal como en Venecia, la costa en la boca del Tíber se había convertido en un tipo de punto focal para el comercio mundial. Barcos mercantes congestionaban las líneas de envíos por el tráfico que convergía de Asia, África, y Europa Occidental.

Al irnos corriente arriba, de repente el viento sopló con más fuerza, y pude sentir la potencia de mi barco luchando contra la corriente. Dentro de

pocas horas empecé a ver las señales de Roma, reliquias destacadas de un imperio distante combinado con los emblemas brillantes de una nueva era. Revisé la carta de Alessio y busqué por las riberas el Castillo de San Ángelo, el hogar de los líderes del Vaticano. No pasó mucho tiempo antes de encontrarlo. Un edificio cilíndrico gigantesco sobresalía del suelo y se alzaba majestuosamente sobre el río. Estaba protegido por paredes que eran acompañadas por grandes estatuas celebrando la gloria de Dios y de Roma. Recordé que esta era la misma fortaleza que, unos setenta y cinco años atrás, el papa Bonifacio IX había usado para proteger a Roma.

Alessio me había dado instrucciones precisas. Tendría que fondear mi barco en lugar seguro y luego seguir las direcciones para encontrarme con él. Los muelles romanos estaban llenos de gente. Gente cargando y gente descargando, comprando y vendiendo. El olor que dominaba el ambiente era una combinación de sudor y de pesca.

Después de haber hecho lo primero, busqué la calle que debía seguir y comencé mi caminata. Calculé que estaría caminando por lo menos una hora, así que paré por un breve momento para refrescarme. Me senté en un café cerca del mercado y me entretuve observando la animada economía de Roma desarrollarse frente a mis ojos. Una anciana se sentó en una mesa frente a mí. Llevaba una impresionante cruz de oro alrededor de su cuello. Me saludó cuando me levanté para seguir mi camino.

Los grandes edificios de Roma se alzaban por todas partes. Me pregunté hacia dónde me llevaba Alessio. Él había mencionado una iglesia. Una gran iglesia. Me vino a la mente la Basílica de San Marcos en Venecia. Ése era mi punto de referencia. Una iglesia grande. Supuse que debería estar cerca, ya que una gran presencia de monjes llenaba ahora las calles.

Empecé a subir una cuesta. Mi pequeño bolso ahora parecía pesar cientos de kilos. Comencé a dudar si había tomado el camino correcto cuando de repente me di cuenta dónde estaba. La Basílica de San Pedro.

Al principio, no sabía qué pensar. Me dio la impresión que el lugar dónde se había construido la gran catedral estaba ahora completamente en ruinas. Sacudí la cabeza en breve confusión, pero luego recordé las conversaciones con los monjes del monasterio. Me habían comentado de los planes de demoler la vieja iglesia que originalmente había sido construida por Constantino; que sería reemplazada por un edificio nuevo y grandioso;

que la catedral original se había deteriorado, y que aun no se había logrado recaudar los fondos para restaurarla.



—¡Abuelo, espera! ¿Estás hablando de *esta* basílica? ¿Y que estuviste aquí antes que fuese construida? —exclamó Julio sorprendido.

—Sí, Julio. Yo estuve aquí. De hecho, estuve parado en un pequeño cerro aproximadamente donde estamos sentados ahora.

—¿Y qué pasó con la vieja Basílica de San Pedro?

—Bueno, el altar original fue ubicado directamente sobre el lugar donde estaban enterrados los huesos de San Pedro.

—¿En serio? ¿San Pedro estuvo aquí?

—Oh sí, seguro que sí. Y por más de mil quinientos años personas de todas partes del mundo han venido a este lugar a adorar a Dios y a recordar la gran obra de San Pedro.

Julio respiró profundo al tratar de asimilarlo todo. Y luego se acordó de Alessio.

—¿Y qué pasó con Alessio? ¿No se suponía que se reunirían para el último encuentro?

—Oh, sí. Alessio sabía que yo me dirigiría hacia el lugar donde está enterrado San Pedro así es que envió un mensajero.



Los rayos del sol caían directamente sobre la colina del Vaticano. Miré a mi alrededor esperando ver a Alessio pero lo que vi fue a docenas de trabajadores, arquitectos, y sacerdotes diseminados por todas partes, inspeccionando el área del nuevo edificio. De pronto sentí una mano sobre mi hombro. Me di vuelta para encontrarme con el mismo joven de pelo cobrizo que había estado en mi jardín solo una semana antes.

—Alessio te espera —me dijo, sonriendo.

No sabiendo qué decir, me limité a seguirlo. Un monje de edad mayor nos saludó en la puerta de un pequeño edificio al lado de las ruinas, y nos guió por un pasillo poco iluminado. Al caminar en silencio por el pasillo, me imaginé que probablemente el mismo emperador Constantino habría

caminado por ese pasillo iluminado por antorchas. El monje se detuvo ante una puerta de roble de casi 2 metros de alto con bandas de acero de unos 11 centímetros puestas en tres lugares.

—Ábrela cuando estés listo. Te está esperando —me dijeron y, con eso, el monje y el joven de pelo cobrizo se regresaron en silencio por el mismo pasillo. Así fue como me encontré solo, mirando fijamente a la puerta de roble. *¿Qué traerá este año?* Pensé, mientras extendía mi mano para jalar el picaporte de hierro negro.

Al abrirse lentamente y rechinando, la puerta me permitió ver otra antorcha de llama vacilante en el lugar. No podía ver más allá porque la puerta era extremadamente baja así es que me agaché y entré lentamente.

Me tomó un momento para que mis ojos se ajustaran a la luz tenue. El espacio tendría unos 5 metros de largo por 3 metros de ancho. Al centro había una pared que parecía tener una ventana cubierta por una lona. Frente a ella, en otra pared, había un lavabo y un área para bañarse. Aparte de eso, el lugar estaba vacío, salvo por una cama que había directamente debajo de la lona. Cuando mis ojos se adaptaron a aquella semi oscuridad, vi a Alessio de pie en una esquina.

—Amigo mío, te estaba esperando. Ven. Aquí hay una silla.

Su voz la percibí frágil y débil.

—Me temo —dijo—, que no tengo qué ofrecerte esta vez. Pero hoy tenemos algo importante de qué hablar.

Me preocupé al acercarme a mi amigo. Fue como si hubiese envejecido veinte años en solo tres. Tenía la cara curtida y repleta de líneas. Lo que le quedaba de cabello lucía fino y escaso. Su respiración era forzada y esporádica. *¿Podría este ser el mismo hombre?* pensé. Mientras me sentaba en la silla a su lado, podía sentir mi garganta tensarse y luché para que mis ojos no se humedecieran. De pronto me di cuenta que no era Alessio el que necesitaba el confort, sino yo. No había pasado aún el pensamiento por mi mente cuando sentí su mano firme tomar la mía.

—Antonio, este no es tiempo de preocuparte. Es tiempo de entrar en acción —me dijo.

De pronto su voz agarró fuerzas y tenía el mismo vigor que había tenido por dieciocho años.

—Recuerda. Cada día es un regalo de Dios. Debemos usarlos con sabiduría. Esta es nuestra última reunión y la lección de hoy es la más importante que te daré.

Era evidente que forzaba su vista para mirarme directamente a los ojos. Prosiguió diciendo:

—Antonio, has hecho bien. Has seguido tu pasión y has construido un gran imperio para la gloria de Dios. Has usado tus dones y talentos para servir a las personas y para extender tu influencia. Es hora de alcanzar más.

—¿Alcanzar más?

—La mano de Dios te ha bendecido porque has sido fiel con lo que él te ha dado. Ahora es importante que uses lo que has aprendido y logrado para glorificarle aun más.

—¿Cómo podría hacer lo que dices?

—¿Recuerdas las conversaciones que tuve con tu padre, Felipo? ¿Las conversaciones acerca de cómo Dios nos había creado reyes y sacerdotes?

—Sí, lo recuerdo. Pero, ¿cómo se aplica eso ahora?

—Dios ha diseñado una relación especial entre hombres de negocios y líderes de la iglesia. Nosotros, como hombres de negocios, podemos suplir la provisión para la visión de los sacerdotes.

—Siempre he estado dispuesto a obedecer a Dios. Él me ha bendecido de una forma extraordinaria. ¿Qué puedo hacer ahora?

Alessio extendió sus brazos hacia arriba y con todas sus fuerzas jaló la lona que cubría la ventana. El cuarto se inundó de luz. Retrocedí cubriéndome los ojos con ambas manos. Cuando pude mirar tuve ante mis ojos una vista panorámica del lugar de la antigua Basílica de San Pedro. Hombres con toda clase de herramientas trabajaban con esmero colocando el cimiento del nuevo edificio.

—Antonio —me dijo Alessio—, esta ha sido mi pasión por los últimos dieciocho años. Sabía que Dios quería ser glorificado en este lugar, y yo quería hacer todo lo posible para ayudar a restaurar la basílica a su gloria original. Tuvimos que demoler el viejo edificio para abrir espacio para el nuevo. Ese ha sido mi papel. Cada año, he pasado tiempo en esta cámara, y he dado dinero para que el viejo edificio sea removido y que el cimiento nuevo sea puesto. Ha sido un proceso largo. Pero ahora está listo. Y será la catedral más magnífica jamás construida para la gloria de Dios.

Los ojos de Alessio brillaban, y su voz se entrecortaba al hablar.

—Pero ahora, mi parte ya está casi completada. He dado todo lo que he podido. Mi salud me deja, y mi fortuna ha pasado a manos de mi familia. Si así lo decides, tú puedes seguir con esta labor.

—¿Yo? ¿Y cómo?

—Ahora no. Simplemente quería compartir contigo una imagen viva de la última lección.



Julio leía del diario.

PRINCIPIO DOCE:
COMPRENDE EL PRINCIPIO DEL COMPAÑERISMO.

Antonio sonrió.

—Sí. Ese día comprendí el poder del compañerismo; el poder del compañerismo entre los laicos y el clero. El poder del compañerismo entre los reyes y los sacerdotes. Mira Julio: en los corazones de cada uno de nosotros hay una inquietud por tener una relación más íntima con Dios. Y hay un anhelo en cada uno de nosotros de hacer lo que podamos para extender su reino. Bueno, una de las maneras que podemos hacer eso es asociándonos con los sacerdotes que han recibido una visión de parte de Dios. Nosotros suplimos la provisión para ver que la visión se lleve a cabo.

—¿Entonces qué hiciste, abuelo? ¿Construiste *tú* la Basílica de San Pedro?

—No exactamente. Fueron muchos los hombres que trabajaron para construir esta catedral. Yo, a través de mi relación con Alessio, pude reunirme con el Papa. Y fue una bendición poder unirme a él para ayudar a financiar la construcción de esta maravillosa iglesia.

Julio no lo podía creer. De repente se dio cuenta del poder de las ideas contenidas en el libro que tenía en sus manos. Con mucho cuidado lo cerró a la vez que, una vez más, repasaba en su memoria los doce principios:

PRINCIPIO UNO:
TRABAJA DURO Y DIOS TE PROSPERARÁ.

PRINCIPIO DOS:
A MENUDO, LA PROSPERIDAD FINANCIERA ESTÁ CONECTADA CON LA PROSPERIDAD DEL ALMA.

PRINCIPIO TRES:
EL HOMBRE TIENE QUE HACER LO QUE SEA NECESARIO PARA PROVEER PARA SU FAMILIA.

PRINCIPIO CUATRO:
LAS PRUEBAS DESARROLLAN TU CARÁCTER Y TE PREPARAN PARA MAYORES BENDICIONES.

PRINCIPIO CINCO:
ASUME LA RESPONSABILIDAD POR LOS PROBLEMAS QUE SON EL RESULTADO DE TUS PROPIAS MALAS DECISIONES. NO LES ECHES LA CULPA A LOS DEMÁS.

PRINCIPIO SEIS:
VE LOS DESAFÍOS COMO PELDAÑOS, NO COMO OBSTÁCULOS.

PRINCIPIO SIETE:
SÉ MANSO ANTE DIOS PERO AUDAZ ANTE LOS HOMBRES.

PRINCIPIO OCHO:
VIVE SIN DEUDAS Y DENTRO DE TUS POSIBILIDADES.

PRINCIPIO NUEVE:
MANTÉN SIEMPRE UN PRESUPUESTO.

PRINCIPIO DIEZ:
PRESTAR DINERO DAÑA LAS RELACIONES.

## PRINCIPIO ONCE:
## SEPARA EL PRIMER DIEZ POR CIENTO PARA HONRAR A DIOS.

## PRINCIPIO DOCE:
## COMPRENDE EL PRINCIPIO DEL COMPAÑERISMO.

Luego, dirigiéndose a Antonio, le dijo:

—Abuelo, gracias por haberme traído aquí hoy. Gracias por compartir las ideas que te han hecho exitoso a ti. Y —señalando el libro, agregó—: gracias por darme este tesoro.

El sol se escondía detrás de las columnas alrededor de la plaza.

Antonio sonrió al tiempo que se ponía de pie.

—Ah —le dijo—, pero existe una condición para que te puedas quedar con el libro.

—¿Cuál es, abuelo? Haré lo que quieras.

—El año que viene habrás de reunirte aquí mismo, en los escalones de esta catedral. Recuerda: en un año.

—¿Me reuniré contigo, abuelo?

—Vas a ver. En un año alguien estará aquí para reunirse contigo.

Y con eso, Antonio y Julio echaron a andar a través de la plaza de la catedral más importante del mundo.

Al poner los pies sobre las sombras que proyectaban las columnas, otro perfecto día vaticano concluía. Pero la leyenda del monje y el mercader apenas comenzaba.

# NOTA AL LECTOR

ASÍ COMO ANTONIO PASÓ LOS DOCE PRINCIPIOS PARA UNA VIDA EXITOSA, AHORA **LE TOCA COMPARTIR A USTED *EL DIARIO DE UN REY*** CON OTROS.

# REFERENCIAS BÍBLICAS

| | |
|---|---|
| Página 27 | Apocalipsis 1.6 |
| Página 42 | Deuteronomio 28.4 |
| Página 42 | Deuteronomio 28.12 |
| Página 43 | 2 Tesalonicenses 3.10 |
| Página 50 | Jeremías 29.11 |
| Página 52 | Lucas 18.18–22 |
| Página 52 | Lucas 18.24–30 |
| Página 54 | Lucas 18.26–27 |
| Página 56 | Deuteronomio 28.1 |
| Página 57 | 3 Juan 2 |
| Página 57 | Mateo 6.33 |
| Página 57 | Salmos 37.4 |
| Página 60 | 1 Timoteo 5.8 |
| Página 67 | Romanos 8.31 |
| Página 72 | 1 Pedro 5.8 |
| Página 86 | Mateo 5.5 |
| Página 100 | Romanos 13.8 |
| Página 103 | Malaquías 3.8–10 |

# GUÍA DE ESTUDIO

El siguiente estudio es apto para usarse individualmente o en grupos pequeños. Está dividido en doce sesiones y sigue libremente la cronología del libro. Cada sesión contiene material que se extiende sobre un tema en particular de *La leyenda del monje y el mercader*, incluyendo apoyo bíblico y concluye con una serie de preguntas que se pueden contestar en forma privada o mediante discusión en grupo. Puede hacer anotaciones en las hojas en blanco que encontrará al final del libro. Nuestra sugerencia es que complete la lectura de *La leyenda del monje y el mercader* antes de comenzar.

## SESIÓN UNO

# LA DIVISIÓN ERRÓNEA ENTRE EL MONJE Y EL MERCADER, ENTRE EL CLERO Y EL LAICADO

En su libro *Marketplace Christianity*, Robert Fraser afirma:

> Los heroes cristianos modernos son ministros vocacionales: Rees Howells, David Brainerd, George Muller, Charles Wesley, Charles G. Finney, Jonathan Edwards, John Calvin, Smith Wigglesworth, la Madre Teresa y muchos otros.
>
> En contraste, la mayoría de los héroes bíblicos no eran sacerdotes. Abraham era un hacendado y un hombre de negocios; José era un mercader y un hábil administrador. Josué y Caleb eran generales; David era un pastor, un general y un rey; Daniel y Nehemías eran administradores gubernamentales. Pero estos héroes bíblicos han sido interpretados para nosotros a través de los ojos de los sacerdotes de nuestros días y han sido despojados de su identidad profesional.[1]

En la catedral, Felipo compartía con Alessio un importante versículo de la Biblia, Apocalipsis 1.6 donde se lee que Jesús «nos ha hecho reyes y sacerdotes para Dios, su Padre». *Ha hecho* es una forma verbal que denota

continuidad por lo cual es más apropiado entender el versículo como diciendo: «sigue haciéndonos reyes y sacerdotes».

Una de las doce tribus de Israel era la tribu de Levi. Bajo el antiguo pacto, los levitas eran apartados como una tribu de sacerdotes para servir a Dios (Números 3.5–10). Las otras once tribus tenían que ir a través de los levitas para adorar y hacer sacrificios. Pero bajo el nuevo pacto, debido a que ahora todos los cristianos tienen el Espíritu Santo, cada creyente es un sacerdote y puede adorar personalmente a Dios y ministrar a Dios y a su pueblo:

> Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré. (Juan 16.7)
>
> Vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo. (1 Pedro 2.5)
>
> Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable. (1 Pedro 2.9)
>
> Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo. (Efesios 4.11–12)

Todos los cristianos están en el ministerio. Dios los considera a todos sacerdotes. Algunos son ministros vocacionales (recibiendo un salario) y otros lo llevan a cabo en el mundo de los negocios (y no reciben un salario por su ministerio).

Pero sea en un ministerio vocacional (monje) o en un ministerio en el mundo de los negocios (mercader) hemos sido llamados a ir y hacer «discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado» (Mateo 28.19–20).

Este mandato de Jesús se conoce como la Gran Comisión y aplica a todos los creyentes porque cada cristiano es un sacerdote y está en el ministerio. El cristianismo no es un deporte para mirar desde la tribuna desde donde la congregación (llamada el *laicado*) observa a los ministros vocacionales (llamados los *clérigos*) hacer el trabajo que corresponde a todos.

Apocalipsis 1.6 dice que todos somos «reyes» a la vez que «sacerdotes». Un rey es alguien que tiene autoridad e influencia sobre un grupo de personas. Seguramente usted habrá oído decir que el hogar de un hombre es su castillo y que él es el rey de ese castillo y sus habitantes; es decir, su familia. Una mujer es una «reyecita» de sus hijos. Usted puede tener una posición de autoridad sobre un grupo de personas en su lugar de trabajo o puede tener influencia sobre personas en la escuela de sus hijos o en su vecindario. Aun quienes ostentan un ministerio vocacional son reyes con influencia fuera del mundo religioso.

En el prólogo, Dave Ramsey dice que la lectura de *La leyenda del monje y el mercader* le ayudó a clarificar sus pensamientos acerca del falso conflicto entre iglesia y comercio:

> Terry Felber, su autor, me ayudó a poner todo el asunto de iglesia/negocios bajo una nueva luz. Por fin podría decir que el monje es santo *¡y que igualmente lo es el mercader*! Lo que este hace *es un ministerio*… No hemos sido llamados a separar nuestra vida espiritual de nuestra vida laboral ni a separar nuestra asistencia a los cultos de adoración los domingos con las sesiones de trabajo del lunes por la mañana. Dios está en ambos y tiene sus bendiciones también para ambos…
>
> Todos en el edificio saben que están operando bajo un llamado sublime, *porque nuestro trabajo es santo*.

Charles Spurgeon corrobora el concepto de Ramsey de que todos estamos involucrados en el ministerio, sin importar en qué estamos empleados: «Cualquier cristiano tiene el derecho y la capacidad de diseminar el evangelio; es más, no solo tiene el derecho, sino que es su

responsabilidad hacerlo mientras viva… La propagación del evangelio se ha dejado no a unos pocos sino a todos los discípulos del Señor Jesucristo».[2]

Muchos países que están cerrados a los misioneros cristianos dan gustosos la bienvenida a hombres de negocios. De modo que cuando ponemos a trabajar el ministerio en el mundo comercial no hay país que permanezca cerrado al evangelio.

## PARA ANÁLISIS

- ¿Ha sustentado usted un paradigma erróneo, separando el clero y el laicado? ¿Ha puesto a las personas en el ministerio vocacional en un pedestal creyendo que ellos tienen una conexión más estrecha con Dios? Si lo ha hecho hasta ahora, ¿por qué?

- ¿Ha asumido sus funciones de rey y sacerdote? ¿Dónde es usted un rey con influencia? ¿Qué vías le ha proporcionado Dios para que desarrolle su ministerio?

- ¿Cómo se ve usted cumpliendo la Gran Comisión de que habla Mateo 28.19–20?

- ¿Qué dice la declaración de Spurgeon acerca de su llamado al ministerio?

- ¿Cuál de estos dos llamados, el ministerio vocacional o el ministerio en el mundo de los negocios cree usted que es más valioso? ¿Por qué?

## SESIÓN DOS

# LLAMADOS A OPERAR PRIMERAMENTE FUERA DEL LUGAR DE REUNIÓN

Recuerde la Gran Comisión de Jesús (Mateo 28.19–20): «Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado». Si analizamos por partes estos versículos, veremos que la palabra «id» en el original griego es *poreuomai*, que significa «salir». Esto significa que el creyente tiene que dejar el lugar donde acostumbra permanecer e irse a un lugar diferente. En otras palabras, los cristianos tienen que dejar sus lugares de compañerismo, las cuatro paredes de la iglesia. ¿Y hacia dónde irán?

> Respondiendo Jesús, les volvió a hablar en parábolas, diciendo: El reino de los cielos es semejante a un rey que hizo fiesta de bodas a su hijo; y envió a sus siervos a llamar a los convidados a las bodas; mas éstos no quisieron venir. Volvió a enviar otros siervos, diciendo: Decid a los convidados: He aquí, he preparado mi comida; mis toros y animales engordados han sido muertos, y todo está dispuesto; venid a las bodas. Mas ellos, sin hacer caso, se fueron, uno a su labranza, y otro a sus negocios; y otros, tomando a los siervos, los afrentaron y los mataron. Al oírlo el rey, se enojó; y enviando sus ejércitos, destruyó a aquellos homicidas, y quemó su

> ciudad. Entonces dijo a sus siervos: Las bodas a la verdad están preparadas; mas los que fueron convidados no eran dignos. *Id, pues, a las salidas de los caminos, y llamad a las bodas a cuantos halléis*. Y saliendo los siervos por los caminos, juntaron a todos los que hallaron, juntamente malos y buenos; y las bodas fueron llenas de convidados.
>
> Y entró el rey para ver a los convidados, y vio allí a un hombre que no estaba vestido de boda. Y le dijo: Amigo, ¿cómo entraste aquí sin estar vestido de boda? Mas él enmudeció. Entonces el rey dijo a los que servían: Atadle de pies y manos, y echadlo en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes» (Mateo 22.1–13, énfasis añadido).

En esta parábola, el rey (representando a Dios el Padre) dice a sus siervos (representando a los cristianos que han confesado a Jesús como su Señor [Romanos 10.9]) «id, pues, a las salidas de los caminos». La forma verbal «*id*» que puede interpretarse como «salgan» es la misma palabra del griego para «salir» y que se vuelve a usar en Mateo 28.19. ¿A dónde tienen que ir (salir) los siervos de Jesús? *A las salidas de los caminos.* Aquí no se está hablando de las cuatro paredes de la iglesia. ¿Y qué tienen que hacer a la salida de los caminos? *Invitar a la gente a las bodas.*

A la iglesia, o cuerpo de creyentes, se la describe en la Biblia como la esposa de Cristo (Juan 3.29). La parábola ilustra que cuando Dios el Padre, el rey, aparece en la fiesta de bodas, a los que no están apropiadamente vestidos se les echará a las tinieblas de afuera.

Nuestro trabajo, entonces, como siervos de Dios, es salir a los caminos y traer a la gente a él, a su fiesta de bodas. Tenemos que plantar la semilla del evangelio del reino de Dios hasta las últimas regiones de la tierra (Hechos 1.8). Debemos entender, sin embargo, que nuestro trabajo es echar la semilla y no hacer que crezca. Este es trabajo del Espíritu Santo. También tenemos que entender que no todas las semillas que echemos caerán en suelo fértil o crecerán hasta la madurez (Mateo 13.3–8). Por eso es que vemos en Mateo 22.13 que algunos que vienen a la fiesta de bodas no estarán preparados para casarse con el hijo del rey por lo que tendrán que experimentar el «lloro y el crujir de dientes».

Cuando la Escritura dice en Mateo 28.19: «por tanto id y haced discípulos a todas las naciones», la palabra del griego que se usa aquí para *naciones* es *ethnos*, que quiere decir «gentes» o «grupos de personas». De aquí es de donde viene la palabra *etnia*. Por lo tanto, la traducción en Mateo 28.19 para «naciones» no se refiere a territorios geográficos sino que se refiere a grupos de personas. Entonces, ¿dónde están estas personas hacia las cuales tenemos que ir?

Steve Hickey ubica a los grupos de personas en varias esferas:

> Dios quiere que la levadura del cielo permee el resto del planeta: las esferas de los gobiernos, las esferas de los medios de comunicación y las artes, las esferas de la educación y las esferas de la industria y el comercio. Dios no solo está interesado en su iglesia local.[1]

De igual manera, C. Peter Wagner identifica varios «moldeadores de cultura» que deben ser alcanzados por los cristianos:

> Si queremos ganar el mundo, estas son siete montañas que moldean la cultura y las mentes de los seres humanos. Quien controle estas montañas controlará la dirección del mundo y, por tanto, la cosecha. Los siete moldeadores de cultura son: la religión, la familia, los gobiernos, las artes y los entretenimientos, los medios de comunicación, los negocios y la educación. La lista no está hecha por orden de importancia. Obviamente, cada uno de estos siete moldeadores se puede subdividir muchas veces.[2]

En el prólogo de *La leyenda del monje y el mercader*, Dave Ramsey escribe:

> Deberíamos tomar decididamente para Cristo posesión de segmentos del mercado en lugar de dejarlos en manos del otro lado. No podemos pretender que el territorio de Dios sea la iglesia y el de Satanás el mundo de los negocios. Estamos vivos, activos y nos movemos en ambos. Yo creo que Dios puso en nuestras vidas un

llamado a redimir el mundo de los negocios para su gloria. Esa ha sido mi meta durante toda mi carrera.

Felipo y Alessio descubren que ambos han sido llamados para servir a Dios, cada uno a su manera.

## PARA ANÁLISIS

- Dé algunos ejemplos de cómo usted puede estar en los caminos e invitar a la gente a la fiesta de bodas.

- ¿Cuáles son algunas de las estrategias y frases que usted usa para invitar a la gente a la fiesta de bodas? (Por ejemplo: «¿Me permite orar por su salud?».)

- ¿Cómo reacciona usted ante las personas que rechazan la invitación a ir a la fiesta de bodas?

- ¿Está usted vestido con la ropa de bodas, según se muestra en Mateo 22.11? ¿Qué se necesita para que usted pueda usar la ropa de bodas?

- ¿En cuál de las siete montañas de nuestra cultura tiene usted presencia? ¿Cómo podría plantar efectivamente la levadura de Dios en estas montañas?

## SESIÓN TRES

# EL DINERO: ¿BUENO O MALO?

C. Peter Wagner describe cómo el dinero empezó a verse como algo malo:

> El pensamiento griego… promovió la idea de que el aspecto espiritual de la vida es superior al aspecto material de la vida. La conclusión fue que mientras más espiritual uno sea, menos material será. Los monasterios y sus monjes adoptaron esta filosofía y la promovieron a lo largo de la Edad Media. En poco tiempo, todos los clérigos, para demostrar su espiritualidad superior, se vieron obligados a hacer votos de pobreza…
>
> Desafortunadamente, el voto de pobreza ha persistido en nuestras iglesias.[1]

¿Qué dice la Escritura acerca del dinero? «Porque raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe» (1 Timoteo 6.10). Nótese que el dinero en sí mismo no es una raíz del mal; «el amor al dinero» lo es. Es un asunto del corazón, de su actitud hacia el dinero. Si usted ama algo o a alguien más que a Dios, ha hecho, por definición, de esa cosa o esa persona un ídolo. Y Dios odia la idolatría. Él dice: «No tendrás dioses ajenos delante de mí» (Éxodo 20.3).

El dinero es amoral. Es su actitud hacia él y lo que hace con él lo que Dios juzga. Recuerde, es Dios «[quien] te da el poder para hacer las

riquezas» (Deuteronomio 8.18).

Vemos a mucha gente rica que fueron seguidores de Jesús: los Zebedeo (que tenían siervos [Marcos 1.20]), Zaqueo (un cobrador de impuestos [Lucas 19.2]), Mateo (otro cobrador de impuestos [Mateo 9.9]), el centurión romano (Lucas 7.2–8), Nicodemo (un principal entre los judíos [Juan 3.1]) y José de Arimatea (Mateo 27.57) para nombrar a algunos. Y, por supuesto, el Antiguo Testamento está lleno de hombres de Dios que eran ricos: Abraham, Isaac, Jacob, José, David, Salomón y muchos otros. De modo que no es la riqueza o la falta de ella que juzga Dios sino que es la condición del corazón.

Aunque, claro, entendemos de la Escritura que hay un peligro del «engaño de las riquezas» (Marcos 4.19).

Os Hillman, en su libro *The Purposes of Money*,[2] hace mención de cuatro trampas en el camino de la prosperidad:

1. La avaricia (1 Timoteo 3.3)
2. La codicia (Éxodo 20.17; 1 Timoteo 3.3)
3. La tacañería (Lucas 6.29)
4. La autosuficiencia (Gálatas 2.20)

También se refiere a cinco errores comunes concernientes al dinero:

1. Mi dinero es para comprar lo que se me ocurra.
2. Mi dinero mide mi éxito.
3. El dinero es mi seguridad.
4. Yo puede ser independiente si tengo mucho dinero.
5. El dinero define el propósito de mi vida.

Primero, en los errores uno y dos, *mi dinero* es un nombre equivocado. Jesús usa la parábola de los talentos para explicar que Dios nos da mayordomía sobre nuestras vidas: nuestro dinero, tiempo y dones (Mateo 25.14–30). Todas estas bendiciones siguen siendo suyas. Él simplemente nos pide que seamos productivos con lo que ha puesto a nuestro cuidado.

Segundo, el éxito se mide por nuestro servicio a otros, no por nuestro dinero. Fíjese en las palabras de Jesús: «El que es el mayor de vosotros, sea vuestro siervo» (Mateo 23.11). «Pero muchos primeros serán postreros, y postreros, primeros» (Mateo 19.30). En las sabias palabras de alguien: «El éxito financiero es, simplemente, la medida de nuestro servicio a otros». Si usted ofrece a alguien un servicio o un producto de valor, esa persona le pagará una suma de dinero proporcional a su valor. Este intercambio está en la base del sistema de libre mercado.

Tercero, no hay seguridad con las riquezas terrenales: «No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan» (Mateo 6.19–20).

Finalmente, en cuanto a los errores cuatro y cinco, entendemos que como cristianos no andamos buscando *independencia* sino que debemos ser *dependientes* de Jesús nuestro Señor. Sabemos cuál es nuestro propósito como cristianos: amar y servir a Jesús con todo lo que tenemos y somos.

Romanos 10.9 dice que seremos salvos si confesamos a Jesús como Señor. Cuando hacemos esto, nos estamos comprometiendo a ser sus siervos. En Filipenses 1.1 Pablo escribe acerca de cómo él y Timoteo son «siervos de Jesucristo». Aquí, siervo comunica más la idea de esclavo y según este concepto la persona cede libremente y en un 100% todos sus derechos a su amo y señor. En forma similar, Gálatas 2.20 dice: «Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí».

En Salmos 37.4 leemos: «Deléitate asimismo en Jehová, y él te concederá las peticiones de tu corazón». Pero mis amigos judíos que son eruditos en el hebreo me dicen que el idioma hebreo dice algo bien diferente a esto: «Deléitate en el Señor y se satisfarán los deseos de tu corazón». En otras palabras, si «su vida está escondida con Cristo» (Colosenses 3.3), y si ya usted no vive más (Gálatas 2.20), entonces sus deseos son los deseos de Dios.

En Juan 5.19 Jesús dijo: «No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente». Como Jesús, nosotros también tenemos que ser «imitadores de Dios como hijos amados» (Efesios 5.1). No tenemos que hacer nada sino solo lo que vemos hacer al Padre.

## PARA ANÁLISIS

- Vuelva a leer las páginas 51-56 donde Alessio considera la enseñanza sacerdotal en Lucas 18.18–27. ¿Cuál le pareció a usted que es la enseñanza de este pasaje?

- ¿Ha creído usted o personas a las que conoce que es beneficioso espiritualmente mantenerse alejado de las riquezas? ¿Cuál es el origen de esta actitud?

- ¿Con cuál de las cuatro trampas en el camino de la prosperidad ha tenido que vérselas usted?

- ¿Qué concepto erróneo ha tenido usted sobre ganar dinero?

## SESIÓN CUATRO

# TRES CONCEPTOS EQUIVOCADOS QUE SON FATALES PARA EL AVANCE DEL REINO DE DIOS

### CONCEPTO EQUIVOCADO #1: ES RESPONSABILIDAD DE OTROS APOYAR FINANCIERAMENTE MIS ACTIVIDADES MINISTERIALES

Los cristianos deben seguir el ejemplo de Pablo, quien hacía tiendas y las vendía en el mercado: «Porque os acordáis, hermanos, de nuestro trabajo y fatiga; cómo trabajando de noche y de día, para no ser gravosos a ninguno de vosotros, os predicamos el evangelio de Dios» (1 Tesalonicenses 2.9).

Dentro del cuerpo de creyentes se ha desarrollado una mentalidad defectuosa. En lugar de trabajar y ganar dinero para las actividades del ministerio, los cristianos han hecho de las cartas misioneras un verdadero arte. Esto es *eludir responsabilidades* al más alto grado. La idea de fondo en esto es que otro cristiano trabaje y mande dinero así yo no tengo que trabajar. Desafortunadamente, inducimos a nuestros hijos a que se identifiquen con este procedimiento cuando se trata de conseguir dinero

para financiar viajes misioneros de corto plazo con lo cual les estamos enseñando a ser perezosos desde su juventud.

Obviamente, no hay nada malo en involucrarse en un ministerio vocacional y recibir paga por el trabajo. «Los ancianos que gobiernan bien, sean tenidos por dignos de doble honor, mayormente los que trabajan en predicar y enseñar. Pues la Escritura dice: No pondrás bozal al buey que trilla; y: Digno es el obrero de su salario» (1 Timoteo 5.17–18). Pero estos salarios proceden de los diezmos que se dan a la iglesia. No hay nada en la Escritura que nos enseñe a *mendigar* el apoyo económico.

## CONCEPTO EQUIVOCADO #2: LA GENEROSIDAD FINANCIERA DEBERÍA SER IGUAL PARA LOS QUE PUEDEN COMO PARA LOS QUE NO PUEDEN TRABAJAR

¿Qué es lo que la Escritura tiene que decir acerca de esta idea? Pablo advierte: «Si alguno no quiere trabajar, tampoco coma» (2 Tesalonicenses 3.10). Y aun más categórico: «Porque si alguno no provee para los suyos, y mayormente para los de su casa, ha negado la fe, y es peor que un incrédulo» (1 Timoteo 5.8).

¡Imagínese: peor que un incrédulo!

La verdad es esta: se recomienda y se recompensa la responsabilidad personal. La pereza y la desidia son pecados fatales (Proverbios 19.15). Recuerde el principio tres del diario de Antonio: «EL HOMBRE TIENE QUE HACER LO QUE SEA NECESARIO PARA PROVEER PARA SU FAMILIA».

## CONCEPTO EQUIVOCADO # 3: DEBERÍAMOS SENTIRNOS CONTENTOS SI TENEMOS DINERO SUFICIENTE COMO PARA SATISFACER NUESTRAS NECESIDADES BÁSICAS

Vamos de nuevo a la Escritura para someter a prueba esta idea. Proverbios 13.22 sugiere que es egoísta quien no ve más allá de su propia necesidad: «El bueno dejará herederos a los hijos de sus hijos».

En un sermón titulado «El uso del dinero», John Wesley expuso un concepto que se podría resumir así: «Gane todo lo que pueda, ahorre todo lo que pueda, dé todo lo que pueda».[1] ¡Esto es lo que podríamos llamar prosperidad con propósito!

## PARA ANÁLISIS

- ¿Cómo se siente usted dando dinero para sostener personas en el ministerio que pueden conseguir su sostenimiento ellos mismos trabajando? (No estamos hablando de diezmar.) ¿Cómo se siente pidiendo a otros que financien sus actividades ministeriales?

- ¿Da usted dinero a los necesitados sin capacitarlos, con lo cual está perpetuando el ciclo de pobreza?

- ¿Ha aumentado sus ingresos más allá de lo necesario para satisfacer sus necesidades personales? Si sí, ¿cómo está usando ese superávit? Si no, ¿qué le impide hacerlo?

## SESIÓN CINCO

# VOCACIONES Y VALORES

Antonio viaja a Roma con su nieto Julio. Piensa que el tiempo que pasarán juntos podría cambiar a su nieto para siempre. Valores como el trabajo, el dinero y el carácter van pasando de generación a generación e influyen en la forma en que moldeamos nuestras vidas.

«Yo tuve dos padres, uno rico y uno pobre», escribió Robert Kiyosaki en *Rich Dad, Poor Dad* (*Padre rico, padre pobre*), el libro sobre negocios de mayor venta jamás escrito.[1] Note las diferencias de actitud entre estos dos hombres:

Padre pobre: Por lo general, decía: «Está fuera de mis posibilidades». [Una afirmación que decide el asunto]

Padre rico: Se pregunta: «¿Cómo haré para conseguirlo?». [Una pregunta nos obliga a pensar]

Padre pobre: No permitía que se hablara de dinero o de negocio mientras se comía.

Padre rico: Alentaba la conversación sobre dinero o sobre negocios mientras se comía.

Padre pobre: Se movía sobre seguro para no correr riesgos de tipo financiero.

Padre rico: Aprendió a manejar riesgos financieros.

Padre pobre: Creía que alguna empresa o el gobierno deberían proveer para sus necesidades.

Padre rico: Creía en la autosuficiencia y hablaba contra la mentalidad del derecho.

Padre pobre: Enseñó a su hijo a redactar un resumé impresionante con el que pudiera encontrar un buen trabajo.

Padre rico: Enseñó a su hijo a preparar buenos proyectos comerciales y financieros con los que pudiera crear trabajos.[2]

Nos reímos cuando vemos una calcomanía pegada en el parachoques de un auto, que dice: «Me estoy gastando la herencia de mis hijos». Pero recuerde que quienes no logran dejar una herencia tampoco alcanzan el plan perfecto de Dios: «El bueno dejará herencia a los hijos de sus hijos; pero la riqueza del pecador está guardada para el justo» (Proverbios 13.22). Sin duda que aquí se incluye una herencia financiera. Robert Kiyosaki dice: «No es solo cuestión de ingresos sino de activos que sigan pagando a su familia aun después que usted se haya ido».[3] Si quiere un buen ejemplo, no vaya más lejos que Antonio que dejó como herencia un negocio en Venecia que continuaría generando ingresos por muchas generaciones.

Para asegurarse de que habrá una herencia financiera, es importante ocuparse en la planificación del patrimonio y preparar un testamento para que su dinero vaya a sus herederos y no al gobierno. Es también importante tener un seguro para que sus activos no sean consumidos por una emergencia de salud o por un accidente en el que esté involucrado su automóvil o su casa.

Sin embargo, las herencias no están limitadas a dinero. Todos hemos heredado algo y, a nuestra vez, dejaremos herencia en valores que dan forma a nuestras vidas, incluyendo nuestras familias, nuestra fe y nuestras finanzas. Como Kiyosaki, tenemos que ser cuidadosos en clasificar los valores que hemos heredado, asegurándonos cuáles conservar y cuáles

descartar. También necesitamos estar claros en cuanto a decidir qué valores vamos a dejar a las futuras generaciones.

Dave Ramsey apoya el enseñar principios sobre el dinero a los niños cuando aun están pequeños, como por ejemplo:

- «Enseñe a sus hijos acerca del dinero cuando están en edad preescolar y no más allá del tercer grado».[4]
- «Empiece a pagar [a sus hijos] por trabajitos que puedan hacer en la casa».[5]
- «No les dé dinero {a sus hijos] en forma de mesada… mándelos a trabajar. Abusar de un niño es permitirle pasar todo el día ante el televisor jugando juegos de video y comiendo comida chatarra. Los niños necesitan entender lo que significa un poco de suciedad debajo de las uñas. Repartir periódicos, cortar el césped o hacer pequeños mandados son trabajos que ellos pueden hacer».[6]

De quién aprendemos es tan importante como lo que aprendemos. A los catorce años, a Julio lo pusieron bajo una tutela especial para prepararlo para entrar en los negocios de la familia. De igual manera, Antonio tuvo mucho que aprender de su mentor, Alessio.

Incluso, si usted no puede pasar un día con una persona de éxito, puede sentarse a sus pies mediante escuchar CDs y DVDs o leyendo sus libros. Pero sea cuidadoso al escoger su mentor; como nos advierte 1 Corintios 15.33: «No erréis; las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres».

Un mentor le puede ayudar a captar mejor su llamado. Desde su juventud, se hizo claro que Antonio tenía una habilidad para los negocios: «le encantaba trabajar… y pensar» y con frecuencia estaba «desarrollando ideas» ensayando nuevos métodos y buscando formas de «innovar». Sin embargo, no fue sino hasta su aprendizaje con Alessio que llegó a estar seguro de su vocación.

Una vocación es más que un trabajo. Es su llamado. «Cuando ejecuta un trabajo, eso no es todo», le dice Antonio a Julio. «Cuando una persona descubre su vocación, lo hace alegremente y con gozo».

Felipo, el padre de Antonio, encontró su propio llamado en la iglesia. «Para él, aquello fue como sentirse más vivo. Y eso es lo que ocurre cuando usted descubre su verdadera vocación».

## PARA ANÁLISIS

- ¿Qué valores le heredaron las generaciones anteriores? ¿Qué está dejando usted a sus hijos que pueda cambiarlos para siempre?

- La mentalidad de pobreza se pasa de generación a generación. ¿Ha heredado usted este bagaje de pobreza y en qué forma se ha asegurado que no pase a sus hijos?

- ¿Ha llevado usted alguna vez a sus hijos a grandes sitios explicándoles cómo llegaron a ser lo grande que son?

- ¿Ha hecho planes de herencia? ¿Ha hecho ya su testamento? ¿Tiene algún seguro que proteja sus bienes?

- ¿Qué personas han sido de influencia en su vida? ¿Con qué tipo de personas le gustaría pasar un rato en el día?

- ¿Qué es un llamado? ¿A quién se llama? ¿Cómo sabe usted cuál es su llamado?

- ¿Qué es lo que le gusta hacer? ¿Qué lo apasiona? ¿Qué lo hace sentirse mejor?

- ¿Por qué hay tantas personas frustradas e insatisfechas en sus trabajos? ¿Cómo le ayudaría a alguien que no se siente feliz en su trabajo?

## SESIÓN SEIS

# FRUGALIDAD, DILIGENCIA E INNOVACIONES DIVINAS

Alessio era enormemente influyente y rico, pero Antonio «estaba impresionado por la forma sencilla en que este mercader de tanto éxito vivía e incluso administraba uno de los más grandes imperios comerciales en el mundo». Por eso «se propuso aprender de él».

Dave Ramsey es partidario de un estilo de vida sencillo sin importar los ingresos que se tengan. La decisión de Alessio de no vivir en una forma extravagante refleja la sabiduría que Ramsey repetidamente promueve en sus programas radiales diarios, tales como «Vive como nadie más para que puedas vivir como nadie» y «Haga trabajar su salario».[1] Alessio evita caer en la trampa tan común contra la que Ramsey advierte: «Compramos cosas que no necesitamos con dinero que no tenemos a fin de impresionar a personas que no queremos».[2] Un buen ejemplo de esto es la exhortación de Ramsey a comprar automóviles usados en lugar de nuevos. «No estoy en contra de tener autos nuevos», dice, «Estoy en contra de que el auto lo tenga a usted. Gastamos grandes sumas para impresionar cuando nos detiene la luz roja del semáforo a alguien a quien jamás volveremos a ver. Esto lo arruina y lo mantiene arruinado».[3] De igual manera, Robert Kiyosaki, autor de *Padre rico, padre pobre*, explica la importancia de limitar sus compras de cosas que se deprecian.

Pero, desafortunadamente, la decisión de Alessio es algo raro. En *ANORMAL: lo «normal» no está funcionando,* Craig Groeschel dice: «Hoy

día, en esta cultura fracturada, ser raro es una virtud, algo normal. Finanzas: es normal estar endeudado, preocupado, tenso, temeroso. Es normal estar arruinado. ¿Tarjetas de crédito llenas? Normal. ¿Pagar el mínimo? Normal».[4]

La Escritura tiene mucho que decir sobre el valor de vivir simple y frugalmente:

> Tesoro precioso y aceite hay en la casa del sabio; mas el hombre insensato todo lo disipa. (Proverbios 21.20)
>
> He aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación. Sé vivir humildemente, y sé tener abundancia; en todo y por todo estoy enseñado, así para estar saciado como para tener hambre, así para tener abundancia como para padecer necesidad. (Filipenses 4.11–12)
>
> Manténganse libres del amor al dinero, y conténtense con lo que tienen, porque Dios ha dicho: «Nunca te dejaré; jamás te abandonaré». (Hebreos 13.5, NVI)
>
> [Procuren] vivir en paz con todos, a ocuparse de sus propias responsabilidades y a trabajar con sus propias manos. Así les he mandado, para que por su modo de vivir se ganen el respeto de los que no son creyentes, y no tengan que depender de nadie. (1 Tesalonicenses 4.11–12, NVI)
>
> No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan. Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón. (Mateo 6.19–21)

El llamado a vivir una forma de vida sencilla fue incluso codificado en 1974 en el Congreso Internacional de Evangelismo Mundial: «Todos nos sentimos sacudidos por la pobreza de millones de personas y perturbados por las injusticias que la causan. Los que vivimos en situaciones de riqueza

aceptamos nuestro deber de desarrollar un estilo de vida simple a fin de contribuir más generosamente tanto a la ayuda material como a la evangelización».[5]

Diligencia y determinación son la clave para producir una riqueza que perdure. Recuerde el principio uno del diario de Antonio: «TRABAJA DURO Y DIOS TE PROSPERARÁ», principio que es respaldado por Deuteronomio 28.8: «Jehová te enviará su bendición sobre tus graneros, y sobre todo aquello *en que pusieres tu mano*» (énfasis añadido).

¿Significa entonces que trabajar duro siempre paga? Según Robert Kiyosaki, sí y no:

> «Si usted trabaja duro, todo estará bien». ¡Qué va! Lo trágico de todo esto es que a mucha gente le han lavado el cerebro para que lo crea y lo creen aun cuando estamos rodeados de toneladas de evidencias de lo contrario. ¿Qué evidencias? Basta con que dirija la mirada alrededor suyo. ¿Conoce a alguien que haya trabajado realmente duro toda su vida solo para terminar viviendo una vida apenas por sobre, o por debajo, de la indignidad y la congoja del llamado «nivel de subsistencia»?
>
> El mundo está lleno de gente que trabaja duro y la mayoría están lejos de sentirse *super*… El problema es que el mito del trabajo duro no es más que eso: un mito… No estoy diciendo que amasar riqueza y lograr una independencia financiera no requiera trabajar duro; se requiere eso, y mucho… Trabajar duro y hacer dinero nunca creará riqueza. La gente que trabaja con miras a mejorar sus ingresos se esfuerza más y más al mismo tiempo que los impuestos son también más y más. Olvídese de trabajar duro para hacer dinero: lo va a gastar y tendrá que seguir, vez tras vez, trabajando duro.[6]

¿Entonces cómo se puede construir riqueza? La historia de Antonio sugiere que la clave son las innovaciones destructivas. Una innovación o tecnología destructiva es una innovación que ayuda a crear un nuevo mercado y red de valores para terminar desbaratando un mercado existente y una red de valores desplazando una tecnología anterior. Aunque la

invención del automóvil fue transformacional, no fue una innovación destructiva porque los primeros automóviles fueron un lujo caro que no desbarataron el mercado de vehículos tirados por caballos. No fue sino hasta la invención del ensamblaje en línea por Ford que hizo que los automóviles llegaran a ser una innovación destructiva ya que se produjeron más rápidamente llegando a ser más asequibles. Ahora, la idea de fabricar *coches tirados por caballos* ha llegado a ser una descripción popular de modelos de negocios que son destruidos por tecnologías destructivas.

La creación de abalorios comerciales venecianos por Antonio y su éxito en convencer al mundo de los negocios de su idea de usarlos como una moneda universal son buenos ejemplos de innovaciones destructivas.

Pídale al Espíritu Santo que lo inspire con ideas creativas, con innovaciones destructivas. El éxito en el mundo de los negocios está en encontrar una necesidad y satisfacerla.

## PARA ANÁLISIS

- Si es verdad que aprendemos más por lo que la gente *hace* que por lo que *dice*, ¿cuál fue la lección que Antonio aprendió del sencillo estilo de vida de Alessio?

- Vuelva a leer los principios de Ramsey presentados al comienzo de esta lección. ¿Qué está diciendo Ramsey?

- Algunas personas ganan millones, gastan millones y al final están quebrados. ¿Por qué?

- ¿Qué necesidades ha identificado usted en el mundo de los negocios? ¿Cree que puede producir, con la ayuda del Espíritu Santo, soluciones innovadoras a esas necesidades?

## SESIÓN SIETE

# HOMBRES HARAGANES Y DINERO FLOJO

Aun cuando los abalorios comerciales de Antonio tuvieron un éxito relativamente rápido, «en tres años eran algo corriente en Venecia», Antonio aun enfrentaba desafíos. «Estos años no han sido fáciles», le dijo a Julio. Hacerse rico tan rápidamente no es la forma usual de Dios.

A menudo, la gente quiere que le pongan la riqueza en las manos. Y muchas veces hay cristianos en ese grupo. Creemos que la oración es un sustituto de poner nuestras manos en el arado. En la Escritura, Dios repetidamente explica las leyes de siembra y cosecha. El tamaño de la cosecha es directamente proporcional con la medida que se sembró y el precio que se pagó.

Dave Ramsey enseña un Teorema del Impulso: intensidad enfocada (trabajo durísimo) sobre el tiempo, multiplicado por un gran Dios es la ecuación para incremento e impulso.[1] Si uno de estos tres factores en la ecuación falla, el incremento no es exponencial.

Muchos en el día de hoy son esclavos asalariados de quienes trabajan *más duro* sin que aumenten sus ingresos. La sabiduría nos dice que debemos trabajar más *inteligentemente*.

En Mateo 25.14–30, con la parábola de los talentos, Jesús enseña acerca del «dinero flojo». Dinero flojo es aquel dinero que no trabaja para usted, dinero que se conforma con quedarse allí, inactivo. ¿Dónde podemos encontrar algún dinero extra que pueda trabajar para nosotros?

- Cancele sus suscripciones, su membresía en el gimnasio o su contrato con la compañía de cable.

- Sea enérgico en manejar su dinero para eliminar cargos por pagos tardíos, cargos por financiamiento, intereses y cargos por uso de las máquinas de sacar dinero automáticamente.

- Evite compras innecesarias o pagos innecesarios y piense dos veces antes de asumir nuevos compromisos, tales como adoptar una mascota.

- Coma todo lo que tiene en el refrigerador (tiramos a la basura el 25 por ciento de toda la comida que compramos).[2]

- Comer en casa.

- Paquete de servicios.

- Pedir descuentos, negociar y tarifas bajas.

- Comprar menos regalos de Navidad.

- Quitarse de encima hábitos y entretenimientos caros.

La verdad es que Dios tiene para nosotros sueños más grandes de lo que hacemos. «Porque yo sé muy bien los planes que tengo para ustedes» afirma el Señor, «planes de bienestar y no de calamidad, a fin de darles un futuro y una esperanza» (Jeremías 29.11, NVI). Dios «es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos. Según el poder que actúa en nosotros» (Efesios 3.20). Lamentablemente, terminamos reduciendo nuestros sueños para igualarlos con nuestros ingresos, en lugar de aumentar nuestros ingresos para igualarlos con los sueños que Dios tiene para nosotros.

Pensar en pequeño no es la voluntad o el estilo de Dios. A menudo, grandes pensamientos requiere grandes ingresos, pero los grandes ingresos no ocurren solos. Son un producto de «Padre rico», del pensamiento de Dave Ramsey, de trabajo duro, de tiempo y de oración. Y recuerde el

principio dos del diario de Antonio: «A MENUDO, LA PROSPERIDAD FINANCIERA ESTÁ CONECTADA CON LA PROSPERIDAD DEL ALMA». Alessio le recuerda a Antonio 3 Juan 2: «Amado, yo deseo que tú seas prosperado en todas las cosas, y que tengas salud, así como prospera tu alma». Dios quiere que seamos exitosos pero tal cosa ocurrirá solo si estamos en relación con él.

Habacuc 2.2–3 ofrece aliento para la jornada que tenemos por delante: «Escribe la visión, y declárala en tablas, para que corra el que leyere en ella. Aunque la visión tardará aun por un tiempo, mas se apresura hacia el fin, y no mentirá; aunque tardare, espéralo, porque sin duda vendrá, no tardará».

Finalmente, es importante reconocer que Dios espera más de quienes confían más: «Porque a todo aquel a quien se haya dado mucho, mucho se le demandará; y al que mucho se le haya confiado, más se le pedirá» (Lucas 12.48).

## PARA ANÁLISIS

- ¿Qué significa para usted «trabajar duro»? ¿Qué precio está dispuesto a pagar para ser financieramente libre?

- ¿Cómo puede trabajar más inteligentemente?

- ¿Cómo puede hacer que el dinero flojo trabaje para usted?

- ¿Qué significa para usted prosperidad del alma?

- Si Dios no hace acepción de personas y nos trata a todos igual ¿por qué espera más de los ricos?

- Vuelva a leer Lucas 12.48. ¿Podría «a quien se le ha dado mucho» ser una referencia a algo más que dinero? ¿Podría esa frase estar hablando también de tiempo y talentos? Si la respuesta es sí, ¿entonces sería posible que los pobres hayan de ser juzgados de acuerdo con el potencial que Dios les dio?

## SESIÓN OCHO

# ADVERSIDAD Y PROGRESO

En *View from the Zoo*, Gary Richmond describe el nacimiento de una jirafa:

> Las primeras cosas que emergen son las pezuñas y la cabeza de la jirafa bebé. Unos minutos más tarde es expulsada violentamente yendo a caer, de espaldas, a unos tres metros de distancia. En cuestión de segundos, intenta ponerse en pie mientras sus patas, temblorosas, tratan de sostener el cuerpo. En esta posición echa su primera mirada al mundo que la rodea al tiempo que sacude los últimos vestigios de fluido de sus orejas y ojos.
>
> La mamá jirafa, entonces, baja la cabeza lo suficiente como para echar una mirada para ver cómo van las cosas; en seguida, se para directamente frente a su bebé, espera unos segundos y entonces hace lo que nadie podría imaginarse. Mueve como un péndulo una de sus largas patas y le da a la jirafita un golpe tal que la lanza contra el suelo haciendo que se revuelque patas arriba.
>
> Si la jirafa madre ve que su bebé no se para, repite el procedimiento una y otra vez. La lucha por levantarse es decisiva. La jirafita empieza a cansarse y la jirafa madre la sigue golpeando para estimularla en sus esfuerzos… Finalmente, la cría se para sobre unas patas temblorosas. Cuando esto ocurre, la jirafa madre hace algo que parece increíble: la vuelve a golpear en las patas. ¿Para qué? Para que recuerde cómo debe pararse. Las jirafas bebés deben estar en condiciones de pararse velozmente para integrarse al

> rebaño donde estarán seguras. A los leones, hienas, leopardos y perros salvajes les encantan las jirafas y las cazarán y se las comerán si la madre jirafa no les enseña a pararse rápidamente.[1]

En esta sesión veremos cómo Dios actúa como la mamá jirafa cuando usa las pruebas que nos harán caer y nos enseña a pararnos rápidamente, mejores y más fuertes.

Después que Antonio vio su fábrica devorada por las llamas, Alessio trae a colación el principio cuatro: «LAS PRUEBAS DESARROLLAN TU CARÁCTER Y TE PREPARAN PARA MAYORES BENDICIONES». Este principio encuentra su base en Romanos 5.3–4: «También nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza».

Es un mito que las personas de éxito no tienen luchas como las tenemos usted y yo y que las empresas exitosas casi no tienen problemas. En su libro *Built to Last: Successful Habits of Visionary Companies* [*Empresas que perduran: principios exitosos de compañías triunfadoras*], sus autores, James Collins y Jerry Porras se refieren a varias compañías que tuvieron que enfrentar adversidades:

> En 1939, Walt Disney enfrentó una seria crisis financiera que la obligó a sacar acciones al mercado; más tarde, a comienzos de los años 80, la compañía estuvo a punto de desaparecer como una entidad independiente al darse cuenta los especuladores bursátiles cómo sus acciones perdían valor. A mediados de 1930 y a finales de los años de 1940 y de nuevo en los años de 1970, la compañía Boeing tuvo serias dificultades cuando debió despedir a 60.000 empleados. La compañía 3M comenzó como una mina fracasada y a principios de los años de 1900 casi tuvo que salir del mercado. En 1945, Hewlett-Packard tuvo que hacer serios recortes y en 1990 tuvo que ver cómo sus acciones bajaban a niveles inferiores de su valor. Entre 1945 y 1950, sus primeros cinco años de vida, la compañía Sony tuvo un fracaso tras otro en algunos de sus productos y en los años 70 vio su formato Beta ser superado por los VHS en la batalla por dominar el mercado dominado por el VCR. A principio de los años de 1980 y antes que empezara su

> recuperación y una largamente necesitada revitalización, la compañía Ford tuvo una de las más grandes pérdidas en la historia de los negocios en Estados Unidos (3.3 billones de dólares en tres años). A finales de los años de 1800 Citicorp (que había sido fundada en 1812, el mismo año que Napoleón marchó sobre Moscú) languideció a causa de la depresión de 1930 y de nuevo a finales de los años de 1980 cuando tuvo que luchar con su cartera de créditos. En 1914, la compañía IBM estuvo cerca de la bancarrota; luego de nuevo en 1921 y otra vez a comienzos de los años de 1990.[2]

A veces los problemas que enfrentamos los creamos nosotros mismos. Alessio fue muy respetuoso al señalar a Antonio su error al mantener demasiadas estufas bajo un solo techo. Cuando nos enfrentamos a tales errores, solemos ser reluctantes para admitir nuestra parte en la situación. Pero Antonio nos señala cómo adherir al principio cinco: «ASUME LA RESPONSABILIDAD POR LOS PROBLEMAS QUE SON EL RESULTADO DE TUS PROPIAS MALAS DECISIONES. NO LES ECHES LA CULPA A LOS DEMÁS».

Finalmente, Alessio da ánimo a Antonio con el principio seis: «VE LOS DESAFÍOS COMO PELDAÑOS, NO COMO OBSTÁCULOS». Es fácil revolcarse en el fango de la desesperación, sentir como si las circunstancias fueran insuperables. Pero Alessio ayuda a Antonio a ver que la pérdida de la fábrica puede, en realidad, acelerar el crecimiento de su negocio. Igual que las patadas de la mamá jirafa son pasos necesarios para la supervivencia de su bebé, los retos son necesarios para el crecimiento de cualquier esfuerzo.

¿Ha oído la historia de aquel niño que se encontró un capullo que tenía adentro una oruga? A él le habían enseñado que la oruga se transformaba en mariposa y en ese momento luchaba por abandonar el capullo y volar. Con la mejor intención, el niño buscó un cortaplumas e hizo un corte en el capullo para librar a la mariposa del dolor que le significaría liberarse. Pero no entendió que era precisamente la lucha por romper el capullo que fortalecería sus alas lo que le permitiría volar. Muchas veces nosotros actuamos como ese niño y tratamos de evitar que la gente pase sus luchas

sin entender que Dios nos ha dicho que es eso, precisamente, lo que desarrolla nuestro carácter y nos permite sobrevivir.

Cuando los desafíos parezcan superarlo, recuerde el consejo que encontramos en 1 Pedro 5.7: «Echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros». Y se nos recuerda: «Echa sobre Jehová tu carga, y él te sustentará» (Salmos 55.22). Cuando confiemos en Dios con nuestras preocupaciones nos encontraremos en mucho mejor posición para hacer frente a lo que sea que encontremos en nuestro camino. Después de todo, «Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?» (Romanos 8.31).

## PARA ANÁLISIS

- ¿Cuál ha sido su más grande revés vocacional, pérdida o desilusión? Comparta acerca de cuando el desaliento estuvo a punto de descarrilarlo de sus sueños. ¿Qué lecciones aprendió de esos tiempos difíciles?

- Si la prueba irrumpiera en su vida vocacional ¿se enfurecería o estaría agradecido? Si ahora mismo se encontrara en medio de la prueba, ¿en qué forma cree que le ayudaría a crecer pasar por este reto que está enfrentando?

- ¿Qué le diría a un amigo que le dijera lo que Antonio le dijo a Alessio: «Bueno, es obvio que Dios está cerrando una puerta en mi negocio; de otra manera, ¿por qué habría de permitir que la fábrica se quemara?»?

- ¿Qué le diría a una persona que declinara un ascenso en su trabajo porque no quiere enfrentar los retos adicionales que vendrían con su nueva posición?

- ¿Conoce a cristianos que desconocen su responsabilidad y echan la culpa a Satanás cuando son sus propias malas decisiones las que han provocado los problemas? ¿Cómo podemos saber si alguna situación adversa que nos afecte tiene su origen en el diablo?

- ¿Por qué la responsabilidad personal es hoy tan rara? Haga una lista de las excusas que ha visto que usa la gente para justificar sus fallos en sus lugares de trabajo.

- ¿Está usted llevando sus cargas o ha dejado que el Señor las lleve?

## SESIÓN NUEVE

# AUDACIA EN LOS NEGOCIOS: CÓMO VENCER EL MIEDO Y LA INTIMIDACIÓN

Antonio estaba seguro que se recuperaría del incendio que redujo su fábrica a cenizas. Fue cuando su negocio había retornado a niveles exitosos que se encontró viajando para reunirse con Ahmad, el temido mercader-pirata.

¿Cómo se manifiesta este *MIEDO*?

1. Las evidencias imaginarias parecen reales
2. Buscar excusas y razones para todo
3. Impaciencia para esperar y recibir
4. Olvidarse de todo y salir corriendo

El miedo es temporal. Lamentarse es para siempre. La acción vence al miedo.

Echemos una mirada a uno de los más temidos villanos de la Biblia. Goliat era un gigante que causaba pavor con su sola presencia. Durante cuarenta días anduvo lanzando bravuconadas y atemorizando a Israel. «Mientras conversaban, Goliat, el gran guerrero filisteo de Gat, salió de

entre las filas para repetir su desafío, y David lo oyó. Cuando los israelitas vieron a Goliat, huyeron despavoridos» (1 Samuel 17.23–24, NVI).

¡David también huyó! Sin embargo, se devolvió y se paró valientemente ante el gigante. ¿Qué había cambiado? David reemplazó el miedo por la verdad.

Ahmad, el mercader-pirata era famoso por su ferocidad aunque, como Antonio descubrió, «después de todo no era tan fiero sino que más bien era un hombre astuto y articulado». Antonio nunca habría descubierto la verdad acerca de Ahmad de no haber estado dispuesto a enfrentar el miedo.

La Biblia es clara cuando afirma que el miedo no es de Dios. Segunda Timoteo 1.7 dice: «Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio». En el griego, la palabra para «dominio propio» es *sophronismos* que significa «pensamiento controlado, disciplinado». De modo que el miedo no viene de Dios sino que es un espíritu que viene del enemigo. Los pensamientos controlados y disciplinados vienen de Dios y Dios espera que cada uno de nosotros llevemos «cautivo todo pensamiento» (2 Corintios 10.5). Y que «por nada estéis afanosos» (Filipenses 4.6). El propio Jesús nos dice: «No os afanéis por vuestra vida» (Mateo 6.25).

Antonio le habla a Alessio de su ansiedad por la reunión con Ahmad, pero Alessio le responde con el principio siete: «SÉ MANSO ANTE DIOS PERO AUDAZ ANTE LOS HOMBRES». La humildad no es ni timidez ni temblar de miedo.

Mateo 5.5 nos dice que Dios tiene un corazón especial para el manso: «Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad». La Biblia relaciona estrechamente a la humildad con dos personas, ninguno de los cuales carecía de valentía: Moisés y Jesús.

Números 12.3 nos dice que «Aquel varón Moisés era muy manso, más que todos los hombres que había sobre la tierra» aunque en una ocasión brincó para ponerse en medio de una pelea para defender a un esclavo enfrentándose después a Faraón, el gobernante más poderoso de la tierra.

Mateo 11.29 nos dice que «[Jesús era] manso y humilde de corazón» pero fue al templo y volcó las mesas de los que cambiaban dinero y los hizo abandonar el lugar. En varias ocasiones criticó duramente a los gobernantes judíos, los fariseos.

Tanto Moisés como Jesús mostraron una saludable agresividad, lo que les permitió cumplir sus propósitos. En el mundo de los negocios, una agresividad sana es un deseo intenso por llenar una necesidad, servir y sobresalir más que otros en ese servicio. Charles E. Phillips, Jr., ex alto ejecutivo de la corporación Oracle, la compañía de programas de computación más grande del mundo, señala que la agresividad tiene su lugar: «La agresividad no es algo malo; las compañías que no son muy agresivas en esta industria tienden a terminar como parte de una compañía agresiva», dice.[1] Desde la perspectiva de Phillips, la agresividad debería motivar a las personas a la excelencia, a ganar clientes y a resolver problemas:

> Me gusta competir. Me encanta jugar. Y ganar. Y esto es lo que uso para motivar a la gente. Movilizarlos a cumplir una misión y concentrarse en el mundo exterior en lugar de estar peleando entre ellos… Esto es lo que hace de Oracle un lugar agradable. Yo no querría pertenecer a una compañía que no tiene energía y empuje.[2]

Dios quiere que su pueblo sea astuto en el mundo de los negocios. Astuto significa «Agudo, hábil para engañar o evitar el engaño o para lograr artificiosamente cualquier fin».[3] Entre los sinónimos, están: agudo, vivaz, ingenioso, artificioso, calculador, cauteloso.

> El patrón elogió al administrador de riquezas mundanas por haber actuado con astucia. Es que los de este mundo, en su trato con los que son como ellos, son más astutos que los que han recibido la luz. Por eso les digo que se valgan de las riquezas mundanas para ganar amigos, a fin de que cuando éstas se acaben haya quienes los reciban a ustedes en las viviendas eternas. (Lucas 16.8–9, NVI)

> He aquí, yo os envío como a ovejas en medio de lobos; sed, pues, prudentes como serpientes, y sencillos como palomas. (Mateo 10.16)

Tenemos que andar en amor y humildad, humildad que sea el conocimiento de que todo lo que ustedes son y todo lo que tienen es por la

gracia de Dios. Pero tenemos que ser «prudentes como serpientes» cuando nos movemos en el mundo y en los negocios, pidiendo a Dios sabiduría y discernimiento y estrategias divinas para tomar agresivamente posesión en el mundo de los negocios.

## PARA ANÁLISIS

- ¿En qué maneras la gente alimenta los temores que los paraliza vocacionalmente? ¿Qué pasa con aquellas personas que no son decididas o agresivas en sus vocaciones?

- Si usted tuviera que dar pasos de riesgo en su vocación, ¿en qué manera se beneficiaría? ¿Qué lo amedrenta cuando piensa en arriesgarse? ¿Qué sería lo peor que podría ocurrir si las cosas resultan mal? Si ocurriera lo peor. ¿qué haría usted? ¿Qué podría hacer para evitar que esto suceda?

- En cuanto a determinación vocacional. ¿qué término lo define mejor a usted?

  1. *Buscador*—tratar activamente de expandirse a nuevos mercados y estimular oportunidades.
  2. *Defensor*—mantener un ambiente de seguridad y estabilidad relativa.
  3. *Analista*—observar de cerca los desarrollos en la industria pero no actuar sino hasta tener la certeza que ha llegado el tiempo.
  4. *Reactor*—reaccionar a los acontecimientos a medida que ocurren en lugar de tener una estrategia proactiva.

- ¿Cómo respondería usted a aquellos que piensan que el cristianismo produce gente sin carácter, tímidos y pusilánimes; sin autoridad?

- ¿Por qué le habrán dicho los monjes a Alessio que ser agresivo en los negocios es un error?

- ¿Deberían los cristianos ser agresivos en los negocios? ¿Por qué sí o por qué no? ¿Cuáles son los límites que como cristianos tenemos para ser agresivos en los negocios?

## SESIÓN DIEZ

# PRESUPUESTO, PRÉSTAMOS Y FINANCIAMIENTOS

Alessio le enseña a Antonio varios principios sobre la mejor forma de manejar el dinero.

El principio ocho: «VIVE SIN DEUDAS Y DENTRO DE TUS POSIBILIDADES» encuentra su base bíblica en Romanos 13.8: «No tengan deudas pendientes con nadie, a no ser la de amarse unos a otros» (NVI). Desafortunadamente, en nuestra sociedad las deudas han llegado a ser una carga aceptable y normal. Cuando a los ricos de Forbes 400 les preguntaron cuál era el secreto más importante para llegar a amasar una fortuna, el setenta y cinco por ciento dijo que era vivir y mantenerse sin deudas.[1] Sin embargo, el sesenta por ciento de los estadounidenses no paga su saldo mensual en sus tarjetas de crédito.[2] Dave Ramsey dice que «a partir de los años de 1960 las deudas se han metido tan agresivamente en nuestras vidas que para poder vivir sin ellas necesitamos un cambio de paradigma completo».[3]

Muchos dejan de cumplir el principio ocho cuando van a adquirir un automóvil nuevo. Aunque el sistema de arrendamiento (*lease*) se ofrece como una opción atractiva, en realidad es la forma más cara para adquirir un vehículo.[4] El sistema más responsable financieramente para comprar un automóvil es pagarlo al contado.

El principio nueve es la clave para vivir sin deudas: «MANTÉN SIEMPRE UN PRESUPUESTO». El dinero fluye *desde* los que no saben

cómo manejarlo *hacia* quienes saben cómo hacerlo. O aprende a manejar el dinero o el dinero lo manejará a usted. Saber manejar el dinero tiene muchas implicaciones. Controlando sus gastos e ingresos y sujetándose a un plan podrá evitar gastos espontáneos, aterrorizantes o descontrolados. Hágase un plan para amasar una fortuna y sujétese a él.

El principio diez, «PRESTAR DINERO DAÑA LAS RELACIONES» tiene respaldo en varios de los proverbios bíblicos:

> El fiador de un extraño saldrá perjudicado. (Proverbios 11.15, NVI)
>
> Es una insensatez dar garantía por la deuda de otro. (Proverbios 17.18, NTV)
>
> No seas de aquellos que se comprometen, ni de los que salen por fiadores de deudas. Si no tuvieres para pagar, ¿por qué han de quitar tu cama de debajo de ti? (Proverbios 22.26–27)

Cuando alguien a quien le has prestado dinero no te lo puede devolver, la relación se daña. Si sientes ayudar a alguien con dinero, *dáselo*. No se lo *prestes*. (En la sesión 12 vamos a ver con más detalles la importancia de un dar saludable.)

En su libro *When Helping Hurts: How to Alleviate Poverty Without Hurting the Poor and Yourself* [Cuando ayudar lastima: cómo aliviar la pobreza sin causar daño al pobre y a uno mismo] los autores Steve Corbett y Brian Fikkert dicen:

> Muchos observadores [incluyéndonos nosotros dos] creen que cuando los cristianos estadounidenses intentan aliviar la pobreza, a menudo los métodos que usan se consideran perjudiciales tanto a los materialmente pobres como a los materialmente no pobres. Nuestra preocupación es no solo que estos métodos están desaprovechando recursos humanos, espirituales, financieros y organizacionales sino que más bien están agravando los problemas que tratan de resolver.[5]

Los cristianos deberían ayudar a aquellos que no se *pueden* ayudar a ellos mismos y no alcahuetear a quienes *pueden* hacerlo.

## PARA ANÁLISIS

- ¿Por qué es todo un reto vivir libre de deudas?

- ¿Ha hecho usted un análisis de su flujo de caja, determinando cuánto dinero extra tiene cada mes o cuánto menos de lo que debe tener tiene cada mes? Si usted tiene un flujo de caja negativo, ¿qué podría hacer para ponerle remedio a tal situación?

- ¿Ha puesto usted límites a lo que puede gastar en ropa, comida y otras cosas? En otras palabras, ¿tiene usted un presupuesto sobre cuánto debe gastar mes a mes en las diferentes áreas de su vida? ¿Incluye este presupuesto asuntos como salir a comer afuera, entretenimientos/diversión, invitaciones?

- ¿Tiene usted un plan de ahorros? ¿Una estrategia para un fondo de retiro?

- ¿Cómo sabe si dar dinero a alguien lo está ayudando o más bien lo está perjudicando?

# SESIÓN ONCE

# TUTORÍA Y ASOCIACIÓN

Durante varios años, Alessio instruyó a Antonio. Fue a través de esta relación que este desarrolló la sabiduría que le permitió establecer una diferencia en el mundo.

En la Sesión Cinco tocamos brevemente la importancia de la mentoría. Proverbios hace hincapié en la importancia de aprender de aquellos que han pasado antes que nosotros: «Donde no hay dirección sabia, caerá el pueblo; mas en la multitud de consejeros hay seguridad» (Proverbios 11.14). Y Proverbios 13.20 reitera: «El que anda con sabios, sabio será».

Entre en una relación maestro-aprendiz con un claro sentido de propósito. En su libro *Mentor Like Jesus* («Enseñe como Jesús»), Regi Campbell dice:

> La mentoría no tiene que ver con *llegar a saber* algo eso sería educación. La mentoría no tiene que ver con aprender a *hacer algo*; eso sería entrenamiento.
>
> Mentoría es enseñar a alguien *cómo ser algo*.[1]

La organización Enfoque a la familia identifica varios factores que deben tomarse en cuenta cuando se trata de buscar un mentor: honestidad, sinceridad y transparencia, compromiso con la relación y éxito en las áreas de la vida que son importantes para usted. Un mentor debería sentirse cómodo no solo enseñándole sino aprendiendo de usted su agenda, no la de su mentor, debería orientar su interacción. El mentor ideal cree en su habilidad para salir adelante y le ayudará a definir su sueño y lo que

necesita hacer para alcanzarlo.[2] Si la lista de cualidades parece sobreabundante, recuerde que «la verdad simple es que usted está buscando a una persona que se preocupe por usted, que crea en usted y que le dé ánimo».[3]

El Espíritu Santo revela toda verdad (Juan 16.13). Por eso, mientras usted confía en su mentor, nunca lo va a seguir a ciegas. Pruebe el consejo de su mentor con la Escritura y no dude en hacerle preguntas si hay algo que le preocupa.

Por lo general, pensamos en mentoría como algo de una sola vía, como una relación jerárquica. Pero al Antonio buscar el consejo de Alessio, ambos compartieron mutuamente.

Dios es Dios de relaciones. Él desea, por sobre todas las cosas, mantener una relación con nosotros. Recuerde cómo buscó a Adán y a Eva en el huerto. «Mas Jehová Dios llamó al hombre, y le dijo: ¿Dónde estás tú?» (Génesis 3.9). Fueron Adán y Eva los que se escondieron de Dios, no al revés. «Y oyeron la voz de Jehová Dios que se paseaba por el huerto, al aire del día; y el hombre y su mujer se escondieron de la presencia de Jehová Dios entre los árboles del huerto» (Génesis 3.8).

En Génesis 1.26, la Escritura explica que hemos sido hechos a la imagen de Dios. Tenemos su naturaleza. Somos seres relacionales porque él es relacional. Y Dios desea compartir con nosotros. Él, sin la ayuda de nadie, pudo haber separado las aguas del Mar Rojo; sin embargo, le dijo a Moisés: «Y tú alza tu vara, y extiende tu mano sobre el mar, y divídelo» (Éxodo 14.16). Dios ha decidido trabajar con y a través de su pueblo para llevar a cabo sus planes en el planeta Tierra.

Por eso, él desea que nosotros trabajemos en compañerismo los unos con los otros. De ahí que el principio doce diga: «COMPRENDE EL PRINCIPIO DEL COMPAÑERISMO».

Veamos lo que la Biblia tiene que decir sobre colaborar juntos en los propósitos de Dios:

> Nosotros somos colaboradores de Dios. (1 Corintios 3.9)

> Porque en esto es verdadero el dicho: Uno es el que siembra, y otro es el que siega. (Juan 4.37)

> El cuerpo no es un solo miembro, sino muchos. Si dijere el pie: Porque no soy mano, no soy del cuerpo, ¿por eso no será del cuerpo?… Pero ahora son muchos los miembros, pero el cuerpo es uno solo. (1 Corintios 12.14–15, 20)

Para ser plenamente funcionales nos necesitamos los unos a los otros. En compañerismo, podemos hacer mucho más que lo que podemos hacer individualmente.

## PARA ANÁLISIS

- ¿Tiene usted mentores? Si los tiene, ¿quiénes son?

- ¿Cómo decide escoger a un mentor?

- Todos necesitamos a un mentor, pero, a la vez, todos hemos sido llamados a ser mentores. La Biblia manda que *seamos discipulados y que discipulemos*. ¿A quién ha decidido discipular usted o de quién ser su mentor?

- ¿Con quién está usted compartiendo para el avance del reino de Dios?

- ¿Cuáles son las dinámicas de *su* compañerismo con Dios?

## SESIÓN DOCE

# UNA VIDA QUE DA ES UNA VIDA QUE VALE LA PENA VIVIR

El principio once, «SEPARA EL PRIMER DIEZ POR CIENTO PARA HONRAR A DIOS» apunta a la importancia del diezmo. Diezmar es dar el diez por ciento de sus ingresos imponibles al depósito; es decir, el lugar donde recibe el alimento espiritual. Malaquías 3.8–10 expone con fuerza lo que Dios piensa sobre el diezmo:

> ¿Robará el hombre a Dios? Pues vosotros me habéis robado. Y dijisteis: ¿En qué te hemos robado? En vuestros diezmos y ofrendas. Malditos sois con maldición, porque vosotros, la nación toda, me habéis robado. Traed todos los diezmos al alfolí y haya alimento en mi casa; y probadme ahora en esto, dice Jehová de los ejércitos, si no os abriré las ventanas de los cielos, y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde.

Las ofrendas son donativos que usted hace aparte de su diezmo. Dios desea tanto los diezmos como las ofrendas.

Las personas bendecidas bendicen a los demás. ¿Somos bendecidos? Bendigamos a otros. Como administradores, mayordomos de los recursos de Dios, debemos ser conductos a través de los cuales fluya el dinero, el tiempo y el talento.

A través de la Biblia vemos el corazón de Dios para los que sufren, los heridos y los necesitados. Según Efesios 5.1, debemos ser «imitadores de Dios como hijos amados». Como imitadores, deberíamos tener el mismo corazón dadivoso que Dios tiene. Richard Stearns, actual presidente de Visión Mundial EE.UU. escribe en su libro *El vacío en nuestro evangelio* acerca de la oración de Bob Pierce, el fundador de Visión Mundial: «Que mi corazón se quebrante por las cosas que quebrantan el corazón del Dios».[1]

Veamos unos pocos mandatos bíblicos en cuanto a preocuparnos de los menos afortunados a través de compartir nuestros recursos y riquezas:

> Porque no faltarán menesterosos en medio de la tierra; por eso yo te mando, diciendo: Abrirás tu mano a tu hermano, al pobre y al menesteroso en tu tierra. (Deuteronomio 15.11)
>
> Defended al débil y al huérfano; haced justicia al afligido y al menesteroso. Librad al afligido y al necesitado; libradlo de mano de los impíos. (Salmos 82.3–4)
>
> Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero y me recogisteis; estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí. Entonces los justos le responderán, diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te sustentamos, o sediento, y te dimos de beber? ¿Y cuándo te vimos forastero, y te recogimos, o desnudo, y te cubrimos? ¿O cuándo te vimos enfermo, o en la cárcel, y vinimos a ti? Y respondiendo el Rey, les dirá: De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis. (Mateo 25.34–40)

Tampoco olvidemos que la forma en que se da bendice al dador. Jim Elliot, el misionero muerto por los indios aucas en la selva de Ecuador (1956) reconoció este concepto cuando dijo: «No es necio quien da lo que no puede guardar para obtener lo que no puede perder».[2]

Nos aferramos a nuestras riquezas a riesgo de un gran peligro. El profeta Ezequiel escribió que el pecado cardinal de Sodoma fue su arrogancia inducida por la riqueza y la falta de preocupación por el pobre, no la inmoralidad sexual que corrientemente asociamos con su violenta destrucción: «Tu hermana Sodoma y sus aldeas pecaron de soberbia, gula, apatía, e indiferencia hacia el pobre y el indigente» (Ezequiel 16.49, NVI).

### Para análisis

- ¿Se ha comprometido usted con el diezmo? Si no, ¿qué lo está frenando?

- Recuerde Juan 15.12–13: «Este es mi mandamiento: Que os améis unos a otros, como yo os he amado. Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos». Durante el tiempo de Jesús, él puso su vida por todos los que estaban con él, dando libremente su dinero, su tiempo y sus dones. Así, en su amor por nosotros, Jesús físicamente dio su vida y murió por nosotros. ¿De qué forma está dando usted de su dinero, de su tiempo y sus dones a los demás, manifestando amor los unos por los otros como fue el mandamiento de Jesús a nosotros?

- Mateo 25 se refiere a ministrar las necesidades del hambriento, del pobre, del extranjero, del enfermo y del que está preso. ¿Se siente usted motivado para trabajar con alguno de estos grupos específicos? ¿Qué pequeña acción puede llevar a cabo hoy para aliviar las necesidades del pueblo de Dios necesitado?

# NOTAS

## SESIÓN UNO: LA DIVISION ERRÓNEA ENTRE EL MONJE Y EL MERCADER, ENTRE EL CLERO Y EL LAICADO

1. Robert Fraser, *Marketplace Christianity: Discovering the Kingdom Purpose of the Marketplace*, 2a ed. (Overland Park, KS: New Grid, 2006), pp. 7–8.
2. C. H. (Charles), *Spurgeon, Lectures to My Students* (Grand Rapids, MI: Zondervan, 1954), p. 22 [*Discursos a mis estudiantes: dirigidos a los estudiantes teológicoss del Tabernáculo Metropolitano de Londres* (El Paso, TX: Casa Bautista, 1980)].

## SESIÓN DOS: LLAMADOS A OPERAR PRIMERAMENTE FUERA DEL LUGAR DE REUNIÓN

1. Steve Hickey, *Momentum: God's Ever-Increasing Kingdom* (Lake Mary, FL: Creation House, 2009), p. 26.
2. C. Peter Wagner, *Dominion! How Kingdom Action Can Change the World* (Grand Rapids, MI: Chosen Books, 2008), p. 144.

## SESIÓN TRES: EL DİNERO: ¿BUENO O MALO?

1. C. Peter Wagner, *The Church in the Workplace: How God's People Can Transform Society* (Ventura, CA: Regal Books, 2006), pp. 56–57.
2. Os Hillman, *The Purposes of Money* (Alpharetta, GA: Aslan Group, 2000).

## SESIÓN CUATRO: TRES CONCEPTOS EQUIVOCADOS QUE SON FATALES PARA EL AVANCE DEL REINO DE DIOS

1. John Wesley, sermón «The Use of Money», *Sermons on Several Occasions*, 1771. La filosofía de Wesley, como aparece en el texto de la edición de 1872, editado por Thomas Jackson, es: «Primero, haber

ganado todo lo que se pueda y, segundo, ahorrado todo lo que se pueda, entonces, hay que dar todo lo que se pueda». Vea el texto completo del sermón en http://www.umcmission.org/Find-Resources/Global-Worship-and-Spiritual-Growth/John-Wesley-Sermons/Sermon-50-The-Use-of-Money.

SESIÓN CINCO: VOCACIONES Y VALORES

1. Robert T. Kiyosaki, *Rich Dad, Poor Dad: What the Rich Teach Their Kids About Money—That the Poor and the Middle Class Do Not!* (Nueva York: Warner Books, 1997), pp. 15, 16 [*Padre Rico, padre pobre: qué les enseñan los ricos a sus hijos acerca del dinero, que las clases media y pobre no* (Buenos Aires: Time & Money Network, 1997)].
2. Ibíd. Las comparaciones entre el padre pobre y el padre rico son parafraseadas.
3. Robert T. Kiyosaki, *The Business of the 21st Century* (Lake Dallas, TX: Dreambuilders, 2010), p. 39 [*El negocio del siglo 21* (México D.F.: Aguilar, 2013)].
4. «Top 3 Kids and Money Q&A», sitio web de Dave Ramsey, http://www.daveramsey.com/article/top-3-kids-and-money-qa/lifeandmoney_kidsandmoney/.
5. Ibíd.
6. Ibíd.

SESIÓN SEIS: FRUGALIDAD, DILIGENCIA E INNOVACIONES DIVINAS

1. Escuche el programa de radio de Dave Ramsey en http://www.daveramsey.com/radio/home/#listenlive-tab.
2. Dave Ramsey, *La transformación total de su dinero*, ed. rev. (Nashville, TN: Grupo Nelson, 2008), p. 35.
3. Ramsey, http://thinkexist.com/quotation/i-m-not-against-people-having-new-cars-i-m/432490.html.
4. Dave Ramsey, «Seven Questions With Craig Groeschel», 6 abril 2011, http://www.daveramsey.com/article/seven-questions-with-craig-groeschel/lifeandmoney_other.

5. Congreso Internacional de Evangelización Mundial, «El Pacto Lausana», Lausana, Suiza, 1974, http://www.lausanne.org/es/documentos/pacto-de-lausana.html.
6. Robert T. Kiyosaki, *The Business of the 21st Century* (Lake Dallas, TX: Dreambuilders, 2010), p. 28.

SESIÓN SIETE: HOMBRES HARAGANES Y DINERO FLOJO

1. «Building Unstoppable Momentum» sitio web de Dave Ramsey, 16 febrero 2010, http://www.daveramsey.com/article/building-unstoppable-momentum/lifeandmoney_church/.
2. Tara Parker-Pope, «From Farm to Fridge to Garbage Can», *New York Times*, 1 noviembre 2010, http://well.blogs.nytimes.com/2010/11/01/from-farm-to-fridge-to-garbage-can/. El artículo cita a Jonathan Bloom, autor de *American Wasteland: How America Throws Away Nearly Half Its Food*, quien «estima que cerca del veinticinco por ciento de la comida que traemos a nuestras casas es desperdiciada».

SESIÓN OCHO: ADVERSIDAD Y PROGRESO

1. Porción extraída de Gary Richmond, *A View from the Zoo* (Waco, TX: Word, 1987), citado en Roy B. Zuck, *The Speaker's Quote Book: Over 5,000 Illustrations and Quotations for All Occasions, Revised and Expanded* (Grand Rapids, MI: Kregel, 2009), p. 514.
2. James Collins y Jerry I. Porras, *Built to Last: Successful Habits of Visionary Companies* (Nueva York: HarperCollins, 1994), pp. 3–4 [*Empresas que perduran: principios exitosos de compañías triunfadores* (Bogatá: Norma, 1995)].

SESIÓN NUEVE: AUDACIA EN LOS NEGOCIOS: CÓMO VENCER EL MIEDO Y LA INTIMIDACIÓN

1. Charles E. Phillips Jr., citado en Gita Piramal, «Want to Succeed? Be Aggressive!», 3 marzo 2005, http://www.rediff.com/money/2005/mar/03spec.htm.
2. Ibíd.

3. Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española*, «astuto», http://lema.rae.es/drae/?val=astuto.

SESIÓN DIEZ: PRESUPUESTO, PRÉSTAMOS Y FINANCIAMIENTOS

1. Dave Ramsey, *La transformación total de su dinero*, ed. rev. (Nashville, TN: Grupo Nelson, 2008), p. 26.
2. Ibíd., p. 47.
3. Dave Ramsey, *Financial Peace University: 91 Days to Beat Debt… and Build Wealth* (Brentwood, TN: The Lampo Group, 1994), p. 133.
4. Ramsey, *La transformación total de su dinero*, p. 39.
5. Steve Corbett y Brian Fikkert, *When Helping Hurts: How to Alleviate Poverty Without Hurting the Poor… and Yourself*, edición extendida (Chicago, IL: Moody, 2012), p. 27.

SESIÓN ONCE: TUTORÍA Y ASOCIACIÓN

1. Regi Campbell, *Mentor Like Jesus* (Nashville, TN: B&H, 2009), p. 18.
2. Factores parafraseados de Bobb Biehl, «What to Look for in a Mentor», en el sitio web de Enfoque a la familia, http://www.focusonthefamily.com/marriage/strengthening_your_marriage/mentoring_101/what_to_look_for_in_a_mentor.aspx.
3. Ibíd.

SESIÓN DOCE: UNA VIDA QUE DA ES UNA VIDA QUE VALE LA PENA VIVIR

1. Richard Stearns, *El vacío en nuestro evangelio* (Nashville, TN: Grupo Nelson, 2011), p. 119.
2. Jim Elliot, *The Journals of Jim Elliot*, ed. Elisabeth Elliot (Old Tappan, NJ: F. H. Revell, 1978), entrada de 28 octubre 1949, p. 174.

# ACERCA DEL AUTOR



Terry Felber es un autor y empresario que dicta conferencias a grandes audiencias alrededor del mundo sobre los principios para lograr una vida exitosa. En los últimos veinticinco años, ha establecido una compañía de ventas de más de cincuenta mil personas. Ha sido miembro de la junta de directores de la *National Association of Evangelicals*; de la junta asesora de Alticor, una corporación internacional multibillonaria y de una media docena de otras juntas de corporaciones y ministerios. Con su esposa Linda, residen en Florida.

Dave Ramsey es una de las voces más autorizadas en Estados Unidos para hablar de dinero y negocios. Ha escrito tres libros que han sido calificados como *best seller* por el *New York Times*: *Financial Peace*, *More Than Enough*, y *The Total Money Makeover*. Su libro más reciente, *EntreLeadership*, apareció en 2011. El *Programa* de *Dave Ramsey* lo oyen más de 4 y medio millones de personas cada semana por más de quinientas estaciones de radio. Puede seguir a Dave en Twitter (@ DaveRamsey) y en la web en daveramsey.com.

# CONFERENCIAS Y SEMINARIOS

A Terry Felber se le puede contratar para conferencias. Se puede contactar en terry.felber@usa.net para más información.